

Jaque
a
"Polar Star"

Ramon Dalmau

Jaque a “Polar Star”

Ramon Dalmau

©Jaque a "Polar Star"

©Ramón Dalmau Lacomba

ISBN papel 978-84-686-2796-0

ISBN ebook 978-84-686-2797-7

Impreso en España

Editado por Bubok Publishing S.L.

Al Corazón Inmaculado de María.

**“Bienaventurados los de corazón puro
porque ellos verán a Dios.”**

(Mateo 5, 8).

Indice

I.	Jack en estado de coma	11
II.	A bordo de la Polar Star I	59
III.	Empiezan los problemas	95
IV.	Esquiando en la montaña	103
V.	Acción, acción y más acción	163

CAPÍTULO PRIMERO

JACK EN ESTADO DE COMA

Jack estaba exasperado.

-¡Me voy! ¿Vienes, Helen?

-¡Jack, por favor, habla un momento con Dick! ¡Es tu padre! ¡No puedes dejarle así, con la palabra en la boca! ¡Escúchale aunque sea por última vez! ¡Hazlo por mí al menos, Jack...!

-No, Helen. Estoy harto de sus discursos. Debemos actuar ya. Debemos hacer historia. Debemos cambiar el sistema de una vez porque el que tenemos está ya

agonizando. Debemos rematarlo ahora que está de bruces en el suelo. El tiempo apremia. Hay demasiada gente sufriendo que necesita ser liberada. Hay demasiados oprimidos llorando, sin hogar, sin nada.... El sistema se lo ha robado todo. ¡¡¡Hay que acabar de una vez con el maldito sistema...!!!

-Jack –insistió angustiada Helen-, reconsidera por un momento lo que te ha dicho tu padre. Reconsidera las ideas que te ha repetido una y otra vez....

-¡Estoy harto de palabras bonitas! –sentenció Jack- ¡De poesías que nos adormecen! ¡Tengo un deber ahí fuera! ¿Vienes conmigo...?

-Lo siento, amor. No voy a acompañarte. Harry y Laura ya te han dicho antes que tampoco vendrán.... Pero Jack, si decides ir, pase lo que pase te estaré esperando ansiosamente hasta que vuelvas. Sabes que no puedo vivir sin ti. Te amo incondicionalmente....

Jack no llegó a oír la última frase de Helen, su novia. Cerró la puerta con estrépito. Luego fue a encontrarse con sus camaradas.

Pasadas varias horas de lucha se sintió exhausto. El calor y el humo de los incendios hacían el ambiente insoportable. Aún así, el recuerdo del sufrimiento injusto de tantas personas tocó una vez más las sensibles fibras de su noble corazón. En cuestión de segundos recobró su coraje y siguió lanzando piedras con ira, con odio. Iban a cambiar el mundo. Todo estaba ahora en sus manos....

La carga policial fue brutal. El sistema se defendía con uñas y dientes....

La porra le impactó a Jack directamente en la sien. Había intentado apartar la cabeza, pero sin lograrlo. No era intención del policía darle en ese lugar, pero un traspie le había hecho tambalear y había errado el golpe. Jack cayó de bruces en el suelo, como un fardo.

Aún así, no perdió inmediatamente el sentido.

Mientras yacía inerte sobre el asfalto teñido de sangre, pensó en Helen. Su amada Helen. Debía seguir probablemente en casa de sus padres. El recuerdo de la discusión mantenida con ellos acudió de nuevo, con dolor, a su mente:

-Papá y mamá son buenos y nobles. Helen es la bondad en persona. No consigo entender cómo no están aquí, a mi lado, tirando piedras todos juntos. No consigo entender por qué no me entienden.... No son tontos precisamente. Papá y mamá son catedráticos.... ¿Por qué no me entienden? Debemos cambiar el mundo. El mundo es injusto.... ¿Por qué no han venido tampoco Harry y Laura? ¿Por qué...?

Finalmente perdió el sentido. La sangre seguía brotando abundante.

La ambulancia consiguió abrirse paso entre la multitud y en cuestión de minutos fue trasladado a la UCI del Hospital Central. Estaba en coma e iba a permanecer varios días en ese estado. Sin embargo no serían días perdidos.... Jack iba a tener un curioso sueño:

Eran la dos menos veinte de la madrugada. La oscuridad era prácticamente absoluta en la cabina del “Transporter I”. En el exterior parpadeaban tímidamente algunas estrellas. Tan sólo la suave luz que surgía del cuadro de mandos producía una tenue claridad en el habitáculo de los pilotos. El sistema de transmisión de audio seguía, a intervalos, perturbando ligeramente el silencio de la larga espera.

Los: *“comprobando de nuevo el sistema de ignición...”*

Se alternaban con algunos: *“... quedan solo pocos minutos para la próxima ventana de despegue”*

El suave silbido del aire fluyendo periódicamente por las válvulas de ventilación daba una cierta sensación de seguridad, atenuando un poco la inevitable angustia de la larga espera.... Porque nadie puede mantenerse impasible ante la perspectiva de un viaje de 1.500.000 Km. Y menos si sabe que, al término de ellos, deberá enfrentarse con un inquietante enigma que mantiene en vilo a la comunidad científica internacional....

Las dos toberas de los motores principales del “Transporter I” estaban situadas sólo a escasos metros de la cabina. Gracias a ellas se obtendría el empuje necesario para el inminente despegue. En el interior del compartimiento, sobre la empuñadura de una de las palancas de mando de los motores, un diminuto roedor mordisqueaba solícitamente el polímero siliconado que la recubría. Roía con fruición. Con deleite. Se diría que estaba a punto de

exhalar un suspiro de puro éxtasis a la vista de la inagotable reserva de golosina que tenía delante de sus minúsculos bigotes. Sus diminutos y divertidos ojitos brillaban en la penumbra como ascuas encendidas. Estaba emocionado y ansioso. Aquello era para él un banquete inesperado.... El diminuto animal en cuestión era un digno representante de "Mesocricetus auratus", más conocido por el nombre de hámster dorado o sirio. Mascota predilecta de los niños de medio mundo.

En este caso, sin embargo, el puesto de honor debía compartirlo, a pesar suyo, con un maravilloso perro, un Golden Retriever, que le estaba observando con mirada inteligente y atenta. Nunca había comprendido cómo sus amos permitían a su diminuto amigo campar a sus anchas mientras él, obediente y tranquilo, permanecía largos ratos sentado junto a su adorada dueña.

El excepcional can respondía al nombre de "Tim".

El hámster no respondía a ningún nombre. De hecho no respondía a nada ni a nadie. Ni que le tiraran piedras. Iba por libre. Tenía "ideas propias". Consideraba indigno de él obedecer órdenes.... De todos modos, y muy a su pesar, le había sido adjudicado el sugerente nombre de "Sebastian".

De repente, los sucesos empezaron a precipitarse.... Empezó la ansiada cuenta atrás:

-Diez, nueve..., iniciada secuencia de encendido..., seis, cinco...,

La palanca sobre la que roía plácidamente Sebastian empezó a moverse lentamente, accionada por el sistema automático de despegue...

-cuatro, tres...,

Sebastian dio un brinco en el aire aterrizando de lleno con sus cuatro patitas sobre la frente de Dick...

-dos, uno, cero, ¡¡¡todos los motores en marcha!!!

Un torrente de fuego fluía, poderoso, brutal, por las toberas de la nave. La potencia que acababa de desencadenarse era enorme. Todos tuvieron la sensación de estar enteramente en manos del “Transporter I”, el ingenio aeronáutico a bordo del cual se encontraban. En manos de los ordenadores que lo controlaban. En manos de los ingenieros que habían diseñado el conjunto. En fin..., en manos de Dios. Y no precisamente en este orden. Se sintieron pequeños, muy pequeños. Sentían, notaban, comprendían que eran extremadamente vulnerables...

Dick se pasó rápidamente la mano por la frente, sacudiéndose de encima a Sebastian, que salió despedido por el aire, aterrizando justamente sobre las piernas de Jack.

-¡¡¡Qué canastos es “esto”...!!! -gritó Dick, con un acento que denotaba sorpresa, enfado, y una cierta dosis de pánico.

-No es nada, papá, sólo era Sebastian... -dijo afectuosamente Jack, intentando quitar hierro al asunto.

-¡¡¡Pero qué gárgaras está haciendo aquí, y justamente en “este” momento!!! -vociferó con fiereza Dick,

¡rayos y truenos! ¿es que no sabes tener controlado a este pedazo de estúpido...?

-Sebastian no es ningún estúpido, papá. Sólo que...

-¡¡¡Por Dios, calla ya de una vez!!! ¡¡¡Ya hablaremos después de este tema, no ahora!!!

Susan ni siquiera abrió la boca. Su mente clara y rápida se había hecho cargo de la situación en un instante. Sabía que no tenía de qué preocuparse. La expresión de su rostro no se había prácticamente alterado. Tan sólo un leve parpadeo al apartar por un instante la vista del tablero de instrumentos. Nada más. La serenidad de su semblante reflejaba el profundo equilibrio de su mente y de su espíritu.

-Por favor. Vamos a continuar tranquilos. Todos. -dijo simplemente.

Helen estrechó tiernamente la mano a Jack y, pese a la vibración de la cabina, apoyó su cabeza sobre el hombro del chico, deslizando con ternura y en secreto un beso en su mejilla. Jack y ella compartían su pasión por los animales....

Tim recostó su enorme cabeza sobre la pierna de Helen. Sebastian se escondió, tembloroso en el bolsillo de Jack. No entendía nada....

El ángulo de inclinación del Transporter I aumentó. Las luces de señalización de la pista de despegue quedaron atrás.

Por las ventanillas empezaba a observarse la difusa línea de la costa que delimitaba el continente. Las aguas del Atlántico reflejaban, a intervalos, tenues destellos cuya suavidad contrastaba con la enorme estela de gases y fue-

go que el ingenio aeroespacial dejaba tras de sí al surcar, indomable, el gélido aire exterior....

Transcurrieron varios minutos. Todo iba bien. A la altura en que se encontraban la luz del alba teñía de azul oscuro el horizonte. Pero sólo en una delgada franja. Más allá del ribete azulado de la aurora, el negro intenso del firmamento, casi enteramente desprovisto ya del velo de la atmósfera, aparecía como un abismo inmenso, misterioso, insondable....

Helen se apretó más a Jack. Sebastian, oculto en el bolsillo del chico, sufrió la presión de la pierna de Helen. El pobre animalito deseó con todo su ser que la chica moderara sus desahogos afectivos.... No tenía la más mínima intención de que lo convirtieran en puré de hámster. Le estaba cogiendo, por momentos, complejo de bocadillo. Consiguió deslizarse, finalmente, a otra zona del bolsillo, libre de presiones, ancha y confortable, y decidió que dadas las circunstancias lo mejor era regalarse una siestecita reparadora. Se arrellanó lo mejor que pudo y se quedó profundamente dormido.

En breves minutos pudo empezar a observarse la curvatura del horizonte como preludeo del espectáculo que iba a desenvolverse ante sus ojos, cuando la Tierra manifestara plenamente su forma esférica gracias a la altura que aumentaba momento a momento, a un ritmo vertiginoso. La colosal masa del planeta iba adquiriendo forma. Paradójicamente, al desvelar sus descomunales dimensiones, la Tierra ponía de manifiesto simultáneamente su humilde condición, al poderse la comparar con la inmensidad del cosmos que la circundaba.

La cabina, bien iluminada ahora, permitía contemplar con detalle a sus ocupantes:

Susan, madre de Jack y esposa de Dick, era oficialmente la comandante de la misión. Cuarenta y cinco años. Alta y de tez blanca, cuerpo admirablemente proporcionado, ancha frente y pelo negro. Su rostro, de gran belleza, mantenía ciertos rasgos que reflejaban, en cierto sentido, la inocencia y candor de su espíritu.

Su temperamento flemático le permitía mantenerse serena aún en las circunstancias más difíciles. Activa, secundaria y no-emotiva por naturaleza, dotada de excepcional inteligencia, sabía sacar perfecto partido a sus talentos naturales. Frente a cualquier problema no se dejaba llevar por el primer impulso. Analizaba con profundidad la cuestión, a velocidad de vértigo, en un derroche de energía cerebral. Lo hacía en silencio y ciñéndose a los datos concretos. Luego implementaba su decisión con serena tenacidad.

Doctora en Astrofísica y en Física teórica. Doctora en Ingeniería electrónica e Ingeniería Informática. Tenía varios libros publicados en cada una de estas materias, alguno de los cuales se habían convertido en obligado material de referencia en los correspondientes Institutos de Estudios Avanzados.

Susan tenía también sus puntos débiles. Básicamente eran dos. En primer lugar, su indecisión frente a problemas muy complejos que necesitaran una rápida respuesta. Y ello debido precisamente a su excepcional inteligencia y capacidad de análisis. Su mente captaba siempre el vasto campo de posibilidades. Y no quería decidir nada sin tener una certeza absoluta.

En segundo lugar, la frialdad de su carácter, que se acentuaba en situaciones de cansancio o de desánimo. Esto podía llegar a exasperar a Dick, su esposo, que en

ocasiones dudaba entre si ella estaba enojada por algo o, simplemente, se trataba de un acceso de apatía motivado por circunstancias ajenas a él.

Dick, aun teniendo menor coeficiente intelectual que su esposa, era doctor en Astrofísica, como Susan. Doctor en Física teórica, como Susan. Doctor en Ingeniería electrónica e Ingeniería Informática, como Susan.

Si Susan hubiera decidido doctorarse en algún Instituto Australiano de Estudios Avanzados del “Ornithorhynchus anatinus”, ornitorrinco para los amigos, Dick hubiera hecho lo mismo. No quería separarse ni un milímetro de Susan. Estaba locamente enamorado de su mujer. Conocía todas sus virtudes y todos sus defectos y se había dado a ella sin opción de vuelta atrás. Por decisión propia. No podía entender el amor de otra manera. Su mujer no era para él un “plato a la carta” de un restaurante selecto, que él pensara consumir para regalarse y saciarse, desechándola después como se hace con un plato que ha dejado de contener lo que nos interesa.

Dick concebía el amor como una auto-donación. Darse él, entero, sin medida, a Susan. Y, claro está, entregándole también a Susan todo cuanto poseyera o dependiera de él. No hacerlo así hubiera sido una incongruencia que le habría dejado marchito el corazón. Y Dick era radical. Como Susan.

Los dos compartían absolutamente un único ideal: ***“El amor verdadero llevado a sus últimas consecuencias”***. Las antípodas del egoísmo. Dick había conocido a Susan en el Instituto. A los catorce años ya suspiraba por salir con ella. Y Susan no se hizo rogar demasiado. Tardó muy poco en quedar prendada de Dick. Era un chico con dotes intelectuales y espirituales poco comunes.

Inteligencia rápida y penetrante. Honda sensibilidad y profunda espiritualidad. De carácter jovial y alegre; emotivo, activo y algo secundario: apasionado. Era justo lo que ella deseaba que poseyera el chico con el que decidiera compartir su vida. El “envoltorio”, como ella decía sonriendo, tampoco estaba nada mal. Alto, fuerte, casi atlético, piel algo más morena que la suya, ojos y pelo castaños. Le encantaba su energía, aunque en ocasiones le incomodara un poco cuando ésta se desbocaba en accesos de impaciencia. Fogoso, vivo y vehemente, defendía sus convicciones como si en ello le fuera la vida. En ocasiones se extralimitaba en sus correcciones al prójimo. No lo hacía con mala fe, pero podía llegar a no respetar suficientemente la libertad de los demás. Y esto era especialmente inadecuado cuando estos *sufridos “prójimos”* tenían ya una cierta edad..., ¡como era el caso de Jack!

Compartían, y esto le hacía profundamente feliz a ella, un profundo anhelo de lo trascendente. Podían estar horas y más horas hablando de temas profundos: apasionado él, tranquila y serena ella. Seducidos ambos por el deseo de Infinito....

No por ello habían renunciado a lo que es habitual entre los adolescentes y jóvenes. Asistían a conciertos de grupos musicales de vanguardia. Bailando hasta quedar extenuados, jadeantes, empapados de sudor y tronchándose de risa hasta saltárseles las lágrimas y dolerles el estómago. Procuraban no perderse ningún partido de fútbol de su equipo favorito. En verano, siempre que podían, iban a bucear juntos. Sin botellas, simplemente con tubo y aletas.

También la montaña les encantaba. Dick podía quedarse extasiado contemplando paisajes pintorescos en

lugares remotos y solitarios, en contacto vital con la naturaleza agreste. Su temperamento apasionado encontraba en ello ocasión para relajarse, respirando profundamente el aire cargado de aromas silvestres.

Uno y otro gustaban de las románticas puestas de sol y más de un atardecer les había sorprendido lejos aún del abrigo del refugio, en plena montaña. Las miradas de ambos perdidas en el horizonte, en profunda y serena contemplación, entrelazadas las manos, rebosantes de ternura sus corazones. En estos casos el desenlace era siempre el mismo: Dick, con los ojos humedecidos de puro gozo, rebosante de paz su espíritu, besaba dulcemente a Susan y con voz queda, susurraba:

-¡Vamos, es tarde amor mío...! Estaría aquí contigo, sin moverme, el resto de mis días.... Pero si llegamos tarde al albergue nos vamos a quedar sin cena, y además los compañeros van a pensar que nos ha pasado algo.

Ella, invariablemente, apoyaba su cabeza por un instante sobre el hombro de Dick, daba un profundo suspiro, y respondía:

-¡Sí, vamos, es tarde...!

Había, en cualquier caso, algunas aficiones de sus compañeros de clase que ellos no compartían. Por ejemplo, el buscar la felicidad en el fondo de las botellas de alcohol o en alguna secreta molécula psicotrópica que pusiera en jaque su bioquímica cerebral. Les costaba entender que el quedarse beodos, tambaleándose como peonzas hasta altas horas de la madrugada, fuera el ceremonial comunitario más brillante para expresar sus protestas por la situación de la sociedad.

Cuando los lunes por la mañana se cruzaban en clase con bastantes de sus amigos que aún mostraban señales evidentes de la “catarsis colectiva” del fin de semana, Susan y Dick procuraban ser más dulces y bondadosos que nunca. Intuían que no iban a convencer a nadie utilizando un arsenal de “discursos puritanos” entonados con aire de coléricos energúmenos y amenizados con alardes de conducta intachable....

Ambos sabían, por propia y privilegiada experiencia interior, que sólo un encuentro interior con Jesús, sólo un sentirse amados por un Amor infinito que acoge sin condiciones, conduce a sumergirse más y más en la dinámica del amor. Sólo por ese camino sus amigos abrazarían una conducta moralmente correcta.

Susan había forjado, para uso personal, una frase que le encantaba: **“La moral es algo así como la ciencia del verdadero amor en el obrar concreto”**.

Dick, a quien encantaban las expresiones sintéticas, prefería decir: **“La moral es la técnica del amor verdadero”**.

Sea como fuere ambos intentaban ayudar a sus amigos de una manera muy sencilla y efectiva: dejando transparentar hacia el exterior algo del paraíso que sentían crecer, día a día, en su interior. Especialmente cuando, juntos siempre que podían, se sumían en intensa oración....

Sebastian despertó súbitamente. Alarmado. No era el insoportable rugido de los motores lo que le puso en estado de alerta. Precisamente al contrario. Fue el pro-

fundo silencio que detectaba a su alrededor. ¿Habían llegado al fin al término de lo que él, socarronamente, calificaba de “baile de disfraces”, “carnaval barriobajero”, “pan y circo para la plebe...”?

¿Podría ahora, finalmente, correr unos cientos de metros en la ruedecita de su jaula y beber un buen trago de agua de la botellita? Se relamía los bigotes sólo de pensarlo. Añoraba hincar sus afilados dientes en un trocito de sabrosa avellana. Eran su debilidad.... Además, empezaba a tener calor en el bolsillo de Jack. Faltaba aire. ¡Y Helen parecía no querer apartarse de Jack...!

Sebastian, nervioso, se revolvió con furia en el bolsillo del joven. Estaba dispuesto a todo. Incluso a abrir directamente un boquete en el pantalón de su dueño si era necesario. Jack, sintiendo retorcerse al animalito, hundió su mano en el bolsillo apartando por un momento con suavidad a Helen, y sacó a Sebastian.

El espectáculo que el roedor contempló le hizo palidecer: Dick, Susan, Jack y Helen estaban absortos, mudos, estáticos, contemplando el espacio exterior a través de las ventanas de la nave. Los motores no hacían ahora ruido. Estaban parados. Pero nada había cambiado básicamente: el mismo horrible y aburrido habitáculo lleno de estúpidas lucecitas parpadeantes.... Decididamente había en marcha una conspiración contra él. Un complot. ¡Querían matarlo de puro tedio!

De repente se acordó de Tim. Éste le estaba observando. El magnífico animal podía tener controlados casi todos los detalles en un radio de decenas de metros. Y el habitáculo de la nave tenía escasamente ocho. Así que tenía gran parte de su capacidad analítica en un aburrido estado de “stand-by”. Tim dirigió una mirada hacia

la palanca de puño siliconado.... Sebastian comprendió la sutil insinuación.

-¡Claro! ¿Cómo no se le había ocurrido a él?

Le molestaba sobremanera tener que admitir que Tim era más listo que él. Pero le confortaba constatar que el noble animal siempre utilizaba sus capacidades para facilitarle la vida.

Encontró entrañable la sugerencia de Tim. Se encaramó decididamente por la palanca y volvió a hundir los afilados cuchillos de sus mandíbulas en el sufrido polímero que recubría la palanca.

-“A comer, a comer y a olvidar, las penas...” - canturreó melancólicamente para sus adentros, parafraseando la letra de un clásico musical.

Jack y Helen le vieron, pero no dijeron nada. Jack estaba algo dolido por los gritos de su padre. Pensó, para sus adentros, que su padre era demasiado “gruñoncete”. Le seguía pegando broncas a todas horas, como si fuera un chiquillo. Y no se cortaba ni un pelo aun estando Helen delante, cosa que le ponía de los nervios....

Sebastian roía frenéticamente. Estaba abriendo una verdadera zanja en el puño del mando.

Helen sintió, de pronto, que le invadían unas enormes e irrefrenables ganas de reír. Apretó con fuerza los labios. Contuvo la respiración. Se presionó fuertemente los labios con su mano derecha. Intentaba desesperadamente contener la risa. El relativo miedo que había soportado durante la fase de despegue había desaparecido ya casi enteramente, dando paso a la sensación de estar viviendo una increíble aventura sentada en la cabina de... ¡una nave espacial! Se había relajado y la tensión acumula-

da anteriormente quería desbordarse ahora en un acceso de pura alegría y emoción al ver que todo estaba funcionando a la perfección.... Todo estaba controlado.

Todo... menos la risa.

Jack se dio inmediata cuenta de lo que le ocurría a Helen y le susurró al oído:

-Por favor, no la lées.... ¡Aguanta, por Dios!

Temía que su padre se encolerizara de nuevo.

De repente le entraron a él también unas enormes ganas de reír. Sebastian estaba de foto. Roía ahora plácidamente. Lentamente. Con gula. Se estaba cebando en la palanca. Recreándose en cada mordisco. Lo suyo era puro vicio....

Súbitamente, Jack estalló. Fue una carcajada enorme, sonora, incontrolable.... Un torrente desbordante de alegría.

Helen estalló a su vez. Se retorció en el asiento. Dick y Susan se volvieron de inmediato. Vieron a Sebastian, que se había levantado sobre sus dos patitas traseras adoptando una expresión teatral, haciéndose el sorprendido, simulando no entender el motivo de la algazara general.

Distendidos a su vez, Dick y Susan estallaron también en carcajadas. Sonoras las de Dick. Más comedidas las de Susan.

Sebastian optó por hacerse el ofendido. Miró con fingido desdén a las dos parejas y descendió lentamente de la palanca, adoptando un aire de “mártir incomprendido”. Fue a refugiarse en un hueco, cerca del panel de instrumentos.

Helen, aún con espasmos de hilaridad, se secó las lágrimas que le surcaban las mejillas. Jack hizo lo propio. Formaban una hermosa pareja.

Dick y Susan se habían casado al cabo de unos meses de terminar sus estudios. Al año nació Jack. Tenía rasgos físicos y temperamentales tanto de Susan como de Dick. Era como una curiosa mezcla de ambos. Dotado también de una inteligencia superior, su actividad mental podía resumirse en dos palabras: “¿Por qué...?”. Desde pequeño quería saberlo todo. Sus padres le complacían en la medida de lo posible. Pero en algunas ocasiones su sed de información llegaba a ser agobiante.

Tenía un corazón de oro, extremadamente compasivo y misericordioso. Era muy alegre si había descansado bien. Algo frío y hosco en caso contrario. Fuerte físicamente. Habitualmente tranquilo, excepto cuando se emocionaba. Podía entonces estallar en reacciones de júbilo exultante. Cuando se desanimaba podía llegar a hundirse excesivamente. Su punto débil era la desesperación cuando las cosas no salían a su gusto. Dotado de memoria excepcional, podía llegar a ser un verdadero “repelente” si dejaba aflorar, durante una conversación trivial, su enorme cúmulo de conocimientos, muy superior al de los muchachos de su edad.

Jack se había enamorado de Helen. Y no era para menos.... Cabellera rubia. Ojos azules. Figura bella, esbelta y proporcionada. Inteligente, aunque no tanto como Jack. Dulce y romántica. Serena y tranquila. Hacía cualquier tarea con diligencia, pero sin prisas.

Tenía el admirable don de “rescatar” siempre a Jack cuando éste se “atrancaba” en algo y empezaban a sonar las sirenas de alarma advirtiéndole que se acercaba

una tempestad de desesperación, que en la mayoría de las ocasiones era motivada por una simple nadería. Una sonrisa de Helen, una sencilla broma sobre la situación... desbloqueaban al muchacho casi instantáneamente. Jack volvía a recuperar la calma, sintiéndose siempre algo avergonzado de ésta su principal debilidad.

Hacía poco que salían juntos “formalmente”, aunque, a decir verdad, se habían sentido atraídos el uno por el otro desde que se conocieron. Los padres de ambos, que mantenían una excelente relación y compartían ideales y creencias, les habían aconsejado que lo tomaran con calma, cosa a la que ellos se habían “sometido” no sin cierto recelo al principio. Este recelo dio paso a una filial adhesión después, al observar con qué tierna complicidad contemplaban sus padres su relación.

Jack pretendía emular los estudios de sus progenitores. Helen sentía especial predilección por el arte. Jack era el dueño –por decirlo de alguna manera- de Sebastian. Helen lo era de Tim. Tenía gran afecto a su fiel perro y Tim, a su vez, adoraba a Helen. Era como su sombra y no conocía otra pasión que el estar siempre al lado de su amita.

Estos eran pues los seis ocupantes de la cabina de mando del Transporter I, un atrevido ingenio espacial diseñado para viajar lejos y rápido, y capaz de maniobrar en condiciones extremas si era preciso. Sus dos motores principales se acababan de detener y estaba situado en una órbita terrestre de baja altura.

La voz de Susan serenó la “fiesta espacial”.

-Sois la monda –dijo, bailándole aún la risa en los ojos-. Nunca hubiera esperado alcanzar la LEO partiéndome de risa viendo las travesuras de Sebastian.

-¿Qué es una LEO? –inquirió inmediata y ávidamente Jack.

-“Low Earth Orbit”, una órbita alrededor de la Tierra a baja altura –respondió Susan.

-Hummmm...., -empezó Jack frunciendo el ceño-, entonces, si es a baja altura, en el perigeo tendremos un alto roce con la atmósfera y caeremos de nuevo a la Tierra....

-¿En el peri...qué...? –preguntó Helen poniendo cara de susto.

-Perigeo –repitió Jack, adoptando un cierto aire de suficiencia-. Se denomina así el punto de la órbita en el que la nave está más cerca de la Tierra. El apogeo es exactamente lo contrario. De hecho las órbitas describen elipses alrededor de...

-¡¡Jack!! –Intervino Dick, con una sonrisa en los labios-. Vale. Corta rollo.

-¡Pero papá! –protestó Jack, molesto porque le habían interrumpido a media explicación.

-Por favor, Jack, no empieces otra de tus interminables disquisiciones –insistió Dick-. Lo haces para impresionar a Helen, ¿no? –su voz adquirió ahora un matiz cómico y bondadoso-. Helen te va a querer igual sin necesidad de que abuses de su paciencia. Quizá incluso un poco más, si le muestras que eres capaz de mortificarte por ella ahorrándole una explicación que no le interesa lo más mínimo, que no te ha pedido y que, probablemente, va a darle dolor de cabeza. Ya sabe que eres muy listo. Pero quizá le molesta un poco tu aire de suficiencia....

-¡Papá! –explotó Jack-, ¡no tienes derecho a meter-te así conmigo...!

De hecho Jack, en su fuero interno, comprendía perfectamente que su padre tenía razón.

-¿Te hago cosquillas? – continuó Dick, imperturbable. Sabía perfectamente que el buen humor era la manera más sencilla de ayudar a su hijo a entrar en razón.

Jack se alarmó. Su padre era terrible haciendo cosquillas....

-¡No, por favor...! Vale, tú ganas -exclamó al punto-. Pero que quede claro que simplemente trataba de aclarar un concepto que es del máximo interés dado que...

Helen, sonriendo, dio un suave beso a Jack. Éste se calló inmediatamente. Paseó su mirada lentamente por la cabellera de Helen. Adoraba esa cabellera. Helen movió un poco la cabeza y una parte de su pelo se deslizó lenta y acompasadamente sobre su mejilla, tapando uno de sus maravillosos ojos azules. Jack acababa de pasar al estado de éxtasis en sólo cinco segundos. Estaba absorto, contemplando a su chica. Helen sonrió aún más y le dio, jugando, un pequeño cachete.

-¡Despierta, príncipe azul...! –le dijo con dulzura.

Dick y Susan se miraron furtivamente, intercambiando un gesto de profunda complacencia.

-La cosa funciona –pensaron-. Van a ser una buena pareja....

-Puedes estar tranquilo, Jack -continuó Susan, retomando el hilo de la conversación-. Aún teniendo razón en lo que dices respecto a la LEO ten en cuenta que, en cuanto lleguemos a la posición óptima de la órbita, un nuevo impulso de los motores nos enviará en la dirección

adecuada para llegar a tiempo al punto de encuentro con la Luna, que es el próximo cuerpo celeste que queremos orbitar para llegar a nuestro objetivo..., en fin, al término de nuestro viaje....

-Esto..., mamá, respecto al objeto de nuestro viaje... -evidentemente era Jack quien hablaba-, ya puestos, ¿podrías tú y papá ser algo más explícitos? Sabemos a dónde vamos, pero no sabemos en absoluto “a qué vamos”. Confieso que es algo increíble, fantástico, casi espeluznante que estemos a bordo de este ingenio espacial. Pero recuerda que hace sólo unas semanas no teníamos ni idea que íbamos a venir aquí. Recordarás que Helen y yo íbamos a disfrutar nuestras vacaciones juntos, un año más, como monitores de las colonias de la parroquia. Luego vinieron las prisas. Papá y tú habíais empezado con esas conversaciones misteriosas que interrumpíais bruscamente cuando Helen y yo nos acercábamos. Luego sus padres se unieron a vuestras secretas maquinaciones. Luego vino la invitación más inverosímil que he recibido en mi vida: subirme a un cohete en dirección a la Luna, según nos habéis dicho. Con Helen. Y Tim. Y Sebastian. Luego los chequeos médicos y las agotadoras sesiones de entrenamiento. Y finalmente me encuentro aquí, metido en la aventura más espeluznante de mi vida, y la única garantía que tengo de que todo esto tiene un sentido y de que voy a salir vivo de aquí es la confianza que os tengo depositada, que ya sabéis que es mucha.

Dick, respirando profundamente, tomó con decisión la palabra, cortando de nuevo el discurso de Jack:

-Jack, ¿te arrepientes de confiar en nosotros?

-No papá, no es eso –respondió inmediatamente Jack-. Sabes de sobra que creo en el amor que me tenéis.

Tanto Helen como yo confiamos en ti y en mamá, y en los padres de Helen, claro.

-¡Gracias! -dijo Helen en un tono divertido, casi cómico.

Jack le miró por unos instantes, sonriendo, y continuó:

-¿Pero no crees papá que ha llegado ya el momento de que nos desentrañéis el enigma? No creo que hayamos venido aquí a sacar fotografías. Eso ya hace un montón de años que se hizo. La Luna está cartografiada con una precisión casi perfecta....

Susan intervino ahora.

-Sí, Dick, creo que ha llegado ya el momento de decirlo. No veo por qué debemos ocultarlo por más tiempo.

-Tienes razón -asintió Dick-. ¿Quién empieza, tú o yo?

Susan reflexionó unos instantes. Luego dijo simplemente:

-Si te parece, deja que empiece yo. Procuraré delinear el tema en sus puntos principales. Tú puedes luego satisfacer su curiosidad entrando en los detalles. Tenemos tiempo. Nos queda un montón de horas de viaje hasta alcanzar nuestro destino, la *Polar Star I*.

-¿La *Polar Star I*? -dijeron boquiabiertos y al unísono Jack y Helen.

Susan fue directa al grano:

-La *Polar Star I* es una enorme estación orbital, situada relativamente cerca de la Luna. Sus dimensiones son gigantescas, inimaginables. Es algo así como un enorme aro de unos cuatrocientos kilómetros de diámetro. Gira sobre si misma, generándose por tanto gravedad

artificial. Está habitada por varios millares de personas. Familias como nosotros en su gran mayoría. Reproduce en su interior, por zonas, las distintas áreas climáticas terrestres, desde la ecuatorial hasta la polar. Cada una de ellas con su flora y fauna correspondientes. Evidentemente no hay toda la diversidad de especies completa, hubiera sido imposible hacerlo. Lleva en funcionamiento unos cuatro años y todo había ido de maravilla hasta ahora. Pero en los últimos meses han ocurrido ciertos problemas.... Nosotros vamos allí para intentar solucionarlos. Esto es todo lo que podemos decir de momento porque el equipo de psicólogos nos recomendó que no os diéramos toda la información de golpe.

Jack y Helen tragaron saliva. Estaban mudos. Pasmados. Atónitos. Helen fue la primera en reaccionar. Jack estaba “procesando” la información, intentando adivinar sus implicaciones y preparando un caudaloso torrente de preguntas.

-Así que... -empezó Helen-, ¿podremos tomar el sol en la playa en esa especie de... rosquilla gigante?

-¡Por favor! -estalló Jack, impaciente-. Esto es lo que menos importa ahora, cariño. Antes hay un montón de preguntas de más alta prioridad. Por ejemplo, habéis dicho gravedad artificial... ¿a qué velocidad gira la rosquilla?

-Respecto a lo de tomar el sol en la playa, pues sí, en efecto, es totalmente posible, Helen -dijo Dick, mirando a Jack con cierto aire de desagrado por la manera cómo éste había interrumpido a Helen. Luego continuó:

-Respecto al tiempo de rotación, la estación tarda unos quince minutos en dar una vuelta completa.

-¿Emplea un cuarto de hora para dar una vuelta...?. Es decir, que en una hora entera... ¿sólo da cuatro vueltas...?. ¿No gira excesivamente lenta? –dijo Jack, titubeando y algo avergonzado. Había captado perfectamente el significado de la mirada de su padre.

-Refresca lo que has aprendido en clase de Física, hijo. Es un cálculo muy sencillo –respondió serenamente Dick.

-Sí, claro, ya recuerdo papá... -dijo Jack mirando a Helen por el rabillo del ojo-. Aunque la velocidad angular parezca baja, al tener un radio de unos doscientos kilómetros, la velocidad lineal en el borde de la rosquilla debe ser enorme.

-De unos cinco mil kilómetros por hora, más o menos... –corroboró Dick.

-Pero papá, ¿de qué está hecha la estructura? ¿Qué material puede aguantar las tensiones que deben generarse en ella?

-Bueno, éste es uno más de los secretos de la estación... -repuso Dick-. Si no tienes nada mejor que hacer puedes entretenerte también intentando imaginar cómo canastos se ha podido llevar ahí la ingente cantidad de materia necesaria para la construcción. Quizá pueda ayudarte el buscar bibliografía sobre tecnología de ascensores espaciales y otras curiosidades por el estilo....

Helen interrumpió ahora, con dulzura, a Dick. Era evidente que los detalles técnicos no le importaban lo más mínimo:

-Habéis dicho que está habitada por familias, es decir padres, hijos...

-Sí, efectivamente –asintió Susan.

-¿De qué raza? –quiso saber Helen

-¡De casi todas! –afirmó inmediatamente Dick con manifiesta satisfacción.

-¿Y de dónde sacan la energía? Debe ser algo colosal –inquirió Jack de nuevo, saltándose otra vez el turno de Helen.

-De inmensos paneles fotovoltaicos –respondió Dick, indulgente.

-¿Y la gravedad es uniforme?

-No. Hay un gradiente. En vez de imaginarte una rosquilla, imagínate una inmensa rueda de bicicleta, en el espacio, girando sobre su eje. La gravedad sería nula en el eje e iría aumentando a medida que te acercaras, a través de los radios, hacia el neumático exterior. Allí la gravedad equivaldría a la de la superficie de la tierra. Y es justamente en esa zona donde vive la gente.

Hubo unos instantes de silencio. Helen volvió a tomar la palabra. Empezaba a entusiasmarse, coloreándose un poco las mejillas:

-Y... ¿hay ahí arriba parejas de jóvenes que se enamoran, como Jack y yo...?

-Sí, claro. ¿Por qué no? –respondió Dick, sonriendo.

-Perfecto. Suena bien –suspiró la romántica Helen. Jack quería ir a fondo. Empezó a utilizar artillería pesada en sus preguntas:

-¿Pero qué hacen ahí, papá? ¿Son turistas ricos?

Dick y Susan se miraron. Su hijo estaba a punto de acertar en el centro de la diana. Jack advirtió, con su enorme capacidad de empatía, el ligero titubeo de sus padres. Decidió cebarse en ellos y disparó a bocajarro:

-¿Qué clase de “experimento” están haciendo con esta gente, papá?

Había puesto énfasis en cada palabra, en cada sílaba.

Helen se asustó un poco:

-¿Experimentos con gente...? –empezó.

-No temas –se apresuró a tranquilizarla Susan-. He visto un montón de videos que recogen el día a día en el interior de la *Polar Star I* y puedo asegurarte, Helen, que lo que se está haciendo ahí es, probablemente, lo más hermoso que he visto en mi vida. No tienes nada que temer. Anda, Dick, explica un poco más del tema. Me imagino que estás muriéndote de ganas de hacerlo.

Dick carraspeó un poco. Puso un semblante muy serio y empezó a hablar. En el tono solemne que adoptó se adivinaba una mezcla de tristeza y esperanza. Como la del médico que comunica a los familiares del enfermo la grave dolencia que aqueja a éste, brindándoles, sin embargo, una solución. Una solución increíble pero real. Una solución cuyo éxito va a depender, en último término, de la voluntad del enfermo.

-Para responderte, hijo, lo mejor será que empiece haciéndote unas cuantas preguntas. Es mejor así porque podrás comprender con más facilidad mi respuesta. De todas maneras ya te ha dicho mamá que es más conveniente no daros toda la información de golpe.... La iréis descubriendo vosotros mismos poco a poco. Por lo tanto, nada de prisas, ¿de acuerdo, Jack...?

-De acuerdo papá –accedió Jack, no sin cierto fastidio.

-¿Recordáis Fukushima? –empezó Dick, dando inicio a su relato con una pregunta.

-Sí –dijeron ambos inmediatamente. Su rostro palideció. Les vino inmediatamente a la mente el catastrófi-

co estado en que se encontraba el planeta Tierra. De hecho estaba agonizando.... Había llegado prácticamente a un punto sin retorno posible.

-Sí, papá, lo recuerdo –continuó Jack-. He leído sobre Chernobyl. Luego vino Fukushima. Luego... la catástrofe de hace un par de años. Se me hace un nudo en la garganta cada vez que lo recuerdo.

Jack calló por un momento. A duras penas podía contener su emoción. Estaba a punto de llorar. Helen le miró, emocionada a su vez. Nada le atraía más de Jack que la profunda misericordia que albergaba su corazón. Cuando advertía una necesidad real en otra persona entonces un secreto impulso de su corazón le lanzaba en tromba a socorrer al afectado con todos los recursos que tuviera a su alcance. Por lo tanto Helen entendía perfectamente la reacción que acababa de tener Jack. Tampoco ella podía recordar sin dolor los horrores del último y nefasto accidente nuclear que había sumido países enteros en el abismo de la indigencia colectiva.

-Bien Jack. Voy a continuar –dijo Dick, conmovido por la reacción de su hijo-. ¿Recuerdas cómo terminó la última reunión de mandatarios de países industrializados?

-Sí –prosiguió Jack-. Las discusiones alcanzaron tal grado de tensión que las supuestas negociaciones acabaron en serias amenazas de enfrentamientos bélicos a escala internacional.

-Continuemos. ¿Qué piensas de tu futuro profesional, Jack?

-Es incierto, papá. Lo sabes de sobra. Me pongo nervioso cada vez que pienso en ello. Procuero esforzarme por sacar el máximo partido de mis talentos y llegar a ser

alguien útil a los demás. Y ganar dinero, claro. Porque con Helen, algún día..., en fin, queremos casarnos....

Helen bajó lentamente los ojos, con algo de timidez, pero Dick y Susan tuvieron tiempo suficiente para leer en ellos una vez más: profunda emoción, ilusión ardiente pero serena, sobriedad, paz profunda, gozo intenso, sinceridad, amor y bondad extremos. Asomarse a los ojos de Helen era toda una experiencia. Eran como la secreta puerta tras la cual se oculta un ignoto paraíso. Cierto que Helen tenía también sus momentos de tormenta, como todo el mundo. Pero transcurridos éstos, su noble espíritu, y no siempre sin esfuerzo por su parte, volvía a sumirse en un abismo de paz y se asemejaba, en cierto sentido, a una secreta playa de aguas azuladas, tranquilas, transparentes, profundas....

Jack se dio cuenta inmediatamente de que sus padres estaban observando con discreción a Helen. La miraban con honda ternura. En sus ojos brillaba la profunda alegría que invade a quienes albergan una gran esperanza....

-Sí, hijo -continuó Dick-, me estabas diciendo que tu futuro es, cuanto menos, incierto.

-Sí, papá. Por más que me esfuerzo no cesan de crecer mis temores. Aún dando por supuesto que obtenga varios doctorados, diez o quince másteres, consiga hablar con perfecta fluidez seis o más idiomas y no nos hayamos arruinado toda la familia en el trance de conseguirlo, la lista de interrogantes pendientes de respuesta es enorme. Y crece día a día. ¿A qué tendremos que renunciar Helen y yo en nuestros proyectos? Es cierto que hay un montón de amigos nuestros que son unos vagos de cuidado, que no dan ni golpe y que aspiran a que se les dé todo

hecho.... ¡Pero con la excusa de que hay jóvenes así, se les pone esta etiqueta a todos los jóvenes...!. Y lo que es peor, se concluye que cualquier legítima aspiración que tengan es algo que sólo los vagos pueden concebir. Años atrás mucha gente idolatraba el marxismo, como un dios que iba a redimir el mundo. Luego se vio con claridad que no era otra cosa que un ídolo de pacotilla, un sembrador de odio incapaz de salvar a nadie, pero que exigía, iracundo, su tributo de vidas humanas, destrozando la vida de generaciones enteras. Al caer éste, la gente parece ahora querer rendir culto al capitalismo como a otro dios. Un dios que exige que se le restituya con creces el lugar que el marxismo le quiso arrebatarse. Por mi parte no tengo objeciones a que existan empresas, a que exista el comercio, en fin, a toda una serie de cosas que son de estricto sentido común... -Jack había empezado uno de sus interminables discursos y resultaba difícil pararle en este momento. Sus padres lo sabían y optaron por no interrumpirle....

-Entiendo también papá –continuó Jack- que en situaciones excepcionales deba trabajarse de manera excepcional. Pero en este momento, a mi entender, lo que ocurre en muchos ámbitos de la economía mundial puede resumirse en una sola frase:

“Maximizar beneficio a cualquier precio, maximizar beneficio a costa de lo que sea...”

-Muchas empresas –prosiguió Jack-, aunque no todas afortunadamente, buscan maximizar su beneficio ignorando de manera burda los derechos de las personas. Si esto sigue así, papá, me veo con Helen cambiando de continente cada cuatro años, y de ciudad una vez al año. ¿Podré estructurar con estos vaivenes una vida familiar

digna? ¿Podrán tener nuestros hijos un grupo de amigos más o menos fijo? ¿Podré atenderos en vuestra vejez como os merecéis mamá y tú? ¿Podré mantener un mínimo de arraigo? ¿Podré establecer y mantener una saludable red de vínculos con personas de mi entorno? Y el problema no es sólo de movilidad geográfica. Cada vez más se exige una disponibilidad horaria inhumana. Por no hablar de los salarios, que son cada vez más exiguos.... Y un largo etcétera del cual sólo mencionaré unas cuantas obviedades, para no fastidiar vuestros oídos....

Dick, Susan y Helen podían a duras penas contener sus ansias de tirarle algo a la cabeza, en plan jocoso, para que moderara el ardor de su lengua desatada.... Pero Jack continuó impertérrito:

-¿Podré aspirar a conseguir, por uno u otro camino, una pensión de jubilación y una asistencia sanitaria mínimamente digna? Entiendo bien, papá, que el problema es complejo. Comprendo todo el tema de las pirámides demográficas y un montón de cosas más. Y... ¿quieres que te diga?, pienso en el fondo que la raíz de todos los problemas está en la pérdida generalizada de valores de muchas personas, en todos los niveles de la sociedad. Esto incluye, por lo tanto, a muchos mandatarios de los diversos países del mundo y a gran parte de los responsables del vaivén económico. Han perdido total o parcialmente los valores. Y, en caso de que los acepten en teoría, luego en la práctica se empeñan en hacer compartimientos estancos que mantengan aisladas la economía de la ética. Y exigiendo evidentemente de sus empleados y subordinados que hagan lo mismo. Y así nos va todo. Y cuesta encontrar personas que sepan hacer una sana crítica de todo ello porque claro, como mucha gente no tiene

otro dios que las ideologías, muerto el marxismo, debe servirse sin condiciones y sin murmullos, sin rechistar lo más mínimo, al dios capitalismo. Y quien se atreva a protestar –Jack estaba rozando ya los límites del furor-, aunque sea solamente aspirando a derechos legítimos, es tildeado de vago impenitente y mirado con desprecio por un montón de acólitos del nuevo dios capitalismo....

Aquí Jack se detuvo para tomar un poco de aire. Había hecho todo su discurso de un tirón.

-A propósito, papá, tú que lees tanto... ¿ha dicho la Iglesia algo al respecto? –continuó Jack en tono algo desafiante, apenas restablecida su actividad pulmonar, comprometida por un instante.

-La *Rerum novarum*, la *Centesimus annus*, la *Caritas in veritatem*, por mencionar sólo algunos documentos, han hablado fuerte y claro. Han trazado verdaderas líneas maestras sin hacer concesiones a nadie –afirmó inmediatamente Dick, encantado de poder intervenir para intentar calmar a su hijo, que estaba realmente indignado.

-Escucha, Jack, intenta calmarte... –prosiguió Dick-. Tienes buena parte de razón en muchas de las cosas que estás diciendo, pero la ira no es buena consejera y te estás dejando arrastrar por ella...

-Lo siento, papá, pero es que tengo la sensación de que aún esforzándome muchísimo no llegaré a ser otra cosa que una pieza multiusos -que no para de rodar y desgastarse a un ritmo alocado, ahora en un punto, ahora en otro- de una complicada máquina que nadie acaba de comprender cómo funciona ni para qué sirve, como no sea para enriquecer a unos cuantos que quieren vivir como secretos sátrapas a costa nuestra....

-¡Jack, modérate! –insistió Dick- Ya vale. Nos vas a poner nerviosos a todos si sigues en este plan....

Jack optó por hacer caso omiso a su padre. Iba a soltar toda la angustia acumulada durante los últimos meses en su corazón. Esta ansiedad, como un pesado lastre, le impedía volar hacia el futuro con la fuerza y el ímpetu propios de su edad.

-¿Sabes papá?... –prosiguió Jack- Cuando reflexiono con mis amigos, sin que encontremos sentido en nuestro entorno, cada cual da su explicación. Unos me exigen con arrogancia que me una a ellos para destruir el sistema que nos oprime. Lo bueno del caso es que, cuando les pregunto qué haremos al día siguiente de haber quemado el sistema, ninguno me da respuestas satisfactorias. Me muestran simplemente los viejos planos de otros sistemas político-económicos. Cuando les hago notar que también ésas son máquinas obsoletas y ruines que en su momento ya torturaron a millones de personas, ellos se obstinan más y más en sus ideas. Es como si el odio les cegara....

Otros amigos, los partidarios del sistema actual, me indican que la única vía es esforzarse y trabajar duro. En el fondo, pienso, tienen una moral de esclavos de galeras. ¡¡¡Puedes quedarte sin nada casi..., y da igual!!! Si no lo aceptas todo como si fueras el esclavo de algún desconocido amo, entonces te cuelgan la etiqueta de vago....

-No te desesperes, hijo –intervino Dick decididamente.

No soportaba ver a su hijo en éste estado de ánimo. Intentó cambiar algo el rumbo de la conversación, aunque no el objetivo que pretendía alcanzar con ella.

-Dejemos este tema de momento, Jack, y continuemos la conversación haciendo un pequeño salto hacia

delante. Voy a hacerte otra pregunta –propuso Dick serenamente.

-Dime, papá –accedió Jack.

-Sabes de sobras que me encanta la democracia. De hecho, creo que daría la vida por defenderla.

-Eso ya lo sé, papá. ¿Cuál es la pregunta?

-La pregunta es la siguiente –continuó Dick-. ¿Crees que algún día, algún partido político, en algún secreto lugar, va a encontrar la pócima mágica, la fórmula magistral que dará luz y seguridad a tu futuro?

Jack se puso aún más serio. Guardó silencio por unos instantes. Luego su semblante se entristeció.

-Empiezo a dudarlo, papá –repuso el aludido-. Intento mantenerme alegre, como tú y mamá me habéis inculcado siempre. Pero cada vez tengo menos esperanza. Cada vez me viene más la tentación de dar la razón a otro grupo de amigos de los que aún no te he hablado. Con Helen los llamamos cariñosamente **“Los piratas”**. Su lema suena a algo así como **“¡a saco con todo...!”**. Se trata de la ley de la selva. La ley del más fuerte. Cojo lo que quiero y lo uso para satisfacerme. Luego lo tiro. Al que quiera oponerse, si es más débil que yo, le atizo fuerte. Si es más fuerte que yo, no me enfrento. Simplemente busco otro objetivo más fácil y punto. No hay lugar para la compasión ni la misericordia. **El amor es una debilidad**, ¡¡¡ésta es la tesis de fondo!!! Sin embargo, como no se atreven a formularla en toda su crudeza, la encubren y disimulan con una amplia gama de divertidos disfraces, a elegir.... Con mucha juerga y música. Algunos incluso adoptan aires de ideólogos. Escenifican un curioso folklore, pero en el fondo no creen en ningún valor. O si conservan alguno, da la sensación de que se han subido

a un tren que viaja a toda velocidad hacia un tenebroso lugar donde impera el vacío absoluto de valores. No creen en el amor, papá. Se van convirtiendo más y más en unos terribles egoístas que sólo se buscan a sí mismos.

Dick se emocionó.

-Jack, hijo, estás hablando muy bien. Es cierto que deberían matizarse algunas de tus afirmaciones. Pero me estás demostrando una vez más que eres un joven reflexivo que avanza con pasos decididos hacia la madurez. No te olvides nunca sin embargo de rezar. Es la única forma de mantener viva la esperanza....

-Gracias, papá.

Jack miró a Helen y suspiró profundamente. No quería en absoluto que ella le viera así. Quería comunicarle siempre seguridad y esperanza. Odiaba desanimarla.

Helen adivinó inmediatamente los sentimientos de Jack.

-Jack, amor, tienes un concepto muy ridículo de las mujeres —empezó diciendo—. Quizá eres aún un poco machista y nos infravaloras. O quizá más aún, nos desprecias, pensando que somos unas egoístas que sólo buscamos chicos que nos mantengan para darnos la gran vida a su costa, amenazándonos continuamente y sutilmente con quedarnos los hijos si el marido no satisface nuestros caprichos....

Helen acababa de coger a Jack totalmente con el paso cambiado. Fuera de juego. El muchacho empezó a sentirse absolutamente desbordado por el torrente de femenina fortaleza que fluía de los labios de la romántica Helen. Dick y Susan estaban extasiados.

-Sí. De esta manera pensáis la mayoría de los hombres —continuó Helen—. Pero no es cierto. Supongo

que es verdad que, genéticamente, por decirlo de alguna manera, estamos en cierto sentido “programadas” para que nos den asco los hombres vagos. Pero una mujer de verdad, una mujer que sea digna de que se le denomine por ese nombre, aspira a compartir ideales nobles con su esposo. Y a morir por ellos soportando lo que convenga, si es necesario. ¡Mira la historia! Las chicas no valemos menos que vosotros en absoluto. Deja ya de menospreciarnos en tu interior. Tú has expuesto toda una problemática que es real. Es verdad que tu padre tiene razón en lo de hacer algunos matices, pero debes enterarte de una vez que no soy ningún mueble de lujo.... Tus problemas son *mís* problemas, *nuestros* problemas. Y juntos los enfrentaremos. ¡Deja de despreciarnos de una vez, no lo soporto...!

-Perdona Helen –dijo Jack al punto-. Yo, de hecho, no he dicho nada de todo eso....

-Pero tus ojos y tu expresión te han delatado –dijo sonriendo Helen, quitando hierro al asunto.

-Esto ha estado muy bien, Helen -exclamó Susan, admirada-, no esperaba menos de ti....

-Si os parece, continuemos un poco más aún nuestro interrogatorio –prosiguió Dick-. ¿Qué piensas de las religiones, Jack...?

-Bueno, tú y mamá sois cristianos católicos fervorosos. Y además armonizáis a la perfección ciencia y fe. Si he de ser sincero, siempre me ha admirado ver en vuestro escritorio una imagen del Sagrado Corazón de Jesús y otra del Inmaculado Corazón de María junto a los libros de Astrofísica y de un montón de otras cosas más que ha publicado mamá. Confieso que hubo una época en que lo

encontré un poco chocante y no me atrevía a decírselo a los amigos. Luego lo comprendí.

-Sí, así es, hijo –dijo Susan interviniendo-. Mis más profundas intuiciones científicas muchas veces las he concebido inesperadamente, mientras estaba sumida en profunda oración, como leve descanso durante mi agotadora tarea científica. De hecho, confieso que la oración es el mejor descanso que conozco. Y además puedes acceder a ella en cualquier lugar. Y de forma gratuita....

Dick estaba escuchando embelesado a su mujer. Su profunda mirada siempre le había impresionado. Ya de novios habían empezado a acostumbrarse a sumergir la mirada de uno en la del otro. Cuando se casaron, Susan dejó de poner límite a este romántico ejercicio de “snorkel”. Pasaban a veces largos minutos mirándose directamente a los ojos, sin desviar la mirada. Era algo delicioso y apasionante, a la vez que misterioso. Ambos tenían la sensación de que, con su consentimiento matrimonial, habían entregado al otro algo así como la llave de entrada al santuario de su persona. Le habían dado libre acceso a su misterio personal. Se habían otorgado derecho mutuamente para pasearse, en cierto sentido, por las estancias del corazón de su cónyuge. Y en este penetrar en el corazón del otro se sentían fundidos, fusionados. Ya no eran dos, sino una sola carne. Se sentían movidos, empujados, conducidos por una fuerza misteriosa, sutil, por un Amor infinitamente tierno que los rodeaba, los penetraba y los mantenía fundidos el uno en el otro. Cuando estaban en la intimidad, al abrigo de miradas curiosas, entonces la fusión de sus cuerpos era el lenguaje encarnado de la fusión de sus corazones. Esos eran momentos que ellos percibían como sagrados.

-¿Qué haces mirándome así, bobo...? –le dijo Susan sonriendo, bromeando, pero con íntima satisfacción.

Le encantaba atraer a Dick.

-De sobra lo sabes –susurró éste, con los ojos brillantes y ligeramente humedecidos.

-Bueno, ya estáis otra vez haciendo el tortolito –soltó Jack, a quien encantaba ver profundamente enamorados a sus padres.

-Déjalos –intervino Helen-, no hay nada más bonito que el amor.

-Sólo bromeaba – dijo Jack, sonriendo-. Bueno, ¿sigo contándote lo que pienso de las religiones...?

-Sí, te lo ruego, hijo, continua...

-Bueno, papá..., encuentro la nuestra muy bonita. Es cierto que hay cosas que escapan a mi comprensión, como por ejemplo la respuesta última a esa especie de “*ley del sufrimiento*”. El tema de la cruz, ya sabes. Creo con toda mi capacidad de creer, con toda mi fe, que era necesario que Jesús padeciera por nosotros. Lo de la Redención, ya sabes...

El tono de voz de Jack se hizo ahora más bajo y vacilante. Siempre le ocurría lo mismo cuando mencionaba cosas de Dios. Era como si un respeto reverente, admirablemente perfumado y ungido de inefable confianza filial se apoderara de él. No quería hablar a la ligera de estas cosas. Dick advirtió inmediatamente lo que sucedía en el corazón de su hijo. Intervino, hablándole con extrema dulzura:

-Continúa, Jack. No te pares ahora. Dios no quiere siervos tiranizados por el miedo. A Él sólo le interesa el amor. Y si el amor consiste en entregarse absolutamente al amado, con todo el corazón, en un acto libre, conscien-

te y voluntario, entonces es necesario que la razón también quede satisfecha, pues forma parte de tu persona. Y aunque tu razón no llegue a captar al Misterio en su infinitud, su último acto, es decir, el comprender que hay algo que la trasciende y la supera será, en cierto sentido, su acto más sublime. Así lo formuló, más o menos, Blaise Pascal...

-¡Qué caña, Dick! —exclamó Helen, mirando boquiabierta a su futuro suegro.

Dick sonrió, mirando con dulzura y profunda humildad a Helen.

-Continua Jack, te lo ruego —repitió Dick, afectuosamente.

-Bueno, papá —dijo Jack con voz algo más firme. ¿Sabes?, hay como una última “*ley del sufrimiento*”, la cruz, que sigue ahí, inamovible, como una ley impuesta por el Padre Dios. Y no me encaja que ningún padre pueda pedir a su hijo que sufra. Y más si es inocente.

-Sí, murmuró Dick. En efecto, ésta es como una “*última ley*” y la última razón que podemos encontrar para esta ley no es otra que: “Es voluntad del Padre”. Pero estoy convencido que esta ley tiene también el sello de la misma esencia de Dios: el amor. Sí, no puede ser de otra manera. La última ley es también un imperativo del amor. En cierto sentido es como si la historia de todas las decisiones personales de todas las criaturas libres del Cosmos, me refiero a las decisiones perversas en mayor o menor grado, claro, y aquí incluyo todo el tiempo pasado, presente y futuro, hayan hecho “*necesario*” ese imperativo extremo del amor: sufrir por amor, y como testimonio precisamente de estar inmerso en la dinámica del amor, en unión al misterio redentor de la vida, pasión, muerte y

resurrección de Cristo. Me viene ahora al pensamiento precisamente el P. Maximiliano Kolbe, que dio su vida consintiendo libremente en ser ejecutado por los nazis, a cambio de la vida de un compañero de celda en los campos de concentración y exterminio, durante la II Guerra Mundial. ¿Sabes Jack...? ¡Entiendo perfectamente tus titubeos!. Estamos en las últimas fronteras del pensamiento. No nos ha sido concedido sondear más allá. Yo no me atrevería a intentar traspasar éste último límite del pensamiento. No quiero sucumbir a la tentación de intentar inútilmente satisfacer a mi razón cuando ésta se convierte en razón arrogante y soberbia. Opto por la sabia intuición de Pascal que antes te he citado. Y cuando me encuentro con alguien que sufre, que está en la cruz, entonces, más que perder el tiempo en inútiles disquisiciones procuro sumergirme en el caudaloso torrente de la divina misericordia que me impulsa a ser don, auxilio, ayuda y consuelo para el que sufre. Cuando alguien está sufriendo lo que necesita es amor en forma de consuelo, solidaridad, ayuda en la medida que sea posible, y no discursos filosóficos y académicos....

-Pero aún hay más, hijo –prosiguió Dick-. ¿Conoces una de las más hermosas realimentaciones positivas que puede experimentar una persona?

-Te escucho, papá –dijo Jack con profunda atención. Le encantaba oír confidencias de su padre.

-Pues es la que nos es dada cuando nos esforzamos, con la ayuda de la gracia, en creer y en comprender. En efecto, creo para entender. Y así, cada nuevo aspecto que comprendo, me empuja a creer y a darme aún más a Dios. Con lo cual me es dado comprender con mayor profundidad, lo cual me empuja más y más a abismarme

en el acto de fe.... No sé si me explico, hijo, pero es como una realimentación positiva fascinante, una experiencia vivencial rebosante de infinita ternura.... Te confieso que en mis momentos de máxima intimidad con Dios es tal la dulzura que invade mi corazón por la presencia, creo, del Espíritu Santo en mí, que llorando en ocasiones, inmerso en un gozo sublime, he dicho “basta, basta...” y he rendido con gozosa humildad mi razón, abandonando toda mi persona en los brazos de Jesús... y, a través de Él, en los brazos de mi Padre del cielo. Y la razón, gozosa, me ha susurrado sus últimas palabras: *“Lo que estás haciendo es perfectamente razonable....”*

-Suena formidable, papá, de veras. Sin embargo yo no tengo aún tu fe.... Espero llegar a tenerla algún día.

-Tampoco yo la tenía a tu edad, Jack. Pero Dios es paciente. Muy paciente. Ésta es precisamente una de las características del verdadero amor: la paciencia....

-Pero aún quisiera confiarte una cosa más respecto al tema de la cruz -prosiguió Dick-. Quiero que sepas que también yo he vivido momentos de intensa oscuridad espiritual. Tener fe no te libra de eso. He vivido momentos de cruz en medio de profunda tiniebla espiritual. En esas ocasiones, lo único que me ha funcionado es esconderme, como si fuera una criatura de pecho, bajo el manto de María, nuestra Madre. Le he pedido permiso para refugiarme, ¡sí, refugiarme!, tal como suena, en su Corazón Inmaculado. Allí, oyendo el fragor de la tempestad rugir en todo su estruendo a mi alrededor, he hallado el albergue seguro donde reposar, **con los ojos cerrados y la razón en estado letárgico**, como hibernando, incapaz de arrostrar la vorágine del cúmulo de sucesos que parecían pretender conseguir su colapso..., el de la razón quie-

ro decir, no sé si me explico, hijo.... Pero continuemos, Jack. ¿Algo más a decirme sobre este tema?

-No, papá. Sé que hay un montón de religiones más. He leído bastante sobre estos temas. Pero me quedo con la nuestra, desde el más profundo respeto a las demás.

-Sí, -murmuró Dick, como pensando en voz alta- la extensión visible de la Iglesia en el espacio y en el tiempo no puede en manera alguna atar de manos al Santo Espíritu. Él es como una madre presurosa que acude incondicionalmente en ayuda de sus hijos. En cualquier lugar y tiempo actúa por caminos por nosotros desconocidos penetrando secretamente en los corazones de las personas de buena voluntad. Y esto es para nosotros un profundo motivo de esperanza....

-Dick, tengo algo que decir -intervino Helen-. Sabes, escuchándote a ti, a Susan y a Jack he tenido como una especie de intuición. Me explico. Situación del mundo, ecología, política, futuro incierto, desánimo generalizado..., lo que acabáis de decir sobre la Religión. ¿Sabes?, cuando estamos los cuatro juntos, o cuando estoy yo con mis padres, tengo la sensación de estar en un pequeño paraíso, en una isla solitaria, hermosa y en calma, contra cuyas playas se desencadenan las olas furiosas del mar tempestuoso que la rodea. ¡Uf!, qué mal que me explico.... Bueno, lo que quiero decir es que nosotros estamos anclados en Dios. No del todo todavía, pero al menos lo pretendemos con radicalidad. Y por ello fluye en nuestros corazones el amor de Dios, inundándonos. Aún más, se desborda de ellos y crea vínculos de amor entre nosotros. Todas nuestras relaciones, lo que hacemos juntos, todo, en fin, está impregnado, bañado, sumergido, purificado y

vivificado por el amor. Nuestras relaciones no son aún perfectas porque no estamos aún del todo sumergidos en Dios. Bueno, supongo que es un proceso que dura toda la vida, pero María, nuestra Madre del cielo, pone un especial empeño en todo este asunto, cumpliendo así la misión que Jesús le encomendó desde la cruz. Nuestra profunda fusión de corazones con María engendra en nosotros los sentimientos de Cristo.... Pero bueno, lo que quiero decir es que –sonrió divertida por unos instantes–, de hecho, cuando pienso en otras familias semejantes a la nuestra tengo entonces la sensación de que formamos como un archipiélago de paraíso, como un reflejo del Cielo aquí en la Tierra. Sé por desgracia de tantas familias y de tantas personas que me son muy queridas y que sin embargo andan como náufragos errantes al vaivén de las olas del mar de la vida.... Tristes, infelices, exasperadas. Dios mío... ¡qué lástima! Creo que entiendo por qué el mundo va como va. Simplemente porque las relaciones entre la gente están bastante desprovistas de amor. Y el motivo es muy simple: ¿cómo puede haber amor en las relaciones que se establecen entre la gente si sus corazones están desvinculados total o parcialmente de Dios, que es la única fuente del verdadero amor, la única fuente con la que podemos llenar nuestros corazones de verdadero amor? Si la sociedad fuera una familia de familias como las nuestras, rebosantes de amor, creo que todo sería muy distinto en el mundo. O dicho al revés, que nada cambiará de veras en el mundo hasta que se dé esto. Por más sangrientas revoluciones políticas o religiosas que haya, sean del color que sean. Porque sólo el amor puede cambiar el mundo. Y el amor ni se conquista ni se impone. El amor es derramado continua y gratuitamente por Dios en

los corazones bien dispuestos, como puro don. El amor así recibido se alberga en el corazón y se regala gratuitamente a quien se ponga por delante....

Llegada a este punto de su discurso, Helen volvió a sonreír por unos instantes con encantadora sencillez y naturalidad. Luego añadió simplemente:

-Bueno, ¿qué pensáis del rollo que acabo de pegaros? Lo he pensado yo solita....

Jack tragó saliva. Dick y Susan cruzaron rápidamente sus miradas.

-Mateo 11,25 –dijo simplemente Susan, en un susurro.

Dick cerró los ojos por un instante, suspiró profundamente y, con honda satisfacción, se limitó a responder:

-Efectivamente, Susan, así es....

-¿Qué ha dicho mamá? –preguntó Jack al punto.

-Nada, hijo. Simplemente que el comentario de Helen ha sido precioso –repuso Dick.

-Helen –dijo pausadamente Susan-, creo que estás en condiciones de entender el proyecto Polar Star. Espero que Jack también lo esté....

-Sí, –aventuró Jack, carraspeando ligeramente- creo que Helen ha tenido una intuición genial aunque...

-Vaya –dijo Dick sonriendo-, por tus dudas deduzco que Helen te va ganando de momento la partida...

-Bueno, yo en realidad pienso como ella... –quiso justificarse Jack-, lo que pasa es que no me había propuesto formularlo de una manera tan elegante...

Todos sonrieron.

-Una pregunta, Helen –prosiguió Dick-. Estoy plenamente de acuerdo con lo que has dicho. Pero hay un

tema intrigante y quisiera conocer tu parecer. La cuestión es la siguiente: ¿debemos pues los cristianos, en el mundo real y cotidiano, mientras esperamos que llegue eso que has dicho, quedarnos de manos cruzadas ante las injusticias del mundo, de un mundo globalizado, en una sociedad que cada vez es más multiétnica y multireligiosa....?

Helen reflexionó unos instantes en silencio. Luego su rostro volvió a iluminarse y dijo con sencillez:

-Nuestra religión no se impone. Más bien se da testimonio de ella. En nuestra sociedad, con su enorme pluralidad étnica y religiosa, los cristianos, en el ámbito político, debemos ser testimonios personales y activos del amor, de la verdad. Utilizando argumentos éticos razonados. Todo el que tenga buena voluntad entenderá, antes o después, los argumentos, las razones, los caminos del amor. Los que de entre nosotros tengan la vocación de políticos deberán comprometer sus vidas por éste camino, procurando el bien común de la sociedad. Sí, estoy convencida, hace falta una nueva generación de personas carismáticas, ancladas profundamente en Dios, que se lancen a hacer política. El amor, la misericordia, exigen hacer leyes que pongan límite al mal que hay en el mundo, que protejan a los débiles de los abusos de los poderosos....

Jack estaba desbordado. No atinaba a decir palabra. Dick y su esposa guardaron un largo silencio. No querían romper la atmósfera de profunda paz que les había invadido a todos al escuchar las palabras de Helen.

-¿Sabes, Jack? -dijo Susan interviniendo-. Tienes mucha suerte de tener a Helen a tu lado.

-No será para tanto –apuntó la aludida con cierto embarazo-. La suerte es mía por tener a Jack a mi lado. Y a vosotros, y a mis padres....

-Bien. Es hora de dejarlo –era ahora Dick el que hablaba, estirando los brazos y relajándose, con un gesto cómico y teatral -. Basta por ahora, si os parece.... Podéis reflexionar un poco más por vuestra cuenta si queréis pero, por lo que a mí respecta, tengo un hambre que me muero y ha llegado la hora de ponerle remedio al tema. Voy a comerme lo primero que....

-Espera unos instantes, Dick –dijo inmediatamente Susan mirando el cuadro de controles-, falta muy poco para el nuevo encendido de los motores. Vamos a poner en posición a Tim y a controlar un poco a Sebastian. Los veo algo impacientes....

Sebastian, en efecto, no había cambiado para nada su cara de mártir. Pensaba reflejar todas sus desventuras en el libro de sus memorias. Soñaba con escribirlo algún día.

A los pocos minutos el altavoz de a bordo transmitió el aviso del centro de control:

-“Listos para salida de la LEO. Dos minutos para encendido de motores principales”.

-¡Huy, allá vamos de nuevo! –dijo con cierta ansiedad Helen a quien el bramido de las toberas de los motores asustaba un poco.

-¿Y a dónde vamos, por cierto? –intervino Jack, que no perdía ocasión para sonsacar información a sus padres.

-Pues bien, ahora un empujoncito para ir al encuentro de la Luna y luego, pasando cerca de ella hasta casi acariciarla con la mano, un nuevo empujoncito que nos llevará al destino... -Susan cortó aquí la frase; sabía de la impaciencia de Jack y se divirtió haciéndole rabiarse un poco.

-Al destino... ¿qué destino? -inquirió con voracidad Jack.

-Hay unos lugares del espacio -prosiguió Susan- que en Astronomía se conocen como *Puntos de Lagrange*. Hay cinco. Nosotros nos dirigimos a uno de ellos, el denominado *L2*. Está a un millón y medio de kilómetros de la Tierra, aproximadamente. Es un lugar idóneo para la Polar Star I, nuestro objetivo final.

Se inició la cuenta atrás y en cuestión de segundos el colosal empuje de los motores los pegó a todos de nuevo, literalmente, en sus asientos. Al poco volvieron a pararse los motores. Dick desactivó el sistema de anclaje de los asientos y empezó a hacer inverosímiles cabriolas en el aire, divirtiéndose como un niño en el estado de ingravidez en el que se encontraban. Se encaramó como pudo a un compartimiento superior y, dejándose llevar por su incorregible glotonería, empezó a sacar comida del receptáculo destinado al efecto. No olvidó una bolsa de croquetas para Tim, ni semillas de girasol para Sebastian. Sacó también dos raciones de palomitas, agradeciendo en su fuero interno que los responsables de ajustar las dietas del viaje hubieran tenido detalles tan “humanos” como el poner algunas bolsas de golosinas a bordo. De repente se le ocurrió una idea divertida. Se deslizó hasta donde estaban los otros e hizo estallar las cuatro bolsas en sus manos, de manera que un montón de semillas de girasol, de

palomitas y de croquetas de perro empezaron a flotar, de un lado para otro, en direcciones inverosímiles.

La cabina quedó literalmente inundada. Sebastian saltó como un resorte. Pero al no haberse dado exactamente el mismo impulso con cada una de sus cuatro patas, empezó a elevarse y a girar en el aire a la vez, ingravido. Sus ojitos amenazaban con salirse de las órbitas. Empezó a mover sus extremidades frenéticamente, como hacía cuando corría en la rueda de su jaula. Evidentemente sin resultado alguno. Intentaba atrapar las semillas de girasol que pasaban, algunas, a escasos centímetros de su hocico. Para su desesperación, no conseguía capturar ninguna, mientras contemplaba como Tim, tranquilo, impávido, calculaba con extrema precisión que croquetas iban a pasar a su alcance. Permanecía casi inmóvil y cuanto éstas pasaban por el “punto de encuentro” las engullía de un solo bocado, quedándose a la espera de la siguiente. Sebastian se sintió humillado por la insultante superioridad de su amigo....

Dick, Susan, Helen y Jack atrapaban las palomitas al vuelo como podían. Todos reían como locos...

Albergando en su interior esta entrañable fiesta galáctica, el Transporter I proseguía invariablemente su rumbo, internándose más y más en el silencioso y solitario vacío cósmico, camino de la estación orbital Polar Star I. Al cabo de media hora de algazara general se dio por terminada la juerga estelar y, una vez restablecido el orden a bordo, todos los integrantes de la expedición se entregaron a un sueño profundo y reparador.

CAPÍTULO II

A BORDO DE LA “POLAR STAR I”

Dick fue el primero en despertar. El sol empezaba a darle de lleno en los ojos. Desde el exterior penetraba el cándido gorgoteo de un tropel de gorriones y el genuino olor a hierba recién cortada. Un intenso aroma de café recién hecho, proveniente de la cocina, le hizo volver completamente en sí. Trató de comprender, sorprendido en un primer instante, dónde se encontraba. Inmediatamente le vino a la memoria la maniobra de ataque en las rampas del inmenso Hub de la Polar Star I. El viaje de varios días, controlado hasta el más pequeño detalle de forma totalmente automática, había sido perfecto. Le vinieron al pensamiento las impresionantes imágenes de los cráteres lunares, como negras siluetas que destacaban en

un mundo frío e inhóspito. Después se agolparon en su cerebro las sensaciones experimentadas durante la aproximación final a la estación orbital, de proporciones descomunales. Suspiró de gozo al recordar la extrema hospitalidad con la que fueron recibidos. Su llegada había coincidido con el período “nocturno” de la estación, por expresarlo de algún modo. Fueron conducidos en una especie de tren-ascensor desde el Hub, situado en el centro de la rosquilla espacial, hasta el inmenso aro exterior en forma de tubo hueco dentro del cual se alojaba el complejo en el que vivía la colonia espacial. Recordaba cómo, durante el transporte en ascensor, había ido experimentando progresivamente el incremento de gravedad....

Lo primero que escuchó al penetrar en la zona habitada de la estación fue el lejano ulular de una lechuza, el eco sonoro de un perro ladrando en la distancia y una suave y perfumada brisa cargada de aromas silvestres que murmuraba apaciblemente al mecer las ramas de algún bosque cercano. Recordaba también haber escuchado el ruido amortiguado de una cascada a lo lejos.... Fueron acomodados en un coche eléctrico y en cuestión de minutos se detuvieron frente a una romántica casa de madera, al más puro estilo de cabaña de monte alpino. La baja luz ambiental no dejaba ver el exterior con detalle, pero el interior, bien iluminado, los sedujo inmediatamente por la sensación de orden y comfortable sobriedad que transmitía. Era un ambiente extraordinariamente acogedor, como sólo puede lograrse mediante el uso de la madera, cuando ésta es trabajada con talento por manos hábiles. La estética, la belleza, no se habían sacrificado en aras de la fun-

cionalidad. Ni a la inversa. El ambiente creado transmitía una sensación de armonía, equilibrio, frescura y lozanía.

Era evidente que quien o quienes habitaran aquella casa debían ser gente alegre y de buen humor, por ciertos detalles que pudieron observar en el menaje utilizado durante la cena, no muy frugal precisamente, pero como convenía a viajeros cansados y algo agobiados por la parquedad del régimen alimenticio observado durante el viaje hacia la estación.

-Mañana hablaremos. Descansad ahora –les había dicho simplemente y con extrema afabilidad la persona que se había ocupado de su recepción y alojamiento.

Dick estaba repasando estos recuerdos mientras se despezaba en el mullido lecho. Susan, a su lado, estaba ahora también despierta.

-¡Uf, menos mal que has dejado de roncar! ¡Me has despertado varias veces esta noche! ¡Nunca he entendido cómo puedes hacer tanto ruido! –empezó a decir Susan entre bostezo y bostezo.

Dick, algo sorprendido y aturdido por recibir un comentario tan prosaico como primer saludo matutino tragó algo de saliva, hizo acopio de buen humor y empezó a hacer cosquillas a Susan. Eran su especialidad. Conocía perfectamente los puntos del cuerpo de su esposa más vulnerables a éste divertido tormento. Pero hacía demasiada fuerza con sus dedos....

-¡Dick, por favor, para ya... me haces daño! ¡Qué brutos sois los hombres! ¡Para, por favor...! –protestó dulcemente Susan, entre risas y carcajadas.

Dick paró. No quería que Susan se enfadara de veras.

Al lado de sus camas, en una litera, Jack y Helen dormían aun profundamente. Como marmotas.

Dick y Susan bajaron haciendo el menor ruido posible por la rústica escalera de madera. A pesar de la espléndida cena de la noche anterior estaban de nuevo muertos de hambre, y lo que vieron les encantó. La mesa estaba ya servida con una enorme cantidad de fuentes. Cereales variados, fruta, pan tostado, miel, mermeladas a elegir, diversos tipos de salchichas frescas, jarras con leche, variedad de yogures de frutas.... En definitiva, lo necesario para hacer las delicias de quienes han pasado días comiendo alimentos excesivamente artificiales.

Desayunaron con gusto. Lentamente y en silencio. Era tal el cúmulo de sensaciones que habían experimentado estas últimas semanas, la última especialmente, que su mente y su espíritu reclamaban descanso de manera imperiosa. Necesitaban situarse y meditar serenamente un buen rato.

-¿Rezamos antes de salir? -preguntó Dick, poniendo fin al largo silencio-. No sé si estamos preparados para ver lo que hay afuera.... Ayer, durante la aproximación final tuve la sensación de estar viviendo una de esas películas del espacio, como las que veía cuando era pequeño. Nunca había visto algo tan vasto y enorme en la Tierra como esta estación orbital a la que hemos llegado. Sin embargo, ahora me parece que estoy inmerso en una película filmada en los Alpes. Lo digo por el alojamiento en el que estamos.

-Sí -dijo Susan-, tienes razón. Cambia mucho de ver las filmaciones a estar físicamente aquí. Recemos un ratito. Lo necesito.

Se sentaron en dos sillas, uno al lado del otro. Dick rodeó con dulzura el hombro de Susan. Con la otra mano cogió una de las de ella. Transcurridos unos quince minutos Dick levantó lentamente la cabeza. Su rostro reflejaba ahora paz, seguridad y decisión.

-¿Vamos? –preguntó alegremente a Susan.

Ella se levantó sin hablar.

Cruzaron la sala, abrieron la puerta principal y se detuvieron bajo el dintel.... No pudieron articular palabra ante el espectáculo que se ofreció a sus ojos.

Dick se entusiasmó inmediatamente. Susan esbozó una mirada de profundo asombro. Estaba extasiada, atónita. Y esto no era muy habitual en ella. A sus pies descendía una suave pendiente tapizada de verde hierba. Altos abetos truncaban aquí y allá su monotonía. A unos centenares de metros un precioso lago de aguas azules y límpidas como el cristal ponía límite a la pradera. Al otro lado del lago la colina volvía a ascender, engalanada del mismo e idílico verde manto. Algunos peñascos, pintorescamente repartidos, prestaban su tono grisáceo al paisaje, confiriéndole una nota de majestuosidad. Pero todo este conjunto, a su vez, estaba enmarcado en un maravilloso entorno natural que cualquier aficionado a la montaña hubiera reconocido a primera vista sin el más ligero asomo de duda. Estaban en la privilegiada zona alpina donde el país de Guillermo Tell se acerca a la patria de Vivaldi. Las escarpadas e inconfundibles pendientes del Cervino –el emblemático pico suizo- se divisaban a lo lejos y, quien haya tenido la suerte de visitar esta maravilla de la naturaleza, convendrá en que es difícil encontrar palabras que describan estos paisajes en toda su plenitud. Susan buscaba divisar con la mirada las paredes de la es-

tación orbital, o el techo al menos. Sus esfuerzos fueron infructuosos. Eran tales las dimensiones del conjunto que, al menos desde donde ellos se encontraban en este momento, no podía vislumbrarse otra cosa que no fuera pura naturaleza en estado genuino. Sólo aquí y allá, de trecho en trecho, algunas construcciones revelaban la presencia humana. Pero era tal la delicadeza con la que se había respetado el entorno, tal la armonía que se había alcanzado en la convivencia con la naturaleza, que ésta aparecía como mimada, halagada, arrullada casi, por la mano de sus habitantes.

Sobre sus cabezas se deslizaban algunas nubes, como blancas hilachas de algodón movidas por suave brisa. Y no era exactamente el silencio y la quietud lo que imperaba en aquel hábitat que parecía sacado de un cuento de hadas. Aquí y allá, los gorriones cruzaban el cielo en rápido vuelo. Inquietos, atareados, como quien tiene mucho por hacer. Bandadas de golondrinas surcaban el aire a cierta altura, efectuando acrobáticas maniobras. Los insectos que entraban en sus picos no debían esperar compasión....

A lo lejos, rebaños de ovejas y vacas con muchos de sus pequeñuelos sorbiendo con deleite las ubres maternas. Un gozoso cacareo a escasos metros por detrás de la casa anunciaba novedades en el corral....

Susan y Dick avanzaron unos pasos, extasiados, boquiabiertos, maravillados. Podían ahora contemplar a sus anchas y en detalle la sólida casa que les había albergado. Realmente hacía honor a las que le habían servido de modelo, muy lejos, en los remotos Alpes, allá en la Tierra.

De pronto un agudo silbido, fuerte pero no estridente, hizo que Dick y Susan volvieran la cabeza de nuevo en dirección al lago. Un tren eléctrico cruzó ante ellos. Circulaba a velocidad moderada. Le siguieron con la vista. La serenidad con la que se desplazaba llamó inmediatamente la atención a Susan. El tren hubiera podido ir a enorme velocidad. La tecnología lo permitía, sin duda. Pero avanzaba tranquila y majestuosamente, como quien no tiene prisas. Susan se lo hizo notar inmediatamente a Dick.

-Sí, claro. Así debe ser. Sin prisas. Es perfectamente coherente –respondió éste, en un nuevo arrebatado de entusiasmo.

Descubrieron a escasos metros un arroyo que fluía alegremente por entre las hierbas del prado. Más arriba estaba la cascada que Dick había oído la noche anterior. Era alta. Las aguas parecían no caer exactamente en dirección perpendicular al suelo. Se desviaban ligeramente, aunque tan poco que Dick dudó de si se trataba de un simple efecto óptico. Se lo hizo notar a Susan.

-Coriolis. Las fuerzas de Coriolis, Dick –respondió Susan inmediatamente.

-Sí, claro, cariño. ¿En qué estaré pensando? -se apresuró a responder Dick, algo avergonzado en su masculino fuero interno-. La verdad es que estoy fascinado por todo esto. Es inaudito. Las filmaciones que vimos no le hacían verdadera justicia. La realidad las supera con creces.

-¡¡¡Papá, que pasada...!!!

Era Jack. Acababa de asomar por la puerta. Helen estaba a su lado, con Tim, que expresaba su contento meneando enérgicamente su cola de lado a lado.

-¿Habéis visto a Sebastian? –gritó Jack, sin moverse del dintel de la puerta.

Había perdido el rastro de su minúsculo amigo. Cuando se tendió en la cama, la noche anterior, lo vio por un momento, pero ahora no conseguía encontrarle por ninguna parte....

-¡Venid, vamos! –gritó Dick, sin preocuparse lo más mínimo de Sebastian-. ¡Esto es formidable!

-¡Tremendo, increíble! –dijo Helen, aproximándose con Jack hacia el lugar donde se encontraban Dick y Susan.

-Mira, ¿quiénes son esos que vienen por ahí? –dijo Jack de repente.

En efecto, por el sendero que conducía hacia la casa vecina, distante sólo unos centenares de metros, venían caminando tranquilamente un grupo de siete personas. Era fácil adivinar que se trataba de dos familias, vecinas probablemente, con sus hijos respectivos. El mayor tendría unos doce años y el más pequeño unos cinco. Todos se trataban con extrema jovialidad. De repente, cuando faltaba poco para que llegaran donde estaban Dick y los demás, el pequeño cayó de bruces. Un empujón inesperado de uno de los muchachos le había derribado. A ello había contribuido, y no en poca medida, la zancadilla que le había hecho por detrás, a propósito, el mayor de los tres. El pequeño lloraba de dolor y de rabia. Los padres respectivos acudieron con prontitud. Dick, Susan, Helen y Jack contemplaron silenciosos la inesperada escena.

-¡Vaya, por Dios! ¿Qué ha sido esto? ¡Os he visto, pillastres! ¡Lo habéis hecho a propósito! –el que así hablaba parecía ser el padre de los autores de la travesura.

-¡Era en plan de broma, papá! ¡No queríamos que Sean se hiciera daño...! –dijo, afligido, el que había dado el empujón.

El padre del pequeño intentaba aplacar el llanto de su hijo. Comprobó, aliviado, que todo el daño ocasionado se reducía a unos ligeros rasguños en las palmas de las manos y en una rodilla. Esforzándose, sonrió al padre de los culpables.

-No ha sido nada –dijo. Era evidente que su fortaleza de carácter le había sido indispensable para contener una airada protesta que, en honor a la verdad, hubiera estado plenamente justificada, pues el pequeño podía haberse hecho daño de verdad si hubiera caído sobre unas piedras puntiagudas que sobresalían del suelo a menos de un metro del lugar del incidente.

- ¡Lo siento de veras...! –balbució, confundido y avergonzado el otro padre.

-Perdona, Sean. Lo sentimos mucho –dijeron con sinceridad los dos bromistas, intentando consolar al pequeño, que aún lloraba un poco. Uno de ellos le subió, con cuidado, a horcajadas. Sabía que esto encantaba al chiquillo, y se lo llevó, entre alegres risas, pendiente abajo.

Restablecida la calma se acercaron al grupo de Susan y los otros. Tim movió la cola, contento. A su manera les daba la bienvenida.

-Hola, ¿Qué tal? ¿Sois los nuevos? ¿Los del servicio de emergencia, no...? Se rumoreaba que vendría alguien en breve para ayudarnos a desentrañar el misterio... –preguntó, a bocajarro, pero con gran amabilidad, uno de los padres. En su semblante se adivinaba un tinte de honda preocupación.

-Bueno..., de hecho hemos venido como la avanzadilla del reemplazo de este año –repuso Dick evasivamente.

-Ya sabéis –continuó Dick-, cada año el veinte por ciento de la colonia regresa a la Tierra y es reemplazado por un nuevo contingente que residirá aquí por cinco años....

Las dos parejas se miraron y sonrieron levemente. Contemplaron por unos instantes, con mirada afectuosa, a Dick, Susan, Jack y Helen. Intuyeron los reparos de Dick a responder directamente a su pregunta.

-Ya, claro. ¿Cómo no? ¿Todo bien...? ¿Habéis tenido buen viaje...? –continuó con amable diplomacia una de las mujeres-. A nosotros nos encantó....

-Sí, colosal –respondió Jack.

-¿A dónde vais? –Era la voz de Helen. Espontánea, tranquila, serena, sonriente. Formuló la pregunta con la misma naturalidad con la que se habría expresado en el caso de tratarse de unos amigos suyos de toda la vida.

-Vamos a la reunión –repuso cortésmente la otra madre-. Ya sabéis.... Primero la Eucaristía. Luego la comida comunitaria y luego la asamblea deliberativa. Hoy cada uno deberá exponer su punto de vista sobre los temas de la semana pasada.... Concretamente, cuál es la temperatura mínima que vamos a fijar para este invierno, cuántas veces deseamos que nieve y con qué intensidad. Y nos llevaremos para casa otro tema para trabajarlo en familia. Creo que va a ser el de la velocidad del tren. Hay quien dice que le impacienta que vaya tan lento.

Al pronunciar estas últimas palabras dirigió su mirada, radiante y alegre, hacia sus hijos.

-Bueno -dijo uno de ellos-. Sólo un poco más rápido.... Parece una cacatúa.

-Llevamos poco tiempo aquí –les respondió la madre, sonriendo bondadosamente-. Creo que aún conserváis parte del estrés de abajo, de la Tierra, ya sabéis a qué me refiero....

-Sí, claro –contestaron poco convencidos los muchachos.

-Bueno, vamos –prosiguió la madre, observando, divertida, la expresión del rostro de sus hijos-. Creo que ya oigo el silbido del tren y por lento que vaya vamos a perderlo si no estamos en el andén.

Se despidieron y descendieron a buen paso la suave pendiente, camino de la estación.

A cierta distancia sonó otro silbido. No era el tren, venía de la casa. Reconocieron inmediatamente la silueta de Cornelius, el hombre que había ido a recibirlos la noche anterior en el Hub donde atracó el Transporter I a su llegada a la estación orbital Polar Star I.

Su voz sonó amable, clara y fuerte.

-Vamos –gritó-. O llegaremos tarde.

-¿Tarde... a dónde? –empezó Jack.

-A la cita que papá y yo tenemos con EBL -reveló Susan.

-¿EBL...? ¿Quién es EBL?

-Son las iniciales de “El Buen Ladrón”

-¿El Buen Ladrón? –preguntó Helen sonriendo, pero algo sorprendida y confusa.

-Sí, “El Buen Ladrón” –confirmó Dick, interviniendo en la conversación-. Vamos a contaros algo más de la historia. Pero tenemos algo de prisa. Así que te lo

ruego Jack, no me interrumpas mientras hablo, según tienes por costumbre.

-Tranquilo, papá. Seré bueno –respondió Jack con ironía.

“El Buen Ladrón” –empezó Dick- es el apodo cariñoso con el que todos aquí conocen al responsable de haber puesto en marcha el proyecto de la Polar Star I, la estación orbital en la que estamos en estos momentos. Enseguida os cuento su historia personal, pero dejadme que os diga en primer lugar el objetivo del Proyecto Polar Star:

-***Su única meta*** –comenzó Dick, solemnemente- ***es ser testimonio de la Verdad ante el mundo.*** Irradiar luz de esperanza sobre un mundo que está en el límite de sumergirse en la desesperación colectiva....

-El proyecto –continuó Dick- no tiene nada que ver con ninguna secta. La Polar Star no es tampoco ningún gueto. Ni tiene nada que ver con un club donde se exilian y se aíslan los puros y castos del mundo. El Proyecto Polar Star quiere simplemente mostrar, dar testimonio, de que otro mundo es posible, otra sociedad es posible. El mundo y la sociedad que emergen cuando los corazones se anclan incondicionalmente en Dios. En un Dios que se nos ha revelado definitivamente en Jesús de Nazaret. Los corazones de los habitantes de la Polar Star aspiran seriamente a ser un reflejo del Paraíso. Digo sencillamente que **“aspiran”** porque la vida es un proceso. **Nadie es perfecto en este mundo.** Pero la Polar Star quiere mostrar una alternativa a una sociedad que parece empeñada en autodestruirse. Lo que se hace aquí es muy simple. Se intenta vivir según el cuadro ideal de la primera comunidad cristiana que nos presenta el libro de los

Hechos de los Apóstoles. Para ello se invita a familias que hayan decidido vivir con seriedad su vocación cristiana a venir a residir aquí por un plazo de cinco años. Transcurridos éstos vuelven a la Tierra, **que es dónde está su verdadero lugar**. Allí deben seguir siendo la sal y la luz del mundo, en sus propios ambientes, mientras les quede un aliento, un soplo de vida. Esa es la voluntad que Jesús expresó en su oración sacerdotal, cuando se aproximaba el momento de su sacrificio redentor.

Si hablamos ahora en términos de Derecho internacional –continuó Dick-, resulta que la estación orbital puede establecer sus propias leyes, por así decirlo. Aunque en realidad la única verdadera ley que hay aquí es la del amor verdadero, dado que todo funciona por acuerdos tomados colectivamente, siendo la democracia una herramienta insustituible, por ser una perla preciosa del amor y del respeto al prójimo. La concebimos como un medio para tomar decisiones, provisionales en ocasiones, en el camino de **búsqueda de un auténtico consenso**, el cual evidentemente, se intenta que esté en perfecta armonía con la verdad.

Os decía –Dick hablaba ahora con mucha rapidez- que en términos de Derecho internacional, puede establecer sus propias leyes. Esto es así dado que, formalmente, es una especie de territorio autónomo vinculado a un país muy pequeño. Tan pequeño que en la práctica cuesta encontrarlo en los mapas dado que no tiene más que unos pocos kilómetros cuadrados de extensión. Aunque os resulte muy pintoresco lo que voy a deciros, la verdad es que EBL descubrió ser el último heredero del régimen casi feudal que gobierna el país desde hace siglos. Este pequeñísimo estado, de hecho, tiene tan sólo unos

pocos centenares de habitantes que disfrutaban de una vida plácida y tranquila, ocupados en sus propias granjas. EBL recibió hace unos años la noticia de su status, el cual desconocía por completo. Hombre poseedor de una fortuna incalculable y conocedor como pocos de los resortes que operan en el trasfondo de la política y de la economía mundial, había tenido una profunda conversión interior hacía relativamente poco tiempo. Asimiló en pocos meses la esencia del cristianismo. Pidió ser bautizado y recibir el resto de Sacramentos de la iniciación cristiana. Testigo del estado ecológico, social y económico del planeta y víctima de una enfermedad degenerativa que le consumía de manera lenta e irremediable concibió el proyecto Polar Star. Sería como su canto del cisne. Algo así como su respuesta gozosa y agradecida a la infinita misericordia de Dios que sentía que le inundaba el corazón. Gozaba designándose a si mismo como ***“El Buen Ladrón”***. La única condición que ponía a los candidatos al “estaje” en la Polar Star I era muy simple. Que cada una de esas familias intentara ser, en la medida de lo posible, una “lámpara encendida”, un reflejo del Paraíso aquí en la Tierra. Que intentaran firmemente tener su corazón abierto a Dios. Anclado en él. Evidentemente nadie es santo al cien por cien en este mundo. Sabía perfectamente que son inevitables las caídas, las discusiones y un sinfín de contratiempos. Pero no quería gente tibia. Por el único motivo de que la gente tibia no le servía para su proyecto. No porque los despreciara. En absoluto. Él personalmente se esfuerza en amar intensamente a toda la humanidad, sea cual sea el grado de santidad de cada persona....

Evidentemente –continuó Dick esforzándose por ser lo más sintético posible, pues él y Susan tenían prisa-

al tratarse de familias, entendía perfectamente que cada miembro de ellas tiene un ritmo distinto. Y que hay obviamente un inevitable proceso de maduración psicológica y espiritual desde las más tiernas edades hasta la madurez, con todas las complejas etapas de adolescencia y juventud de por medio....

Susan tomó ahora la palabra:

-Os preguntareis cómo discernir si una familia arde o no en el amor de Dios. Tras consultarlo, le aconsejaron un método bastante sencillo, que fue el que adoptó: se trata de observar simplemente los frutos del Espíritu. Me explico. Si, habitualmente, con los inevitables claroscuros, y sin perder de vista la “ley del crecimiento y maduración” que os ha mencionado Dick, se observaba en esa familia el gozo, la paz, la paciencia, la bondad... entre sus miembros, entonces EBL y su equipo de asesores solicitaban a esa familia el servicio de ser una luz más puesta en lo alto de la Polar Star I.

La idea era, y sigue siendo, -continuó Susan- que la vida de la colonia pudiera ser contemplada por cualquier persona que lo deseara, desde la Tierra, accediendo a la señal de miles de webcams instaladas en puntos representativos de la estación. Se daría así el testimonio de una sociedad alternativa. Faltaban pocos meses para que se iniciaran ya las primeras transmisiones, pasado el período inicial de organización y puesta a punto del conjunto.... Pero surgieron ciertos problemas que ya os comentaremos más adelante y que parecen estar frustrando el proyecto.

Os preguntareis, con razón -prosiguió Susan-, por qué hacer todo esto aquí, en medio del espacio, y no en un rincón cualquiera del planeta....

-Sí, claro –respondieron al unísono Jack y Helen.

-Por diversos motivos –continuó Susan-. En primer lugar, no había suficiente espacio en el mini estado de EBL para implementar su colosal proyecto. En segundo lugar, y éste es en realidad el motivo más importante según él, tenía serias razones para sospechar que bastantes de los **“poderosos del mundo”** no iban a compartir precisamente su entusiasmo por el proyecto. Es decir, que procurarían dinamitarlo en la medida que les fuera posible. El proyecto necesitaba, según EBL, un espacio vital virgen, por decirlo de algún modo. Que estuviera, en la medida de lo posible, al abrigo de los ataques de todo tipo que los poderosos y variopintos lobbies intentan ejercer sobre la sociedad a todos niveles. Quería, además, transmitir un mensaje simbólico. Al establecerse en el espacio su intención era mostrar también la extraordinaria capacidad de expansión cósmica de la criatura humana cuando ésta hunde sus raíces en Dios. Tenemos, según dice él, todo el universo para alojarnos. Reconozco que suena un poco a visionario.... Pero la audacia de pensamiento es uno de los lujos que suelen permitirse los genios. EBL es un fanático del progreso. Pero del **“progreso-en-Dios”**. Repite hasta la saciedad que por este camino el horizonte es prácticamente ilimitado. Pero que sin embargo el **“progreso-sin-Dios”** es una vía muerta para la humanidad.

-Bueno Jack –interrumpió ahora Dick, sonriendo y mirando a Cornelius, que había empezado a hacer algunos movimientos que denotaban que se estaba impacientando-. Tienes material de sobras para procesar durante un buen rato. Espero que no se te indigeste. En cuanto a tú y Helen, la idea es que os toméis unos cuantos días

libres y que deis un buen paseo por la estación. No hay nada que no podáis ver. Cuento, evidentemente, con vuestro sentido común y vuestra discreción. Doy por supuesto que, aunque todo se tenga en común aquí, sabréis respetar la legítima intimidad de cada familia. Podéis volver cada día a la casa donde nos hemos alojado esta noche o bien pernoctar en cualquier otro lugar, solicitándolo previamente, claro. Ni que decir tiene que todo es gratis. Estaréis unos días de vacaciones, por decirlo de alguna manera. Dad vueltas por ahí y examinadlo todo a vuestro antojo. Dejad que vuestro corazón hable a vuestra mente....

-Estáis eximidos –prosiguió Dick-, como visitantes que sois, del trabajo colectivo. Entiendo que, de todas maneras, no tendréis ningún problema en ayudar en algo si os lo solicitan, porque sois buenos chicos. Cuando Susan y yo terminemos nuestro trabajito o bien os necesitamos para algo ya os llamaremos....

-¡Por favor, daos prisa o llegaremos tarde seguro...! –volvió a gritar Cornelius, desde la casa.

-¡¡Ya vamos!! –respondió Dick a su vez.

-Adiós, Jack. Adiós Helen –se despidió Susan-. Nos veremos pronto, espero....

-Adiós –corearon Jack y Helen- algo perplejos por el cúmulo de información recibida y lo súbito de la despedida.

Dick y Susan, cogidos de la mano, se alejaron hacia la casa, donde Cornelius, resignado finalmente a llegar tarde a la cita, se había sentado en un banco de madera, tomando plácidamente el sol en aquella cálida mañana del principio de la primavera artificial, a bordo de la Polar Star I.

Jack, Helen y Tim se dirigieron también hacia la casa, pero caminando lentamente. Decidieron sentarse un rato sobre una roca cercana. Sus caprichosas formas, formando huecos que parecían asientos tallados en la piedra, parecían invitarles a ello. Necesitaban descansar y refrescar sus cerebros.

-¿Por qué no rezamos juntos un ratito? –suspiró Helen-. Tu madre dice que es lo que más le relaja....

-Bien. Vale –concedió Jack.

Helen se puso manos a la obra instantáneamente. Jack, sin embargo, tardó bastante en entrar en oración. Evidentemente no tenía aún la capacidad de “conexión”, de “sintonización”, de sus padres. Ni la de Helen. Pero al fin se sumió en el profundo silencio que ahora reinaba en el exterior, turbado solamente por el alegre canto de un ruiseñor oculto en el cercano bosque, que con sus melodías siempre nuevas envolvía en delicioso misterio el encanto y la armonía de la naturaleza que les circundaba, en estado genuino, rescatada -por así decirlo- de las garras del hombre postmoderno.

Permanecieron un rato bastante largo callados y absortos. Se habían dado las manos. Tenían los ojos cerrados. Helen oraba en absoluto silencio. Los labios de Jack se movían en ocasiones de manera casi imperceptible. Finalmente dieron por terminada la oración.

-¿Qué hacemos? ¿A dónde vamos? –empezó diciendo Jack- Sigo preguntándome por qué hemos venido nosotros aquí. No es que me sepa mal, de hecho estoy encantado. La única explicación que se me ocurre es que lo que papá y mamá tengan que hacer en la estación sea algo que exija una cierta discreción, para no sobresaltar a los pacíficos habitantes de la Polar Star I.

-Sí, en efecto, así debe ser. Algún problema científico o tecnológico que justifique la presencia de tus padres –asintió Helen-. Convenía llegar aquí como una familia más, para no despertar sospechas...., aunque me parece que la cosa no es tan secreta, a juzgar por el comentario que nos han hecho esas dos familias que hemos encontrado hace un rato. ¡Mira, no es Cornelius ese que viene por ahí! ¡Vaya, que poco ha tardado! ¡Y viene directo a nosotros!

Cornelius era un hombre de unos cincuenta años. Alto, corpulento. Con magnífica y despejada frente. Mirada alegre y sonriente.

-¡Jack, Helen! ¡Bueno, menos mal que os encuentro...! Con las prisas vuestros padres habrán olvidado, supongo, daros instrucciones sobre el alojamiento, régimen interno y todo lo demás... -dijo directamente Cornelius sin más preámbulos y sin perder en ningún momento su encantadora sonrisa.

-Es todo muy fácil en realidad –continuó-. Vuestra casa va a seguir siendo ésta, la misma en la que habéis pernoctado. Cuando una familia llega a la Polar Star I la costumbre es pasarse un mes de vacaciones, por decirlo de algún modo, viajando por la estación con el fin de conocerlo todo en vivo. Vayáis a donde vayáis estaréis siempre como mucho a tres horas de aquí, utilizando, claro está, los medios de transporte internos. Así que podéis ir donde queráis y volver a dormir aquí. O bien alojaros donde os plazca. Basta con solicitarlo en cualquier casa y, salvo imprevistos, nunca hay ningún problema. En vuestro caso y dado que, en realidad, sois “casi” como dos familias en una, Dick y Susan han pensado

que lo mejor es que vayáis vosotros solos por ahí, a vuestras anchas.... Confían plenamente en vosotros.

-Realmente Cornelius no me está aportando mucha información nueva –pensó Jack para sus adentros.

Sin embargo siguió escuchandole cortésmente.

- Podéis tomar el tren de cercanías abajo -continuó Cornelius-. Luego está el tren subterráneo de alta velocidad. Todo está a vuestra disposición.

-Tomad estos dos “pins” –dijo, alargando la mano y ofreciéndoles dos minúsculas cápsulas pensadas para llevar prendidas en la ropa, en alguna zona cercana a la boca.

-Os servirán para comunicaros con cualquier persona dentro de la estación. Basta decir su nombre completo y el sistema contacta con él –continuó diciendo Cornelius después de ajustarles, él mismo, los dos pequeños artilugios en sus prendas de vestir-. Tienen incorporado también un sistema de localización por si se produjera algún accidente. Además servirán para identificaros y os darán acceso a cualquier transporte o instalación. Bueno, sirven también para un montón de cosas más, pero no quiero agobiaros con tanta información. Simplemente un detalle, y es que cuando os comunicuéis, la respuesta del otro puede retardarse uno o dos segundos. Estamos trabajando para mejorar también este pequeño detalle....

-Gracias –respondió Jack.

Helen sonrió cortésmente.

Cornelius se despidió con un fuerte apretón de manos, dándoles un pequeño plano de la estación. Luego, en el mismo papel, escribió su nombre completo.

-Por si me necesitáis –añadió-. Hasta pronto.

Y se fue en dirección a la casa, andando con cierta rapidez.

Helen y Jack se quedaron solos con Tim. Helen apoyó su cabeza dulcemente sobre el hombro de Jack mientras con un brazo rodeaba la cintura del muchacho. Jack la besó tiernamente. ¡Era tan bonita y encantadora!

-Bueno –empezó Jack-. Ha sido un detallazo esto de traerte, Helen. Creo que me hubiera muerto de pesar sin ti aquí arriba....

-Lo mismo digo yo si me hubiera quedado sola ahí abajo –respondió la chica mirando cariñosamente a Jack.

Se abrazó a él y volvieron a besarse.

-¡¡¡De vacaciones, pues!!! –gritó de repente Jack, asustando a Helen.

-¡Por Dios, qué bruto eres! –repuso Helen, con cierta desazón- ¡Casi me dejas sorda como una tapia con tu grito! Pues sí... ¡vámonos de vacaciones! –añadió acto seguido, recuperando casi instantáneamente su buen humor.

Dick y Susan esperaron a que se abriera la puerta de la estancia adosada a la ermita. Acababan de llamar. Habían golpeado tres veces, con el pesado picaporte, la recia madera de pino negro. A los pocos instantes una voz clara, de timbre alto, respondió en tono cansado desde el otro lado:

-¡Ya voy...!

La puerta se abrió lentamente. Era obvio que quien la movía no se encontraba en su mejor estado de forma.

Al fin apareció EBL.

Estatura mediana. Cabello rubio. Tez clara.

Un detallado examen médico de la persona que Dick y Susan tenían ante sí habría mostrado una serie de síntomas elocuentes:

Cansancio, visión doble o borrosa, problemas del habla, temblor en las manos, debilidad en los miembros, pérdida de fuerza o de sensibilidad en alguna parte del cuerpo, vértigo o falta de equilibrio, sensación de hormigueo o entumecimiento, problemas de control urinario, dificultad para andar o coordinar movimientos....

Esclerosis múltiple.

Esa era la terrible enfermedad que torturaba lenta e inexorablemente a EBL....

Sus ojos, de un azul profundo, vehiculaban esa mirada peculiar, desconcertante a veces, que caracteriza a los genios. Era una de las mentes más brillantes de su generación. Había construido su propio imperio. Su portentoso cerebro, previendo con anticipación la evolución de los mercados y las posibles reacciones de sus competidores había ideado estrategias de extrema sutilidad, implementándolas luego con la tenacidad de su carácter indomable.

A esa energía y tenacidad, amenazadas por la enfermedad, se habían unido ahora la suavidad y la dulzura propias de las personas que han sufrido mucho pero no han caído en la desesperación, a fuerza de madurar....

-¡¡¡Susan, Dick, qué alegría!!! ¡¡¡Al fin aquí!!! ¡¡¡Pensaba que no ibais a llegar nunca!!! –balbuceó EBL inmediatamente.

Les ofreció asiento en un tosco banco de sus pobres estancias. La chimenea estaba encendida. Lentamen-

te, añadió algunos troncos más para avivar el fuego. La madera crepitó alegremente y la suave luz de las llamas aumentó algo la iluminación de la pieza. Juzgando que aún había poca luz giró la manecilla reguladora de la lámpara de aceite, que se hallaba encima de la mesa de madera. Era evidente que en esta etapa de su vida el lujo no formaba parte de las pasiones de EBL.

-¿Qué vais a tomar? –preguntó acto seguido-. No tengo muchas cosas aquí, ahora. Pero dispongo de un té excelente –dijo con voz cansada-. Es preciso que nuestras mentes estén claras y despejadas. Prefiero el té al café. El café me pone demasiado nervioso.

-El té nos gusta mucho –convino inmediatamente Susan, con dulzura.

Ella y Dick le siguieron contemplando en silencio mientras preparaba el té. Tenía un aspecto entrañable. Por su actitud era evidente que quería empezar a hablar directamente del asunto que tanto le preocupaba, haciendo caso omiso a las exigencias del protocolo.

-¿Estoy muy preocupado, sabéis? –continuó EBL- De un tiempo a esta parte están sucediendo cosas inexplicables aquí. Familias enteras que parecen volverse locas. En ocasiones se trata de uno solo de sus miembros. Ataques de ansiedad inexplicables. Discusiones. Crisis histéricas. Varios casos de depresión profunda e incluso tres intentos de suicidio. No consigo entenderlo. Todo iba perfecto. Los indicadores de felicidad estaban dando de forma mantenida valores muy superiores a los promedios habituales que se dan en la Tierra. Especialmente comparándolos con los de las sociedades de los países más desarrollados. Llevamos casi cinco años viviendo aquí, aproximadamente, y esto se parece cada vez más a la *ante-*

sala del Paraíso. Con los normales claroscuros, evidentemente.... Estábamos ya casi a punto de empezar a emitir señal, imagen en vivo, para que pudiera contemplarnos quien quisiera desde la Tierra, como ya sabéis. Y de repente algo ha sucedido. Llevamos un año intentando averiguarlo sin resultado. He consultado a los mejores científicos. Han hecho multitud de hipótesis. Que si radiaciones cósmicas no neutralizadas por el escudo protector, que producen patologías.... Que si fallos en el sistema informático que controla el clima artificial.... Y un largo etcétera. Pero al final siempre lo mismo. No se encuentra ninguna explicación sólida y consistente. Y lo que era de esperar: No ha faltado en la Tierra quien ha elucubrado que, en realidad, el problema somos nosotros mismos. Que el proyecto es inviable. Más aún. Que todo el asunto pone simplemente en evidencia que el cristianismo es la raíz de los males del mundo. Con lo cual comprenderéis que se cierne sobre mí la siniestra posibilidad de que, habiendo querido hacer el bien, haya hecho en realidad un mal servicio al cristianismo, desacreditándolo a los ojos de la Humanidad.... Y esto a su vez supondría, desde mis creencias, un pésimo servicio a la sociedad, a la que tanto amo y a la que tanto quiero ayudar.

EBL había dicho todo lo anterior de un tirón. Palideció de pronto, de manera alarmante. Dick y Susan se dieron inmediatamente cuenta y le suplicaron que intentara calmarse, que se tendiera en la cama e intentara descansar un poco. EBL se negó. Quería ir a fondo directamente. Se tomó algunos instantes de reposo y continuó hablando con voluntad firme. Su voz era casi ininteligible ahora.

-He empeñado toda mi fortuna en el proyecto. Y los últimos años de mi vida. No creo que me queden muchos ya....

Aquí su voz se quebró por un instante. Cerró los ojos, como concentrándose en sí mismo. Dick y Susan respetaron su silencio. Al poco recobró el ánimo.

-Disculpadme –dijo.

-No hay de qué –sentenció Dick, con prontitud.

-A no ser que vosotros...

Sus ojos centellearon con viveza.

Susan adivinó sin esfuerzo el resto de la frase que EBL acababa de empezar.

-Haremos lo que podamos –dijo con dulzura y profunda compasión. Puedes estar seguro de ello.

-Incluso un poquito más –bromeó Dick, intentando quitar hierro al asunto.

-Sois mi última oportunidad. Lo intuyo –murmuró EBL.

En el tono de su voz se adivinaba la honda tristeza y angustia que inundaba su alma.

-No debes sobrevalorarnos –apuntó con bondadosa humildad Susan-. Por cierto, necesitamos hacerte algunas preguntas, ya sabes....

-Las que queráis –respondió inmediatamente EBL-. Soy todo vuestro.

-Veamos -empezó Susan-. Al hacer la aproximación final a la estación, desde el Transporter I, hemos observado detenidamente las medidas de la estación orbital. Son gigantescas. Casi inconcebibles. Desafían cualquier proyecto de ingeniería.

-Sí –admitió EBL con modestia-. Era necesario. Nuestro planeta está muriendo y quería reproducir aquí, a

escala, algunos de los paisajes más emblemáticos de nuestra amada Tierra. Alguna de las islas Seychelles.... Alguna de las islas griegas.... Escogí Patmos, por su enorme valor simbólico. También paisajes alpinos de ensueño.... El Matterhorn, el Jungfrauoch....

-Me atreví también –continuó EBL- con las cataratas del Niágara, con zonas de Utah y Arizona, con áreas de Kentucky. Picos nevados de Nueva Zelanda y unas cuantas cositas más. Todo esto debía estar presente. El mensaje sería así patente. Un planeta en orden, ecológicamente hablando, es posible. **Pero sólo si las personas que lo habitan tienen su corazón en orden. El estado del planeta es un simple reflejo del estado de los corazones de los habitantes del planeta.**

-Es interesante lo que dices. Pero quizá debiera puntualizarse que... –intervino Dick.

-Déjale hablar, Dick, no le interrumpas –dijo Susan con cierta viveza-. Quiero, es más, necesito conocer su pensamiento. Me interesa por sí mismo y en cuanto pueda darnos pistas sobre qué está pasando aquí.

-En realidad tengo poco que decir ya... -continuó EBL-. El mundo, la gente, está empeñada en salvarse sin Dios. La mayoría le ha apartado total o parcialmente de sus vidas. No lo ponen en el centro de todo, como la fuente que es de todo bien. Se ponen a sí mismos en su lugar. Esta es la verdad. Y se pasan la vida buscando, anhelando lo que sólo es, en verdad, propio del Cordero de Dios: la gloria, el honor, la acción de gracias, el poder, la riqueza, la fuerza, la sabiduría.... Hay pocos que estén absolutamente pervertidos y que se opongan radicalmente a Dios, por fortuna. Por ello la inmensa mayoría de las personas anhela aún el bien. Y por ello buscan aún cons-

truir un mundo feliz. Pero se equivocan en lo que es la felicidad.... Y lo que es igualmente dramático, buscan construir ese mundo feliz **ellos solos, al margen de Dios**. Para ello diseñan un sinfín de ideologías, poniendo **sólo en ellas** su confianza. Luego se pelean y se odian en defensa de dichas ideologías. Es penoso. Es patético....

-Las personas que se han opuesto radicalmente a Dios -continuó EBL- procuran influir en todos los ámbitos a su alcance para inducir a los demás por el camino del mal, aunque, para despistar, designen al mal con nombres selectos, que suenen bien y atraigan a los incautos....

Aquí EBL se paró de nuevo para tomar aire. Enseguida intentó continuar. Pero se emocionó. Sus ojos se llenaron de lágrimas y, entre balbuceos, expresó su más hondo pensamiento:

-Sólo cuando el hombre crea en el amor que Dios nos tiene y se dirija a Él con confianza filial – continuó entre sollozos-, sólo cuando se sumerja en el abismo de amor del Padre, sólo entonces conocerá los proyectos de amor que Él tiene, incluso, para cada uno de los más pequeños detalles de nuestro día a día. Entonces, si deja que Dios mismo penetre e imbuya su corazón y su mente, sólo entonces, con su razón inundada de brillante claridad, con su corazón, con su voluntad inflamados por el amor, colaborará con su Padre del cielo, esforzándose en implementar su voluntad de amor en el día a día. En la medida que muchos hagan lo mismo el mundo podrá ser un reflejo del Paraíso aquí en la Tierra ya.... Eso es lo que queremos hacer en la Polar Star I. Para ser luz que ilumine. Testimonios de la Ver-

dad. Este es el resumen de mi pensamiento. No tengo nada más que decir al respecto. En cuanto a la pregunta que me has hecho, Susan, es cierto. El proyecto es colosal. Supongo que no os sorprenderé si os digo que la admisión en los altos círculos del mundo es directamente proporcional a la magnitud de la cantidad que pueda escribirse en un cheque bancario sin ponerse nervioso al estampar la firma al pie del mismo. En pocas palabras, el dinero abre puertas. Por ese motivo pude codearme con todas las personas importantes que rigen el planeta y que salen cada día en las portadas de los periódicos. Y también con parte de las que están aún más arriba que ellos y no salen en ninguna portada, porque no les interesa. **En realidad las decisiones que afectan profundamente al mundo las toman un reducido número de personas....**

-Pero ya sabéis que la divina misericordia impactó en mi corazón en un bendito instante de mi vida –EBL sollozó entrecortadamente al pronunciar estas últimas palabras-. Caí de rodillas. Estuve meses conmocionado. Lloré amargamente mi vida pasada. Finalmente comprendí que esto no era aún suficiente. Dios estaba vertiendo sobre mi corazón un torrente de amor y mi respuesta no podía ser otra que permitir que el amor, practicando el bien, fluyera de mi corazón hacia el resto de la Humanidad. Durante unos ejercicios espirituales concebí el proyecto Polar Star. Inmediatamente me puse en contacto con algunos estados que, digámoslo así, estaban un poco apurados, económicamente hablando, en ese momento. Ya sabéis que el dinero abre puertas allí donde no parece haberlas. Pude entrevistarme con los más altos responsables de los departamentos de **“Asuntos reser-**

vados". Saqué un cheque y mi pluma estilográfica. Escribí un "1" y luego fui añadiendo lentamente ceros a la derecha del "1". En cierto momento empezaron a ponerse nerviosos. Finalmente pusieron a mi disposición la tecnología solicitada y equipos de expertos que se ocuparan de todos los detalles concernientes a mi proyecto. Trabajaron en él miles de personas, evidentemente. Realmente hicieron bien su tarea. Había otro cheque igual al primero a disposición de esos estados para cuando yo diera mi visto bueno final. Parece ser que tenían cierta ansia por hacerse con el dinero, así que todo funcionó a la perfección. La Polar Star es una verdadera hermosura. Una reproducción de paisajes idílicos conectados subterráneamente por un tren de alta velocidad. Puedes ir de la isla de Patmos a las laderas del Everest en cuestión de minutos por un sistema de túneles subterráneos. En las estaciones correspondientes tomas el ascensor y en pocos segundos te encuentras en el punto deseado.

-¡¡¡Genial!!! –aventuró Dick, mirando de reojo a Susan, por si se enfadaba de nuevo por el hecho de tomar él la palabra.

Susan se dio cuenta y no pudo menos que sonreírse

-¡Habla cuanto quieras cariño, no te voy a morder! –dijo con extrema bondad-. Simplemente que dejes a EBL que se explique....

Dick sonrió a su vez, poniendo cara de complicidad.

-Sois una pareja interesante. Entrañables y divertidos... –observó EBL-. Supongo –añadió- que a nadie se le pasa por alto que con la enorme cantidad de dinero

empleada en el proyecto se habría podido dar de comer a mucha gente pobre durante un montón de años....

-Sí, claro. Es algo evidente –respondió al punto Dick.

-Entiendo que tienes poderosas razones para haber tomado esta opción -susurró Susan, con voz algo insegura- el dilema es, en efecto, escalofriante....

-¡Las tengo, efectivamente! -repuso con viveza EBL- ¡Cuántas veces se ha querido solucionar la pobreza del mundo dando simplemente alimentos o dinero a los necesitados...! Es necesario hacerlo, sin lugar a dudas, pero hay otra forma de limosna: **testimoniar la luz, el camino, la verdad...**, como ya os he contado antes. Y testimoniarlo a todos. Porque hay muchas formas de **pobreza**. Y la ceguera espiritual de la gente que sólo piensa en su propio bienestar **es una de las más terribles**, porque las personas sin rumbo y sin norte, entregadas al ebrio egoísmo, generan unas estructuras de pobreza que se renuevan constantemente, haciendo insuficiente cualquier remedio encaminado a aliviar a los que más sufren las consecuencias de esas estructuras de pecado. Dicho de otra manera y en pocas palabras: **¡¡si los corazones de la gente se transformaran mediante nuestro testimonio, entonces habría muchos menos pobres en el mundo...!!**

EBL se detuvo unos instantes para tomar aliento. Estaba casi exhausto. Luego retomó directamente el hilo central de la conversación:

-Toda la variada fenomenología de las cosas extrañas que han empezado a suceder últimamente aquí la encontraréis detallada en este manuscrito. Son apuntes míos. Esta es mi letra.

-¿No has utilizado un soporte informático para registrarlo? –inquirió Dick inmediatamente-. De hecho sólo necesitaríamos una copia. No hace falta que nos llevemos el original.

-No, sólo tengo este manuscrito... –EBL vaciló un instante, mirando fijamente a Dick y Susan.

Luego añadió simplemente:

-Me encanta escribir a mano. Utilizo una estilográfica preciosa. Es una reliquia artesanal de gran valor. Podéis utilizar el manuscrito el tiempo que queráis. Yo tengo una copia.

-No entiendo –ahora era Susan la que preguntaba extrañada-. Acabas de decir que prefieres la escritura a mano. ¿Haces también las copias a mano?

-¡Oh, no! Sería muy engorroso... –respondió EBL vacilando de nuevo y mirando fijamente a Dick y a Susan por segunda vez....

-¿Escaneas tus escritos, pues? –preguntó cortésmente aunque algo sorprendida Susan.

-No. Veréis –continuó pausadamente EBL-. Soy muy aficionado a la fotografía. Tengo una máquina réflex de extraordinaria calidad. Utilizo rollos de película. Como antes, ya sabéis... -nueva *mirada peculiar* de EBL a Dick y Susan-. Yo mismo revelo el carrete y guardo los negativos. Son... mejores que las copias digitales.

-Más cosas. ¿Podríamos entrevistarnos con alguna de esas personas afectadas? –preguntó Susan.

-Sí, claro. Sin ningún problema –respondió inmediatamente EBL-. De hecho no se ha detectado ninguna enfermedad infecciosa. Se trata más bien de temas relacionados con psicología y neurología. Pero necesito hablar previamente con los doctores que les atienden para

ver si es o no oportuno. Os avisaré tan pronto como lo tenga todo concertado. En los manuscritos encontraréis la transcripción de los informes médicos que se han ido haciendo....

-Los planos de la estación. Todos los detalles del complejo informático. En fin, toda la información que dispongas del proyecto... -solicitó decididamente Dick-. Pueden sernos muy útiles.

EBL se levantó con dificultad. Abrió un tosco arcón de madera y sacó de él un vetusto ordenador portátil. Dick y Susan se miraron perplejos. Era un equipo que había quedado obsoleto hacía muchos años.

-Tomad. Aquí encontraréis todo lo que podáis necesitar referente al proyecto original. Sí..., ya veo vuestras caras. Esto es un ordenador semifósil, ya lo sé.... Pero es que soy un nostálgico. Me encantan estos equipos. Sé que vosotros sabréis hacerlo funcionar... -dijo EBL, **arqueando las cejas y mirando de nuevo a Dick y Susan de una manera especial**-. La informática tiene muy pocos secretos para vosotros.... Bien, basta por hoy. Estoy muy débil, ya lo veis. Debo dosificarme. Llamadme cuando queráis y os atenderé si me veo con fuerzas. Ahora debo descansar. Descansaré, sí.... Luego rezaré. Por vosotros. Por todos....

Susan y Dick le tomaron uno por cada brazo, con afecto y ternura, y le acompañaron a una rústica cama de madera situada en un rincón de la estancia. EBL se despidió de ellos con un ligero apretón de sus débiles manos. Cuando ya iba a dejarlos volvió sobre sí de nuevo, como movido por una secreta intuición, y depositó silenciosamente un beso en la frente de Susan y otro en la de Dick.

Sus ojos estaban húmedos de lágrimas. Era evidente que su sufrimiento era enorme....

Dick y Susan salieron de la estancia adosada a la ermita. Caminaron un trecho y se sentaron bajo un grupo de altos abetos al pie de los cuales discurría un arroyo de frías y cristalinas aguas. Ambos necesitaban hablar.

-¿Sabes, Susan? –empezó Dick tomando la palabra tras unos instantes de silencio- Creo que estamos cerca de tener ya una primera pista. Se trata de la extraña forma en la que EBL nos ha dado la información. Hay algo raro en todo ello. Un montón de manuscritos y un fósil informático. Pero no consigo entender qué pueden tener en común.

Susan guardó unos instantes de silencio.

-¿Me oyes, Susan? –preguntó Dick, algo impaciente por el mutismo de su esposa- ¡Nunca me escuchas!

-No digas tonterías, cariño –respondió cariñosa Susan-. Sabes de sobras que te escucho. Y creo que tienes razón en lo de la primera pista.... ***La vulnerabilidad de la información.*** Eso es.

-¿*La vulnerabilidad de la información?* –exclamó sorprendido Dick

-Sí. ¿No lo comprendes? –continuó Susan- La escritura autógrafa en tinta sobre papel es difícilmente manipulable y no puede transferirse a ninguna red informática si no se digitaliza previamente. Con las copias de seguridad hechas en película fotográfica pasa algo semejante. Y finalmente ese viejo ordenador.... No puede conectarse a ninguna red. Y además, apuesto a que los formatos de los archivos que contiene no son compatibles con casi nada actualmente. EBL quiere proteger información vital para que, como mínimo, no pueda ser manipulada. Creo

que no teme un robo de información, al menos por ahora. Más bien se trataría de una *manipulación de información* que él considera vital. Manipulación efectuada o bien desde la propia estación, o bien desde la Tierra.

-Sí. Suena lógico lo que dices, cariño. Pero... ¿por qué no nos lo ha dicho?

-Bueno, quizá porque no está seguro y no quiere influirnos –respondió Susan vacilando ligeramente-. O porque temiera que alguien pudiera estar escuchándonos. Cabe también la posibilidad de que sea, efectivamente, un nostálgico. Las personas geniales tienen a veces pequeñas excentricidades.

-Quién sabe. De todas maneras pienso que el análisis que has hecho es bastante verosímil –admitió Dick-. Cuando le preguntamos por el motivo de no guardar la información de manera que fuera accesible, informática-mente hablando, vaciló un momento antes de responder. Y nos miró *de una manera especial*. Por tres veces.

-Tienes razón –asintió Susan-. Yo también noté algo especial en la manera de mirarnos.

-Creo que lo mejor es volver y preguntárselo y así saldremos de dudas –dijo inmediatamente y con ímpetu Dick-. De todas maneras me va a ser difícil resistirme a tomar antes un sorbo del agua del torrente. Tiene una pinta genial....

Dick se agachó y bebió con fruición. Estaba deliciosa. Decidieron, para disminuir un poco la tensión acumulada, relajarse sumergiendo sus pies en el arroyo. Disfrutaron de lo lindo compitiendo en mantener el máximo tiempo posible los pies sumergidos en la gélida agua. Era éste un juego al que se habían aficionado desde que empezaron a hacer juntos excursiones por la monta-

ña, muchos años atrás. Se entretuvieron el tiempo necesario también para que EBL descansara un poco.

Al cabo de un rato volvieron hacia la ermita. Llamaron de nuevo a la puerta de la estancia adosada. Nadie respondió. Volvieron a llamar, sin obtener tampoco respuesta.

-Debe estar durmiendo profundamente –dijo Susan.

-Entremos con cuidado -respondió Dick-. Hay confianza suficiente como para hacerlo.

-¿No le molestaremos? –objetó Susan, algo temerosa.

-Será sólo un momento y es por una buena causa. Y además corre prisa –respondió con decisión Dick.

-De acuerdo, entremos –accedió Susan.

Dick giró el pomo de la puerta y la empujó.

Entraron.

Todo estaba igual como cuando habían salido, hacia un rato. El fuego estaba ahora muy bajo.

-¡¿EBL?! –murmuró Dick, quedamente.

No obtuvo respuesta.

Utilizó un tono más alto.

-¡¿EBL?!

No obtuvo tampoco respuesta alguna.

Una terrible intuición se abrió paso, de repente, en la mente de Dick. Se dirigió directamente al camastro y lo que vio le hizo palidecer. EBL, tendido en la cama, inmóvil, sujetaba con fuerza un pequeño crucifijo sobre su pecho. Tenía los ojos abiertos, fijos en lo alto, como si mirara agradecido a alguien que le estuviera tendiendo una mano amiga en un momento de terrible apuro....

Dick apoyó sus dedos en la garganta de EBL,
buscándole el pulso....

No lo halló....

EBL estaba muerto.

CAPÍTULO III

EMPIEZAN LOS PROBLEMAS

En el suelo había un cuaderno de notas, y la preciosa estilográfica rota. Era evidente que había caído al suelo involuntariamente. En la hoja por la que estaba abierto el cuaderno estaba escrita y enfatizada, con trazos vacilantes, la palabra:

“¡¡¡ información...!!!”

Por la posición del cuerpo, sábanas de la cama y otros detalles, la hipótesis más verosímil era que EBL debía haberse encontrado mal. En un último esfuerzo había querido dejar un mensaje póstumo, referido, sin

duda, al problema que le consumía. Impotente al fin, cuaderno y pluma habían caído al suelo. EBL a duras penas había conseguido recostarse en la cama, tomando, en un postrer esfuerzo, el crucifijo de su mesilla de noche, consiguiendo finalmente cruzar los brazos sobre el pecho, abrazando así la imagen. En esta posición habría entregado su espíritu.

No había manchas de sangre ni de lucha. Debía descartarse cualquier tipo de violencia. Ningún vaso con líquido alguno, fuera de los que contenían los restos del té que habían compartido....

Dick y Susan estaban perplejos. Y evidentemente consternados. Decidieron llamar inmediatamente a Cornelius por si fuera posible hacer algo aún, aunque percibían con nitidez que EBL era ya un cadáver. En el absoluto sentido del término.

Salieron al exterior. Justo en el momento en que iban a hacer uso del pin de intercomunicación vieron aparecer el todoterreno eléctrico de Cornelius. Venía con dos personas más. Llevaban algunos bultos en la caja descubierta del auto. Víveres, leña y algunos utensilios para EBL, probablemente. En pocos segundos llegaron a la ermita y quedaron sorprendidos al ver la cara de circunstancias de Dick y Susan..., solos, bajo el dintel de la puerta abierta de las estancias de EBL.

-¡¡¡Rápido, Cornelius!!! ¡¡¡Algo le ha sucedido a EBL!!! –se adelantó a decir Dick mientras los tres hombres se apeaban del coche.

-¿¡Qué!?! –respondieron ellos, consternados y al unísono.

Era evidente que profesaban un gran afecto al difunto.

-¿¡¡¡Rápido, alguno de vosotros es médico!!!?
-exigió Dick, impaciente.

-¡Yo! -respondió uno de ellos-. Soy su médico personal.

Entraron en tromba en la estancia. El médico le examinó. No tardó en confirmar lo que Dick y Susan daban ya por seguro. EBL Había fallecido.

-Ataque cardíaco, probablemente -dijo el médico-. Quiero una autopsia rigurosa. No puedo explicármelo. Tomaba toda la medicación necesaria. ¿Habéis discutido por algo? -añadió, dirigiéndose a Dick y Susan.

-En absoluto -aseguró Dick-. Hemos estado hablando un rato con él. Estaba muy débil pero nada hacía prever este desenlace. Le hemos dejado descansando y hemos ido a dar una vuelta. Como nos quedaba aún alguna cosa por comentar hemos vuelto y le hemos encontrado exactamente como está ahora. He intentado encontrarle el pulso sin resultado. Hemos salido al exterior y cuando íbamos a pedir auxilio mediante el pin habéis aparecido vosotros....

-¡¡¡Dios mío!!! ¿Por qué él? -exclamó Cornelius de pronto.

Su voz se quebró. No podía hacerse a la idea de que EBL estuviera muerto. Rompió a llorar como un niño. Las lágrimas surcaban abundantemente sus mejillas... Miró a Dick y a Susan.

-¿Qué lleváis ahí...? -les preguntó entre sollozos.

Susan y Dick intercambiaron una rápida mirada.

-Nada, unos manuscritos que nos dejó EBL para que los examináramos y un viejo ordenador, una reliquia, para que le echáramos un vistazo -respondió Dick evasivamente.

-Bueno –empezó Cornelius con voz entrecortada por el intenso dolor que sentía-. Dadas las circunstancias... quizá sería mejor que..., en fin, no quisiera que os molestarais..., pero comprenderéis que en este momento cualquier cosa que pueda haber pertenecido a EBL va a convertirse pronto en una especie de reliquia a venerar. ¡¡¡Era un santo...!!!

Dijo esto con tan profunda convicción que todos se emocionaron profundamente. Tenía razón. Esa era la convicción de todos.

-Pero no quisiera forzaros –continuó Cornelius, con voz casi inaudible ahora-. Podéis quedaros con ello si queréis.... Pero lo lógico, pienso, sería mantener juntas todas sus pertenencias.

Era evidente que el bondadoso y fiel Cornelius no acababa de decidirse....

Dick tomó partido rápidamente.

-Mañana –dijo.

-¿Mañana? –preguntó con ojos extraviados Cornelius, levantando por un momento la cabeza.

Era evidente que estaba en el paroxismo del dolor y del aturdimiento. Había hundido su rostro entre los pies del difunto, abrazándolos, y no parecía querer soltarlos...

-Sí. Mañana os los devolveremos. Hoy queremos echarles un vistazo. Pero entendemos tus razones, Cornelius. Son totalmente lógicas. No te apures. Mañana te lo devolveremos todo y problema resuelto –dijo resueltamente Dick.

-De acuerdo. Dejadlo vosotros mismos ahí encima cuando queráis. Ya lo recogeré cuando pueda –respondió Cornelius.

Y volvió a entregarse a un llanto profundo, angustiado. Rozaba la desesperación. Todos respetaron su dolor. Todos se sentían profundamente turbados....

Dick y Susan salieron lentamente de la ermita. Anduvieron largo rato sin rumbo fijo. Se sentaron al lado del arroyo y consumieron, sin mucho apetito, los bocadillos que se habían preparado al salir de casa, en previsión de que la entrevista con EBL se alargara y con la intención de no causarle molestias. Comieron en silencio. Ambos estaban absortos, meditando sobre todo lo ocurrido. Finalmente decidieron volver a la casa en la que se hospedaban. Necesitaban descansar, pensar y tomar algo de alimento.

Al llegar, Dick decidió tomarse una buena ducha para relajarse. Seguidamente se puso el pijama y las zapatillas y se reunió con Susan, que se había tendido en el sofá del salón porque se encontraba mal. Tenía un fuerte dolor de cabeza e intensas náuseas. Decidió tomarse una tableta analgésica y acostarse de inmediato.

Al cabo de una hora las molestias no habían remitido en absoluto, antes al contrario. Dick empezó a preocuparse. Y cuando se preocupaba ponía en ello toda su pasión. Se volcó en atender a su esposa.

-¿Te sientes mejor, cariño? –repetía cada tres minutos, amoroso y solícito.

-No. En realidad cada vez me siento peor
-respondió Susan por décima vez en media hora. Luego añadió:

-Dick, escucha. Quiero pedirte un favor. ¿Me quieres de verdad?

-¡Vaya, ésta sí que es buena! ¿Qué si te quiero...?
-respondió el aludido, casi enfadado.

-Mira, cariño –prosiguió Susan sonriendo ligeramente-. Voy a pedirte algo que creo que me tranquilizaría mucho.

-Dalo ya por hecho –sentenció Dick con rotundidad.

-Quiero que tomes la cámara y fotografías ahora mismo todos los manuscritos. En cuanto al viejo ordenador creo recordar que esa serie utilizaba un sistema operativo arcaico. Pero tengo los correspondientes manuales y el software necesario archivados en mi ordenador. Procura hacer un volcado de todo el contenido de la memoria. Sé que lo conseguirás, Dick, amor mío.

Susan dijo estas palabras en un tono tal que parecía irle la vida en ello. Dick, aunque se sentía muy cansado, accedió inmediata y gustosamente.

-Una cosa más –añadió Susan-. Cuando termines, procura inutilizar físicamente el hardware de control de los chips de memoria del ordenador de EBL, procurando que no se note demasiado.

-A sus órdenes –respondió alegremente Dick, haciendo un gesto teatral, como si estuviera recibiendo instrucciones del Jefe del Estado Mayor del Ejército.

Susan sonrió, a pesar de su estado. Respiró aliviada e intentó dormirse. Dick se puso inmediatamente manos a la obra. Era bien entrada la madrugada cuando finalizó el encargo de Susan. La última parte del trabajo, el localizar y cortar unas pistas de la placa de memoria del vetusto ordenador había sido casi una labor de alta cirugía. Disponía de un cuchillo multiusos provisto de una lupa y una fina navaja muy afilada. Fue precisa toda su destreza para conseguirlo, pero finalmente lo logró.

Había trabajado mucho y bien. Era siempre muy concienzudo en su labor. No sabía hacerlo de otra manera. Ya iba a acostarse para tomar algo de descanso cuando repentinamente se sintió invadido por un cierto temor. Seguía encontrando muy extrañas las circunstancias de la muerte de EBL....

Decidió tomar precauciones, por lo que pudiera ser. Recordó que él y Susan habían traído en el equipaje unas tabletas muy peculiares. Se trataba de un medicamento de última generación cuya función consistía en bloquear totalmente la asimilación por el organismo de cualquier sustancia ingerida por vía oral. Su efecto duraba unas ocho horas. Decidió tomar una dosis doble. Fue a la nevera, llenó de leche dos vasos y tras ingerir su toma desveló a Susan de su ligero sueño para que hiciera lo propio. Ella accedió, tras protestar levemente. Tragó las dos tabletas y bebió con fruición el vaso de leche que le ofrecía Dick. Tenían por costumbre tomar siempre un vaso al acostarse.

CAPÍTULO IV

ESQUIANDO EN LA MONTAÑA

La jornada de Jack y Helen había sido muy distinta. Al separarse las dos parejas, Helen asistió como única espectadora a una explosión de entusiasmo de Jack

-¡¡¡De vacaciones con Helen, gratis, en medio de la naturaleza agreste, y todo esto flotando por el espacio metidos en una enorme estación orbital, y con un montón de gente maravillosa por todas partes!!! –no cesaba de repetir el joven.

Lo dijo en prosa. Lo repitió en verso. Cambió el orden de las ideas expresándolas en forma de melodía improvisada. Incluso acompañó su estallido de alegría con una danza al más puro estilo indígena. Helen reía hasta saltársele las lágrimas.

-Bien. De momento aún no hemos encontrado “montones de gente” –intervino la chica, encantada de ver tan feliz a su querido Jack.

-No. ¡Pero ya verás como será así! -repuso Jack con vehemencia.

Caminaron durante un largo rato descendiendo un valle bucólico, agreste, idílico. De repente, tras un recodo del camino, apareció por debajo de ellos una pequeña ciudad. Se mezclaban en deliciosa armonía edificios de piedra con otros que utilizaban sólo la madera como material de construcción. Todos los edificios estaban recubiertos de pizarra. Era un espectáculo encantador.

En el fondo del valle, hacia las alturas, un pico majestuoso hería el cielo con su punta curvada y de afiladas aristas. Un penacho de nubes parecía haberse adherido a su escarpada cima. Era un espectáculo curioso. Daba la sensación de que el viento, en las alturas, quería arrastrar la hilera de nubes. Sin embargo éstas parecían querer resistirse agarrándose a la cúspide de la enorme masa rocosa. Era como si el pico dejara una estela en el límpido cielo azul, de manera semejante a como la popa de un navío deja, tras la mole del barco, una estela de blanca espuma. Ciertamente el ánimo quedaba cautivado al admirar esta vista majestuosa e imponente.

Jack y Helen contemplaron el nevado pico en silencio durante un par de minutos al menos. Luego el muchacho dirigió de nuevo su mirada hacia la vecina ciudad.

-No puede ser. No puedo creérmelo –dijo en un tono que aunaba la sorpresa, el asombro, la admiración y, en cierto sentido, la incredulidad.

-Esto parece.... ¡No, no puede ser! –continuó Jack, pletórico.

-Esto tiene toda la pinta de ser Zermatt, Jack. Con el Cervino encima, como corresponde –sugirió, boquiabierta a su vez, Helen.

-¡¡¡ Zermatt, sí!!! Y este pico enorme es el Cervino sin duda. Al salir de casa ya me lo había parecido, pero no estaba seguro. Ahora no hay lugar a dudas. ¿Pero cómo puede estar “esto” aquí arriba, en medio del espacio...? –respondió Jack, atónito.

-¿Te acuerdas del primer verano que fui de vacaciones contigo y con tus padres...? Oh, Jack, ¡fue maravilloso! Zermatt, Interlaken, Grindelwald, Jungfrauoch, Grimsel Pass, Furka Pass.... Luego pasamos por ese lugar encantador, al pie del Mont Blanc. ¿Cómo se llama?

-Chamonix –repuso Jack, en pleno éxtasis-. Chamonix, amor....

Siguieron descendiendo hasta entrar en la población. Se acercaron hacia una pequeña casita que parecía ser una oficina de información. Una chica muy amable les recibió con gran cordialidad:

-¿Hola, qué tal? ¿Sois nuevos aquí? –preguntó.

-Bueno, está claro que sí. No os preocupéis, yo os orientaré en todo –prosiguió, sonriendo, al ver la cara de pasmarote que aún ponía Jack-. ¿Vais a pasar el día aquí...?

-Bueno, supongo que sí.... Un día al menos, ¿no, cariño? –dijo Jack volviéndose hacia Helen.

-¡Cómo no! –respondió inmediatamente la aludida.

-Perfecto. Os gustará –dijo con satisfacción la recepcionista-. ¿Me dejáis un momento el chip...?

Jack se sacó la gorra y se la dio. Llevaba su chip sujeto en ella.

-Bien, todo está correcto –prosiguió la chica-. Os hospedaréis en casa de los Houston. Ya me encargaré yo de avisarles. Cenar a las seis. Procurad ser puntuales.

-¿Vais a esquiar? –continuó preguntándoles, con amabilidad.

Jack se la quedó mirando sin pronunciar palabra. Seguía estando atónito. La muchacha sonrió de nuevo.

-Lo digo simplemente para dejaros un equipo de esquí –añadió bondadosamente-. Si lo hacéis debéis daros prisa porque se acerca mal tiempo.

-¡Sí, claro! –intervino Helen, a quien entusiasmó la idea.

-¡Sí, claro! –reaccionó Jack al punto-. ¡Sí, claro, esquiaremos! ¿Cómo no?

Recogieron el equipo y se encaminaron hacia el hogar de los Houston siguiendo las indicaciones que les había dado la joven de la oficina, marcándoles la situación de la casa en un pequeño folleto. La vivienda en cuestión estaba a las afueras de la ciudad, en dirección a la montaña. La muchacha les había dado la llave, porque sus ocupantes no estaban en ella en este momento. Tenían asignadas dos habitaciones contiguas en la buhardilla. Eran unas estancias sencillas y encantadoras, con las ventanas orientadas hacia el nevado pico. Podrían contemplarlo a su gusto durante horas, si querían.

Se instalaron en un abrir y cerrar de ojos. Había todo lo que podía necesitar quien buscara un cierto confort. Sin embargo quien hubiera ansiado el lujo habría quedado inmediatamente decepcionado....

Cerca de la casa estaba situado el primer edificio del vasto sistema de remontes mecánicos que permitían acceder a las pistas. Tras las comprobaciones oportunas

del encargado, quién les advirtió de nuevo sobre el inminente cambio en las condiciones meteorológicas, iniciaron el ascenso.

El paisaje se iba ahora desplegando ante ellos. La Naturaleza prodigaba su belleza con exuberante grandiosidad. Empezó a invadir su ánimo esa sensación de pequeñez ante la inmensidad del paisaje que experimentan todos los que entran en contacto con la alta montaña. Finalmente llegaron al pié de la enorme mole del Cervino. Era una explanada inmensa. El remonte permitía subir más arriba, si se deseaba. Jack y Helen decidieron bajarse en este punto. Frente a ellos se alzaban las casi inaccesibles pendientes de la gigantesca masa rocosa, practicables sólo para alpinistas extremadamente experimentados. A sus espaldas, dos inmensos glaciares fundían en una de sola sus corrientes de hielo.

Se accedía a la parte superior de las pistas de esquí mediante tele arrastres que se tomaban a escasos metros de la salida del remonte intermedio que acababan de dejar.

-¡Vamos! –dijo alegremente Jack.

Helen le siguió entusiasmada.

Subieron deslizándose por encima de la superficie nevada de un glaciar. Los inesperados tirones que daba el tele arrastre les suspendían a ambos por el aire en ocasiones, haciéndoles perder casi el equilibrio. Tim les seguía corriendo alegre y feliz, cruzándose a veces por delante del trazado del tele arrastre con peligro de hacerles caer. Pero bastaba una ligera indicación de Helen para que el perro, haciendo gala de su proverbial obediencia, se apartara unos metros, sin detener por ello los saltos con los que amenizaba su rápida carrera.... Las sonoras carcaja-

das de Jack parecían perderse en la inmensidad, mezclándose a intervalos con el impresionante estruendo que producía algún bloque de hielo al desprenderse de las paredes de alguno de los picos contiguos y abismarse en el vacío, fragmentándose al impactar con las enormes rocas que yacían al pie de los empinados taludes. Ni Jack ni Helen habían esquiado nunca en un lugar tan grandioso.

Una vez llegaron arriba iniciaron el descenso. No era una pista complicada y ambos eran excelentes esquiadores, aunque Jack era demasiado atrevido en ocasiones. Después de pensárselo unos instantes decidió no utilizar el casco. Helen se puso el que le habían dado, de color rojo burdeos. La cola de su rubia cabellera sobresalía por detrás, flotando libremente al viento. Esto encantaba a Jack, que no se cansaba de admirar nunca la belleza, gracia y encanto de la que deseaba que un día no muy lejano fuera su esposa.

Tras unos descensos suaves consideraron que su musculatura estaba ya lo suficientemente caliente y preparada como para atreverse a algo más divertido y excitante. Jack propuso una carrera a Helen. En “caída libre”, como él decía. Eso significaba que la única regla consistía en llegar antes que el otro al final de la pista, sin ningún otro condicionante que respetar al resto de esquiadores presentes, si los hubiere.

-¡Vale! –aceptó de inmediato Helen-. Pero lo único que detesto es que vayas sin casco, Jack. Me da miedo. Eres un verdadero salvaje bajando pistas.... Siempre tengo miedo de que te rompas algo....

-Sí –aceptó Jack-. Ya sé que lo mejor sería llevar casco. Pero sabes que adoro sentir el aire helado azotando

mi rostro y oír el crepitar de la nieve cuando me deslizo con los esquíes. Además está el tema del sudor y...

-De acuerdo. Tú ganas –concedió Helen, sonriendo-. Hasta el tele arrastre. ¡¡¡Adiós...!!!

Helen salió disparada, sin más protocolos. Sin avisar. Sin cuenta atrás. Riéndose a carcajadas de su travesura.

-¡Pero qué canastos! ¡Esto es trampa! ¡No hemos contado hasta tres! –gritó Jack, airado.

Pero reaccionó de inmediato, lanzándose en persecución de Helen. Flexionó convenientemente sus musculadas piernas. Posicionó de manera óptima los palos por debajo de sus brazos. Curvó su cuerpo en una postura que rozaba la perfección e inició un trazado casi imposible, prácticamente en línea recta, levantando tan sólo algo de nieve en los poquísimos virajes que se concedía, para no perder velocidad. Todos los recursos de su físico y de su mente trabajaban al unísono en un alarde de fuerza y destreza.

Alcanzó a Helen a mitad de pista. Al acercarse a ella, a velocidad de vértigo, cruzando la blanca estela de nieve que dejaba en pos de sí la joven, vociferó algo parecido a “¡¡¡iiiiistaaaa...!!!”. El grito sonó hercúleo, casi brutal. Era evidente que quería impresionar a Helen, una vez más, como hacen la mayoría de los chicos cuando están frente a una chica por la que sienten interés.

Evidentemente llegó el primero al inicio del tele arrastre. Al poco lo hizo Helen, partiéndose de risa. Una risa contagiosa, casi irrefrenable. Era toda ella puro gozo. Todo brotaba junto. Sus cuerpos jóvenes y sanos, sus almas pletóricas, el profundo amor que sentían el uno por el otro, lo relajante de la situación después de semanas de

dura preparación física y mental para el viaje. Sus corazones latían ahora apresuradamente. Estaban ambos jadeantes. Jack incluso sudoroso, a pesar del frío ambiente. Se quitaron las gafas y al final consiguieron parar de reír. ...

-¡Eres un verdadero bruto, Jack! –dijo Helen con voz aún entrecortada por el cansancio-. ¡Por poco me muero del susto que me has dado con tu grito! ¡Y además casi me has tirado al suelo!

-¡Y tú eres una pequeña tramposa! ¡Has empezado sin hacer la cuenta atrás! –respondió sonriendo Jack.

-¡Pues no me he dado cuenta! –repuso Helen empezando a reír de nuevo.

Helen se quitó el casco. Jack se acercó a ella haciendo equilibrios, intentando no cruzar sus esquíes. La abrazó como pudo y la besó con inmensa dulzura.

-Bueno, ya vale, me vas a ahogar –protestó divertidamente Helen-. Y por cierto, quiero la revancha.

-¿Ah sí...? ¡Pues ahora vas a ver lo que es bueno! –respondió inmediatamente Jack.

Se colocaron de nuevo las gafas y se dirigieron inmediatamente al tele arrastre.

-Vamos, date prisa. Parece que está empezando a cambiar el tiempo –observó Jack-. Ya casi no queda nadie en las pistas.

-Excepto Tim –respondió Susan-. Debe estar agotado de tanto correr de un lado para el otro.

Jack tenía razón en lo referente al tiempo. Efectivamente, unos nubarrones empezaban a cubrir las cumbres más lejanas y la temperatura había empezado a descender rápidamente.

Al llegar arriba hicieron el protocolo de la cuenta atrás, aunque en forma algo peculiar:

-Tres, dos, uno y medio, uno veinticinco, uno, cero y medio... ¡¡¡ya!!! –evidentemente era Helen la que bromeaba de nuevo.

Ambos salieron lanzados. Jack se admiraba siempre de cómo esquiaba Helen. Esquiaba tal como era ella. De manera sencilla, grácil, divertida, sin brusquedades de ningún tipo.

Helen avanzaba veloz. Jack se mantuvo por detrás de ella. Sabía que podía adelantarla cuando quisiera. Simplemente porque era más atrevido que ella. Temerario casi. De pronto decidió que tenía que “conquistarla” aún más. Pensó que tanta belleza y hermosura reclamaban un varón con una valentía que estuviera a la altura. Se soltó. Lanzó como una especie de grito de guerra y desencadenó toda su osadía. Helen casi ni le vio pasar.

Jamás había esquiado a tal velocidad. Iba en línea recta. Los esquíes tableteaban furiosamente bajo sus pies, como caballos desbocados....

De repente comprendió que había rebasado el límite crítico de su capacidad de control.... Vio claramente el pequeño montículo hacia el que se dirigía. En una centésima de segundo comprendió que la caída era segura. En la siguiente centésima de segundo decidió “caer de la mejor forma posible”....

Afortunadamente las fijaciones saltaron en el momento oportuno. De todas formas Jack aterrizó sobre la pista de lleno, impactando con el tórax, a velocidad excesiva, levantando una nube de nieve....

Tardó muchos metros en detenerse. Fueron instantes largos. Evidentemente en su ánimo predominaba aún el sentimiento lúdico, pero mezclándose ahora con la

tensión y la impaciencia, deseando con toda su alma no lesionarse seriamente....

Al fin se detuvo. Aparentemente todo estaba bien. No podía ser consciente aún del serio esguince que se había producido en las costillas. El dolor tardaría todavía algunas horas en aparecer. Empezó a desternillarse de risa. Helen se detuvo a su lado, frenando con precisión. Estaba asustada.

-¡¡¡Jack, por Dios!!! ¿¿¿Te has hecho daño???

-preguntó atemorizada.

Pero las carcajadas de Jack le devolvieron pronto la tranquilidad. Se sentó en la nieve, a su lado. Jack la abrazó de nuevo y la besó.

-¡Eres un verdadero energúmeno, Jack! ¡Me has asustado mucho! ¡No vuelvas a hacer eso, por favor! -dijo en tono suplicante.

Jack procuró serenarla.

-¡Palabra! ¡A partir de ahora procuraré impresionarte a base de controlarme más y no hacer tonterías! Realmente podía haberme hecho mucho daño -aceptó Jack con humildad.

-¡¡¡Me parece una gran idea!!! -respondió aliviada la dulce Helen.

Recogieron los esquís de Jack unos centenares de metros más abajo. Estaban ahora solos en la pista. Decidieron encaminarse hacia la estación del telecabina para regresar abajo. El cielo se iba encapotando por momentos. Amenazaba tormenta.

Al llegar a la estación vieron con sorpresa que estaba cerrada. Quedaba sólo una persona en el interior del edificio y parecía estar recogiendo todo con cierta prisa.

Jack y Helen le interrogaron. El joven se mostró sorprendido:

-¿Cómo? ¿No lo sabéis? Hoy es el día de la gran tormenta de nieve. Está programada desde hace seis meses. Todos se han marchado ya a sus casas. Cerramos las instalaciones ahora mismo. El telecabina permanecerá también cerrado durante la tempestad. No sería prudente hacerlo funcionar. ¿Pero, y vosotros? ¿Dónde vais a alojarnos...?

Jack le contó en pocas palabras su situación.

-Comprendo –respondió en guarda-. Siempre pasan cosas así con los recién llegados, cuando hay alguna sustitución. Bien, tendréis que ir al refugio. Yo me encargo de llamar a los Houston para que no estén preocupados.

-Vaya, ¿conque una gran tempestad y alojados en un refugio? ¿suena bien, no, Helen? –dijo entusiasmado Jack, a quien le encantaban los espectáculos de la Naturaleza, cuando ésta desencadena sus elementos.

Jack podía pasarse horas contemplando el rugir de las olas, desafiando el viento, en la cima de algún acantilado, en plena tempestad.... Helen amaba también la Naturaleza pero prefería contemplarla de forma más sosegada....

El joven les indicó la situación del refugio tras comprobar la disponibilidad de plazas. No había problema. Podían ir. Luego les mostró dos motos de nieve

-¿Sabéis usarlas? –les preguntó.

-¡Claro! –respondió Jack con cierto aire de suficiencia.

-Bueno, no quería ofenderte con la pregunta –dijo sonriendo el guarda-. Sólo que tenía que asegurarme.

Cuando volváis otra vez al telecabina las dejáis aquí y ya está.

-Daos prisa –añadió-. No va a tardar más de una hora a empezar a nevar de lo lindo. Si transcurrido ese tiempo no habéis llegado al refugio empezarán a buscaros. Así que apresuraos y nos ahorraremos trabajo todos.

Les acompañó hasta las motos de nieve, comprobando los niveles y su perfecto estado. Se despidió de nuevo de ellos con encantadora cordialidad, dejando que Helen pusiera su moto en marcha.

-Tienes suerte de tener una novia tan bonita –susurró a Jack, aprovechando el ruido y poniendo cara de complicidad-. ¡Yo estoy deseando encontrar pronto a mi chica!

Se dieron un buen apretón de manos. Jack puso en marcha su moto y partió con Helen en la dirección indicada. Les costó poco trabajo recorrer la distancia que les separaba del refugio. Estaba instalado en una arista de la roca, a salvo de los aludes. El panorama era de ensueño. Por un lado la soberbia vista de la montaña. Por el otro, a media altura, los inmensos valles que contenían los dos glaciares.

El refugio estaba edificado con grandes piedras. Sus gruesas paredes sostenían enormes vigas de madera sobre las que se asentaba una inclinada techumbre, recubierta de pizarra. Una gran chimenea ardía en la sala inferior. Mesas, bancos, suelo, techo, armarios, estanterías..., todo de madera cuidadosamente barnizada. La distribución de los elementos, sobria pero elegante a la vez. El ambiente así creado debía ser, necesariamente, acogedor en extremo. Jack y Helen tuvieron el tiempo justo para poner en el garaje las motos de nieve. Gruesos copos, que

parecían más bien retales diminutos de blancas sábanas, empezaron a caer con profusión. El cielo, cargadísimo, de un color gris blanquecino, anunciaba que la nevada iba a ser épica.

Tras calentarse en la chimenea fueron a presentarse a uno de los tres jóvenes matrimonios que atendían el refugio. Les asignaron dos plazas en las enormes literas colectivas de la planta superior y seguidamente les ofrecieron de cenar. Helen y Jack sentían un hambre canina. Con todo el ajetreo del día habían comido sólo unos bocadillos que les habían proporcionado en la oficina de información, al llegar a Zermatt. Ahora necesitaban reponer fuerzas a toda costa.

-Lo sentimos –dijo con aire compungido uno de los guardas que les atendían-. Hoy sólo disponemos de fondue de queso o de carne....

-¿“Sólo” fondue de queso o de carne? –repuso Jack, entusiasmado-. Bueno, creo que podremos sobrevivir ¿No es cierto Helen?

Jack era un verdadero fanático de estas especialidades culinarias y su apetito se había acrecentado notablemente a causa del ejercicio físico y la baja temperatura ambiental.

-Sí, creo que podremos sobrevivir. Preferiría la de queso, si te parece, cariño –respondió con sencillez Helen.

Jack tragó saliva disimuladamente. Él prefería la de carne. Pero decidió sacrificarse por Helen. Sabía que hacer esto significaba amarla. No de una manera general y abstracta, sino de una forma concreta y objetiva, en las cosas pequeñas del día a día. Y para redondear su acto de generosidad decidió no hacérselo notar....

-Pues claro que sí. De queso. Fenomenal. Estará riquísima –respondió con decisión-. Con un poquito de vino para acompañar.

Helen quedó un poco sorprendida por la respuesta de Jack, dado que conocía perfectamente la pasión que éste sentía por devorar carne. Sospechó inmediatamente que Jack lo estaba haciendo por ella. Le abrazó con dulzura y reclinó por un momento su cabeza sobre el pecho del joven. Luego le miró con ternura....

-Gracias –dijo simplemente, dándole un suave beso.

-¡¡¡A comer!!! –exclamó Jack, disponiéndose a atacar su parte. Les habían servido la comida en un tiempo récord. Y era de agradecer, dadas las circunstancias.

De repente se oyó un ladrido lastimero. Era Tim. No se había movido del lado de los dos jóvenes en la medida que le había sido posible. Había ido ya otras veces a esquiar con ellos. Su potencia física era muy grande y no había tenido tampoco problema alguno en seguirles cuando se habían desplazado en las motos de nieve. Su bella estampa inducía a considerarlo un simple perro de paseo, sin grandes posibilidades para la vida al aire libre. Craso error. La realidad era muy distinta. Su genética le permitía arrostrar impunemente grandes esfuerzos y bajas temperaturas. Pero esos excesos pasaban factura y ahora el digno can reclamaba su alimento con insistencia. Los guardas comprendieron inmediatamente que tenían un nuevo huésped solicitando sus atenciones y en breve depositaron una enorme ración de croquetas para perro, en un recipiente, a los pies de Jack y Helen. En un abrir y cerrar de ojos estuvieron los tres instalados confortablemente frente a la lumbre de la chimenea, deleitándose con

una magnífica fondue y descorchando una pequeña botella de buen vino, que les ayudó a entrar en calor.

Ya era hora, pues en el exterior la tempestad arreciaba. El viento había empezado a rugir y enormes remolinos blancos hacían completamente imposible mantenerse en pie en el exterior, a la intemperie. La luz del crepúsculo luchaba aún por penetrar las densas nubes permitiendo distinguir, a intervalos, la enorme silueta de la montaña al pie de la cual estaba asentado el refugio. Pero esto era sólo cuando el viento cesaba por un instante en su ímpetu, como para reponer sus fuerzas, para volver inmediatamente a soplar con renovada y obstinada furia....

Comieron con fruición y charlaron alegremente mientras lo hacían. Se sentían ahora muy relajados. Notaban la piel de la cara tensa y las piernas algo cansadas. Eran la viva imagen de una pareja feliz.

La mesa contigua estaba ocupada por un grupo de jóvenes de edad similar a la suya. Habían cenado fondue de carne. No parecía que ninguno de ellos estuviera emparejado; pero ciertas miradas que no pasaron inadvertidas a Helen dieron pie a algunos comentarios de ésta a Jack:

-¿Sabes? A la chica morena esa que tienes enfrente, ¡no mires!, le gusta el chico que tiene sentado dos lugares a su izquierda. Y el chico que está entre los dos está colado por la chica que, a su vez, tiene sentada dos lugares a su izquierda. Lo divertido es que en los dos casos el interés parece ser mutuo, por lo que me estoy muriendo de ganas de cambiar de sitio a los dos chicos del centro y... ¡todos felices!

Jack se quedó boquiabierto.

-¿Pero tú como sabes todo esto, cariño...?

-¡Hombre, es evidente! En el primer caso ella no ha dejado de reírle ni uno solo de sus chistes y, aunque son buenos, tiene poca gracia al contarlos. Y él parecía tenerla a ella como único auditorio. Al hablar sólo se la miraba a ella... El caso es evidente. Respecto a los otros dos, el chico no le ha quitado el ojo de encima a ella. En varias ocasiones ella le ha sostenido la mirada, en silencio, sin decir nada, como queriendo mostrarle también sus sentimientos. Cuando él le ha preguntado a ella qué pensaba hacer el fin de semana, ella le ha contestado directamente que le apetecería mucho ir a dar un paseo en bicicleta, insinuando discretamente que no tendría problema en ir juntos, porque sabía perfectamente que éste es el deporte predilecto del chico.

Jack estaba perplejo. Anonadado.

-¿Pero cómo sabes tú que a ese chico le gusta ir en bicicleta...?

-¡Es evidente, Jack! ¿Cómo puedes hacerme esa pregunta...? Lleva bermudas. Fíjate en sus gemelos cuando mueve las piernas. Es la musculatura típica de un ciclista. Así que ella, con su respuesta, sabía de antemano que el muchacho accedería encantado en caso de estar interesado por ella. Y además le estaba proporcionando sutilmente a él una oportunidad para impresionarla con su fuerza y su resistencia, cosa que sin lugar a dudas encanta a los chicos.

-Pero Helen -protestó Jack- siempre piensas mal de los hombres. En realidad...

-¡Cariño, tú te has pasado todo el rato de esquiar haciendo lo mismo conmigo! -le cortó Helen sonriendo bondadosamente.

Jack sonrió a su vez. El dolor que empezaba a sentir en la caja torácica le confirmó que Helen estaba en lo cierto.

-Aún así, Helen... ¿Cómo puedes haberte dado cuenta de todo lo que sucedía en la mesa de al lado si has estado todo el rato charlando conmigo...?

Helen empezó a reírse a carcajadas.

-¡Pero si es facilísimo...! El problema es que los chicos sois un poco tontitos y no conseguís hacer más de una cosa a la vez. Seguro que tenéis un cerebro defectuoso... -respondió Helen, atragantándose de tanto reír- ¡Es broma, no te enfades!

Jack le golpeó suavemente la espalda, sonriendo a su vez.

-¡Las chicas sois imposibles! -dijo-. ¡Pero no podemos vivir sin vosotras!

-¡Ni nosotras sin vosotros! -repuso Helen. Había cambiado ahora su sonrisa por una mirada profunda, romántica. En la mesa de al lado uno de los jóvenes había empezado a cantar suavemente una conocida balada. Los acordes, en la guitarra acústica, sonaban con esa vibrante nitidez que, misteriosamente, acarician las secretas fibras de cualquier corazón joven, no importa su edad. Una de las chicas, con voz melodiosa, empezó a cantar, haciéndole coro. Sus voces se armonizaban casi a la perfección. La pasión que ponían al entonar cada sílaba, mirándose mutuamente a los labios para cantar al unísono y a los ojos, en ocasiones, para hablarse sin necesidad de palabras, hicieron que Jack diera inmediatamente la razón a Helen cuando ésta, a los pocos minutos le susurró, divertida, al oído:

-¡Bingo! Con ésta ya son tres las previsibles parejas....

El grupo decidió sentarse en el suelo, frente a la chimenea, para disfrutar más de la misteriosa fascinación que despiertan las llamas en el hogar cuando el fuego arde lenta y suavemente y quienes lo contemplan pueden hacerlo sin prisas. Invitaron amablemente a Jack y Helen a compartir con ellos la velada:

-¿Queréis que cantemos todos juntos un rato?
-sugirió una de las chicas.

-Gracias. Encantados de hacerlo -respondió inmediatamente Helen, a quien encantaba hacer amistades.

Tim se arrellanó también, amoroso, a los pies de su adorada amita pareciendo participar a su manera de esa especie de ensueño colectivo que les envolvía por momentos. Era delicioso. No quedaba ya nadie más que ellos en la sala por lo cual no hubo inconveniente en apagar las luces, dejando sólo al fuego de la chimenea la tarea de alumbrar tenuemente la estancia con su luz vacilante. Era el romanticismo en estado puro. En los instantes en los que sólo se oía el punteado de la guitarra, el tremendo contraste entre la hostilidad de la tormenta en el exterior y la entrañable calidez y seguridad que les proporcionaba el refugio, abrigándolos, inspiraba en el corazón de Helen un profundo sentimiento religioso. Pensaba en la secreta presencia de Dios en su alma. Por más tormentas espirituales que pudieran desatarse a su alrededor ella sabía que podía refugiarse en lo más profundo de su sencillo y tierno corazón, con la seguridad de encontrar allí el calor inextinguible del amor de sus queridos Jesús y María.

Los ojos se le humedecieron con lágrimas de puro gozo. Experimentaba algo misterioso, trascendente. Un

abismo de amor inefable, escondido en lo más profundo de su puro corazón, parecía atraerle hacia Si....

Jack se dio cuenta del estado de Helen.

-¿Qué te pasa? –le susurró con dulzura.

-Siento a Dios tan cerca, creo... -suspiró quedamente Helen.

Jack sintió algo de sana envidia. Daba por hecho que ella le aventajaba en mucho en su “aventura interior” hacia el Padre Dios. La abrazó aún más fuerte. Con extrema ternura y delicadeza. Se sentía como un caballero custodiando un Santuario viviente....

-Abajo hay una capilla con reserva del Santísimo ¿Qué os parece si nos vamos un rato a rezar juntos? – sugirió una de las chicas de pronto.

A todos les pareció genial. Helen y Jack decidieron ir con ellos. Les apetecía un ratito de intimidad con Dios.

La capilla estaba decorada toda ella con madera, salvo la pared del fondo, que era de piedra. Era la roca de la arista de la montaña, sobre la que el refugio estaba encajado y sustentado. El Sagrario estaba excavado en la misma peña y decorado bellamente en la parte frontal. Tenía inscrito el versículo de Mateo 11,25. La simbología que se había buscado era cautivadora. Quien, con el corazón bien dispuesto, contemplara el sagrario y se abandonara en Jesús, presente en él, podría llegar a experimentar el reposo en los brazos del que es la piedra angular de la Iglesia. Una imagen del Resucitado y otra de María con Jesús Niño en brazos completaban el conjunto. Una luz suave invitaba a la oración y a la meditación. Había la posibilidad de poner música de fondo, con toda una variedad de estilos para elegir. Decidieron, sin embargo, no poner ninguna.

-Me parece que ya sé qué van a pedir a Jesús en la oración seis personas de las aquí presentes –susurró Helen al oído de Jack, con mirada divertida.

Jack comprendió que se estaba refiriendo a las “simpatías” que había observado entre algunos componentes del grupo durante la cena.

-¡No seas mala! –le susurró a su vez, sonriendo.

Siempre le había sorprendido de Helen la facilidad que tenía para pasar de un profundo comentario espiritual a una divertida e inocente broma. Su piedad y su alegría no residían en compartimientos estancos, separados, sino que formaban un todo armónico que cautivaba al muchacho....

Evidentemente Helen “entró” en oración de manera casi inmediata. Toda ella irradiaba una paz extrema. Jack tardó algo más en sumirse en la plegaria. Su concepción de Dios era más intelectual que la de Helen. Tenía conocimientos científicos muy avanzados para su edad, consecuencia lógica de su capacidad intelectual y de los padres excepcionales que le habían tocado en suerte. No eran extraños para él conceptos como “*Tiempo de Planck*”, “*Muro de Planck*”, “*Campo de información*” y otras sutilezas por el estilo. Tenía la tendencia de empezar a orar tratando de imaginarse cómo debía ser el Dios que sustentaba el “*Campo de información*” cuántico. Pero invariablemente acudía a su memoria el consejo que le habían dado sus padres el verano pasado, un día que estuvieron charlando sobre la oración:

-No empieces por ahí, hijo. Antes que nada, Jack –le habían dicho en paternal confianza-, pide, desea, implora, suplica que tu corazón sea justificado y vivificado por la divina misericordia que Jesús nos ofrece. Para

poder ver a Dios tus ojos interiores deben ser limpios y puros. Sólo los que tienen un corazón así pueden verle. Aparca por un momento tu ciencia y con corazón sencillo y confiado pide ser sumergido en Dios. Abandónate a Él. María te ayudará si se lo pides. Recuerda que Ella es la “Puerta del cielo”. Háblales con el candor y la sencillez de un niño. Luego, cuando regreses a tus apasionantes y legítimos estudios científicos, cuando penetres y contemples los secretos del cosmos y de la vida, ellos te hablarán de la gloria de Dios, te anunciarán lo que han hecho sus manos. Ante tantas maravillas, si te mantienes pequeño y humilde, lejos del orgullo y de la autosuficiencia, tu alma magnificará a Dios y comprenderás que Él es aun más grande, tierno y poderoso de lo que habías imaginado. Romperás una y otra vez el molde anterior y te entregarás a Él con mayor abandono y confianza filial, en una espiral que te conducirá a la unión eterna con Él.

Una vez más decidió hacer caso a sus padres. Suplicó al Espíritu Santo que le guiara. Invocó a María. Luego reconoció humildemente sus culpas ante Dios. Intentó imaginar qué efectos habrían causado. Al hacerlo, entendió por qué Dios debía haberse entristecido. Se entristeció también él. Pidió perdón proponiéndose seriamente hacerlo mejor en el futuro.

Súbitamente se sintió invadido por Dios. Era como si Dios, misteriosamente, penetrara más y más en su interior sanándole de sus faltas y pecados. Era como si la Vida divina se estuviera difundiendo más y más en su corazón, inundando su núcleo más íntimo, los rincones más áridos y desérticos de su persona. Deseó que aquel momento fuera eterno. Suplicó con todas sus fuerzas que Dios permaneciera en él. Quería ser uno con Él. Deseó

ser poseído por Dios hasta el último resquicio de su ser; abandonarse sin límites a Él y participar de su dinámica de auto-donación: darse sin límites a los demás desde su inmersión en Dios. Entendió, en un brevísimo instante, que amar consiste en *“darlo todo y darse uno mismo”*, como decía la santa de Lisieux de la que tan a menudo le hablaban sus padres. Darse a Dios. Y, en Dios, darse a los otros. Su corazón comprendió que justamente la presencia de Dios en su interior, y sólo esa presencia, era lo que le capacitaba misteriosamente para darse a los demás. Intuyó que si no tuviera a Dios en su interior entonces cualquier intento de darse a los demás sería un puro voluntarismo enervante, una fanfarronada crispante, un vano intento preñado de orgullosa autosuficiencia y condenado al fracaso.

Jack, en un instante, vislumbró el valor y el sentido de la oración: la unión con Dios. Unión que nos capacita para amar a todo y a todos sin condiciones. Comprendió en un instante que todo, en realidad, era muy sencillo. Que sólo hay una cosa realmente vital: ser uno con Dios. Adivinó que si el mundo alcanza algún día la paz y la armonía lo hará sólo en la medida en que las personas estén unidas a Dios y participen con su corazón y su mente de los planes providentes de Dios, de la dinámica creativa de Dios para cada instante, para cada detalle del aparentemente monótono día a día. Dios quiere forjar héroes de la cotidianidad. Dios tiene un plan heroico para cada instante de la vida de cada persona. Y está dispuesto a concedernos la gracia para implementarlo. Pero espera nuestra colaboración. Y respeta nuestra libertad de elección.

Comprendió que sólo el verdadero amor, el que viene de Dios, puede arreglar el mundo. Nuestros cora-

ziones son en realidad como canales. Rebotan por un extremo aquello que les es dado por el otro. Este pensamiento le impresionó profundamente. Intentó formularlo de otra manera: “Si por un extremo no entra nada entonces por el otro no saldrá nada”.

Profundizó aún más en él: si las personas no se unen a Dios, única fuente de amor verdadero, entonces no podrán regalar amor verdadero a su alrededor y no podrán establecerse vínculos de verdadero amor entre las personas. Y esos vínculos de amor auténtico son indispensables. Son lo único que puede mantener unida a la sociedad y hacerla feliz. Como un organismo vivo y sano en el que todos sus miembros se interrelacionan armónicamente buscando el bien común del cuerpo. En cualquier forma de sociedad, por pequeña que sea, las relaciones carentes de amor genuino conducen a crear un ambiente que cada vez va pareciéndose más al infierno, que es el lugar donde se ha decidido definitivamente prescindir del Amor.

El gran problema de la humanidad es que quiere construir un mundo feliz a base de implementar ideas más o menos acertadas pero prescindiendo del amor en el corazón de las personas. Prescinden del Amor, prescinden de Dios. Y deifican sus propias ideas, las cuales en alguna ocasión son simplemente auténticos disparates. Es el gran problema de quienes han erigido a las ideologías como vanos ídolos de quienes se espera la salvación y la dádiva de un mundo feliz. Ideologías que, en la práctica, se han desvinculado del amor considerándolo en ocasiones incluso como una debilidad.

¡El amor una debilidad...! Solemne tontería. El mundo sólo puede edificarse seriamente cuando se ci-

menta sobre la Verdad en el Amor. Sólo el Amor puede hacer verdaderamente feliz el corazón de las personas. Recordaba ese pensamiento de San Agustín.

En un instante comprendió el objetivo de la Polar Star. Reunir temporalmente familias rebosantes de amor en cantidad suficiente como para poder mostrar al mundo una sociedad alternativa. En cierto sentido se parecía a las Jornadas Mundiales de la Juventud con el Papa. Había asistido a algunas de ellas y siempre había vuelto a casa entusiasmado. Una sociedad alternativa, en efecto, en la que sus miembros se mantienen unidos por vínculos de amor. Son felices porque, con acciones concretas y objetivas, en el quehacer del día a día, regalan y reciben el amor que inunda sus corazones. Y ese amor está ahí porque procuran estar unidos a Dios, en un proceso, una maduración, que abarca la vida entera.

El grupo de chicos y chicas que estaban en el refugio le había impresionado de veras. Tremendamente humanos, pero a la vez rebosantes de alegría, gozo y paz. Finalizada su estancia en la estación regresarían a la Tierra, donde debían seguir desarrollando su vida como cristianos, realizando su misión, la que Dios les fuera mostrando a lo largo de toda su existencia, en medio de la sociedad. Una sociedad en la que el promedio estadístico de felicidad personal era, ciertamente, muy inferior al que empezaba a observar aquí. Se preguntó qué les pediría Dios a esos jóvenes que hicieran, cuando volvieran a la Tierra, para intentar cambiar la sociedad, el mundo, y hacerlo más feliz. Un mundo, una sociedad que por cierto eran ahora más que nunca multiculturales y multireligiosos. ¿Que lucharan por implantar una u otra ideología? Veía claramente que no. ¿Qué promovieran una cruenta

revolución religiosa para salvar la humanidad? Descartó absolutamente la idea por absurda y contradictoria con la propia esencia de Dios: el amor. Sabía de sobras que Dios no quiere que vayamos imponiendo nuestras creencias a nadie. La fe no debe imponerse, sino proponerse desde el testimonio personal y colectivo. ¿Qué les pediría pues? Esa era ahora su gran pregunta....

Helen dio de pronto una cabezada. Empezaba a tener sueño.

-¿Vamos a dormir, cariño? –le preguntó Jack.

-Un ratito más. Sólo un ratito más –respondió Helen.

Jack accedió gustoso. Siguió orando con todas sus fuerzas, suplicando luz y fortaleza para vivir bien el tema de la sexualidad. Helen era en verdad muy atractiva. Iban a dormir en las literas del piso superior sin separación física alguna entre ellos. Y sin tener a ninguna persona conocida cerca que pudiera verles. Repasó mentalmente la teoría. Hacía años que sus padres le habían ilustrado con profundidad, de manera progresiva, sobre estos temas. Le habían explicado lo maravillosa que es la sexualidad cuando se vive según las instrucciones del que la ha diseñado: el mismo Dios.

Recordó el tema de la *“teología del cuerpo”* acerca del matrimonio. Partiendo del hecho de que la persona –alma y cuerpo- forma toda ella una unidad, el amor en consecuencia se expresa mediante un lenguaje corporal. En el dinamismo de la gracia sacramental la mutua entrega de los cuerpos en el acto matrimonial expresa la renovación de la alianza matrimonial, esto es, la fusión de corazones. Va contra la lógica y contra la misma dinámica del amor unir los cuerpos antes de que Dios, que es el único que

puede hacerlo, haya unido los corazones de los novios mediante el sacramento del matrimonio. Unir íntima y totalmente sus cuerpos antes del matrimonio sería como utilizar palabras que no se corresponden con la realidad. Sería como mentir.

Tenía la teoría clarísima....

Pero Helen era tan bonita que a veces no estaba seguro de poder controlarse. Era absolutamente cierto que ella le había ayudado siempre en esta ardua tarea del autodomínio. Le permitía, correspondiéndole a su vez, toda una variada gama de muestras de afecto. Pero evitando siempre aquellas que hubieran significado una donación absoluta de la intimidad personal, una donación total y sin límites, una fusión de sus personas, para decirlo en una sola palabra. No porque no deseara darse a Jack y amarle entregándosele sin límites. Sino simplemente porque Dios no les había capacitado aún para este último grado sublime de donación. Dios no había unido aún sus corazones con el misterioso sacramento del matrimonio. No les había otorgado aún el inagotable torrente de gracia que habría de capacitarlos para poder vivir su unión con la plenitud y la sublimidad con las que Dios la había diseñado desde toda la eternidad, pensando en cada matrimonio con ternura insondable, con paternal solicitud.

Helen evitaba también utilizar atuendos que fueran demasiado provocativos para Jack. Le encantaba, ciertamente, ver que volvía loco a su amado. Pero le quería demasiado como para ir jugando con la varonil sensibilidad del chico. Tenía Helen un verdadero arte en saber encontrar el punto de equilibrio en todos estos temas y agradecía siempre a Dios la gracia que le concedía al ilu-

minarla, fortificarla y guiarla para obrar con rectitud, movida por su amor a Jack.

Jack estaba ahora sumido en profunda oración. La sensación de presencia de Dios que sentía en su corazón le emocionó hasta llenarle secretamente de lágrimas los ojos....

Decidió dar un salto mortal de confianza en Dios, ***abandonándose en Él sin reservas, totalmente.*** Le entregó enteramente su corazón. Decidió aspirar a vivir en adelante unido a Dios de manera radical, sin medias tintas....

Fue en ese momento cuando su espíritu se inundó nuevamente de íntima luz espiritual. Comprendió la “lógica” de la “teoría” sobre la sexualidad. Quedó cautivado por la belleza del sentido profundo de la teología matrimonial que le habían explicado sus padres. Su *corazón entendió* que esa era la lógica de Dios en el misterio del amor matrimonial y decidió con todas sus fuerzas ser fiel a su Padre del cielo, esforzándose tanto como pudiera en colaborar con la gracia que, vislumbraba, le estaba anegando el corazón por momentos. Decidió dejarse llevar suavemente por las olas del Espíritu Santo que, aunque no podía demostrarlo con certeza, intuía que le invadían el corazón, empujándole con dulzura y suavidad a respetar “los caminos del Amor” en el camino de su amor hacia Helen.

Una mano se posó con suavidad sobre su hombro. Era ella. Su amada....

-¿Vamos? Ya se han ido todos a dormir –propuso Helen, con voz somnolienta.

-¿Qué te pasa? ¿Estás llorando? —añadió seguidamente, inquietándose por un instante al ver las gruesas lágrimas que surcaban las mejillas de Jack.

La mirada de Jack, rebosante de profunda alegría, de paz inaudita, impregnada de seguridad y decisión, tranquilizó inmediatamente a la muchacha. Y le impresionó también. Había algo nuevo en esa mirada....

¿Sabes, amor? —empezó Jack, secándose rápidamente las lágrimas con la manga del jersey- Ahora vamos a subir. Dormiremos uno junto al otro. Sabes bien que nunca te he pedido que tuviéramos relaciones. Porque sé que te hubiera incomodado. Y porque habría ido en contra de la fe que nos han transmitido. Pero en el fondo encontraba algo exagerada y retrógrada esa manera de ver las cosas. Pero hoy, ahora...

Sus ojos se anegaron de nuevo en lágrimas.

-Pero Jack... ¿qué te pasa, amor mío? —inquirió delicadamente Helen, comprendiendo que algo maravilloso debía haber ocurrido en el alma de Jack. De hecho ella había estado rezando con esa intención....

-Esta noche me ha sido dado, creo, gustar la infinita ternura que Dios nos tiene —continuó Jack-. He comprendido, creo, que los mandamientos que Él nos da no son caprichos incoherentes y arbitrarios que hay que obedecer para que no se desaten las iras de un Dios excéntrico. No. En absoluto. He recibido, creo, el don de comprender que sólo Él es la fuente misma y única de donde mana toda bondad. Una bondad y ternura infinitas que sólo somos capaces de intuir de manera exigua, porque nos sobrepasan, como sobrepasan a un bebé las ternuras con que le colman sus padres. He comprendido que lo que Él nos manda no es otra cosa que caminar por el

camino del amor verdadero en alas de su Espíritu Santo. Lo cual no significa en absoluto que nuestra colaboración con la gracia no la experimentemos también como un esfuerzo por nuestra parte. Y cuando digo esfuerzo... ¡¡¡ya sabes a qué me refiero en este tema, cariño!!!

Helen comprendió a la perfección a qué se refería Jack. Se sonrojó suavemente.

-Sí, amor. Creo que ya sé de qué me estás hablando –respondió con dulzura y comprensión-. No te pienses que a mí no me cuesta.... También debo esforzarme. No soy de piedra....

-¡¡¡Pues ya no me quejaré más, Helen!!! –continuó Jack, pletórico-. Mi corazón a partir de ahora, también en este tema, va a latir al unísono con el tuyo en el seguimiento de Jesús. Quiero que Él nos de la mano. Que nos lleve de la mano a los dos en el camino de nuestro amor. Camino de amor que, ahora lo comprendo mejor que nunca, fue Él mismo quien trazó con infinita ilusión desde toda la eternidad. Cuando nos tomemos uno al otro para siempre como esposos nuestros corazones serán ya, misteriosamente, uno sólo en el Padre, y nuestros cuerpos, al fin, en aquel día feliz, uniéndose como una sola carne, expresaran de manera palpable el colosal misterio de nuestra absoluta fusión interior, obra de Dios, a través de nuestro consentimiento matrimonial.

-¡¡¡Oh, Jack!!! ¡¡¡Gracias, Dios mío, gracias...!!! –balbuceó Helen, emocionada a su vez- ¡¡¡Cuánto he rezado para que lo entendieras...!!!

Salieron de la capilla en silencio, abrazados. Al llegar al piso superior se tendieron en la zona de las literas colectivas que les estaba reservada. Al desearse buenas noches, con un beso, Helen notó que Jack había puesto

unas mantas arrolladas entre ambos. Les separarían cosa de treinta centímetros uno del otro.

-Y “esto”... ¿qué es? ¿Una especie de barrera de seguridad? –dijo, empezando a desternillarse de risa, tapándose como podía la boca para no hacer ruido.

-¡¡¡Efectivamente!!! –respondió en voz queda Jack, algo confuso, pero con firme decisión- Eres tan bonita que no me fio de mí mismo....

-Ya. Vale. Entiendo –respondió Helen, a quien se le saltaban las lágrimas de tanto reír-. Adiós, amor. Que descanses.

Se giró de lado. A los veinte segundos su respiración acompasada revelaba que dormía ya profundamente. Aún advirtiéndolo, Jack se aventuró a despertarla.

-¡Helen! –susurró.

-¿Qué quieres, cariño? ¡Me muero de sueño!

-Helen –empezó a decir Jack-. Sí, a pesar de todo, no lograra contenerme, ya sabes...

-Amor –le cortó Helen empezando a reír de nuevo-. Yo misma en persona te daría un solemne puñetazo en la nariz. Te quedaría como un tomate durante varios días....

Luego añadió en tono más serio:

-Quédate tranquilo, Jack. Estamos esforzándonos los dos, ¿no es cierto...? Ya te he dicho que a mí también me supone esfuerzo. Dios nos ayudará. Siempre lo hace. Y si le fuéramos infieles, si nos apartáramos por un momento de su amor, Él es clemente y misericordioso. Nos perdonaría. Volvería a sumergirnos en su amor y volveríamos a luchar de nuevo. Como hacen los atletas. Quédate tranquilo, ¿vale? Y por cierto –añadió Helen con acento de absoluta complicidad- me parece genial lo de la

“barrera de seguridad” que has ideado. Nunca me has parecido tan varonil como en este momento. Si querías impresionarme te aseguro que lo has conseguido....

Le dio otro beso, más breve esta vez, y se giró de nuevo. Jack puso en marcha su cronómetro, que tenía la manecilla luminosa. La detuvo a los diecisiete segundos. Es lo que había tardado Helen en dormirse de nuevo. Como una marmota.

Él se mantuvo despierto aún unos minutos más, disfrutando del sonido del viento que silbaba con un lamento profundo y misterioso. Despertaba en su ánimo una sensación extraña. Intentó imaginar cómo había sido la vida de la Humanidad cuando las tribus vivían aún en poblados, inmersos, fundidos con la Naturaleza agreste. Pensó en los largos inviernos, con sus noches interminables de borrasca y ventisca, en chozas apenas iluminadas por toscos candiles. No le costó entender el por qué de las lúgubres leyendas y de las insólitas supersticiones de las que debían estar bien provistas las culturas en sus estados ancestrales, antes de que la luz de Cristo iluminara definitivamente a la Humanidad. Intentó imaginarse la cara de sorpresa y alivio que debían haber puesto, tras la Redención, todas las personas de buena voluntad que hubieren vivido en esas condiciones, al haber sido admitidas a las eternas estancias del cielo.

Se giró, a su vez, para no oír tanto los ronquidos de Helen. Le dolían mucho las costillas. Cada vez más.

-Debía haber pedido algún analgésico... -pensó.
Finalmente se durmió también profundamente.

La tormenta cesó al amanecer. Jack fue el primero en despertarse. No podía moverse siquiera. Le dolían

enormemente las costillas. Pensó en la caída del día anterior, mientras esquiaba. Se lo tenía merecido. Recordó el comentario de Helen antes de dormirse sobre lo que más le había impresionado de él. Sonrió para sus adentros, enormemente agradecido, porque ahora era evidente que iba a ser muy difícil impresionarla haciendo alardes físicos.

De repente notó algo caliente a sus pies. Era Tim. ¡Le estaba lamiendo los pies! No dejaban subir animales al dormitorio así que había permanecido abajo toda la noche, obediente a las indicaciones de Helen. Pero ahora el fiel can había decidido que lo mejor era ir a buscar a su amita. Viendo que dormía aún, el inteligente animal optó por no despertarla, pero deseoso de mostrar su afectividad, escogió los pies de Jack como el objetivo ideal para sus desahogos sentimentales.

Jack acarició con un pie su enorme cabeza. Tim, al notarlo, redobló sus lamidos y su efusividad dando por entendido que se le concedía carta blanca para jugar a sus anchas....

El joven comprendió inmediatamente su error. El animal empezó a subirse por encima de su cuerpo, buscando sus caricias. De repente Jack profirió un fuerte grito de dolor. Tim acababa de saltar, amoroso, directamente sobre su caja torácica. Eran cuarenta kilos de puro perro. Fue un grito agónico....

Helen se despertó, incorporándose inmediatamente.

-¿Qué pasa?! ¡Creo que has gritado! ¿Qué te pasa, Jack?

-¡Por favor, quítame a Tim de encima! –suplicó Jack-. Me duele mucho el tórax. Supongo que de la caída

de ayer. Y este energúmeno va a acabar conmigo si sigue zarandeándome de esta manera....

Helen llamó al orden a Tim inmediatamente. El animal, algo confuso y aunque no totalmente de acuerdo con la orden recibida, se sometió sin rechistar, dando por finalizada la sesión de tortura que estaba infringiendo al bueno de Jack.

El resto de los jóvenes se despertaron a su vez. El grito había sido muy fuerte. Se miraban unos a otros intrigados, intentando averiguar su procedencia.

-¡Pídeles que me ayuden, Helen! –suplicó Jack- Tú sola no podrás alzarme y yo tal como estoy no puedo ni moverme.

Helen les contó en pocas palabras a los otros la situación de Jack. Acudieron inmediatamente en su ayuda y en pocos instantes se formó un coro a su alrededor.

-¡Vaya, la que he montado! –dijo Jack pesaroso.

Uno de los jóvenes se ofreció para examinarle.

-Estoy terminando mis estudios de Medicina. Y me encanta la traumatología. Ya sabes, caderas fracturadas, espinas dorsales partidas, fracturas craneales... -dijo, poniendo cara muy seria.

Jack palideció por unos instantes.

-¡Pero si yo creo que simplemente me hice un esguince en el tórax al caer ayer esquiando! –dijo, protestando levemente.

-¡Era broma! –respondió sonriendo el futuro doctor-. ¡Anda, deja que te examine!

Lo hizo con solicitud y destreza.

-No creo que haya nada roto –dijo transcurridos unos minutos-, aunque deberán hacerse unas radiografías para estar totalmente seguros. Tiene toda la pinta de ser

un simple esguince, como tú bien dices. Habrá que hacer un vendaje compresivo provisional. El problema es que te vas a mover con gran dificultad incluso para hacer cosas muy sencillas. ¿Habéis venido solos?

-Sí -respondió Helen-. Bueno, sus padres están abajo.

-Pero no queremos preocuparlos -intervino inmediatamente Jack-. Estamos disfrutando del mes de vacaciones....

-Sí, ya entiendo -dijo el médico-. Bien, ¿y por qué no os alojáis con nosotros abajo? Estamos en Zermatt. En casa hay espacio de sobras y estoy seguro de que mis padres estarán encantados.

-¿Qué te parece? -dijo Jack, mirando a Helen.

-Por mí, vale -respondió la chica, que tampoco quería preocupar a Dick y a Susan, y menos en las actuales circunstancias, ocupados como estaban en ciertos asuntos que parecían ser muy serios.

-Decidido pues -dijo Jack.

Le ayudaron a bajar al piso inferior. En el botiquín hallaron una faja elástica compresiva en la que enfundaron a Jack, sintiéndose éste, en cierto sentido, más cómodo y protegido. Desayunaron y recogieron sus enseres con cierta prisa pues había llegado ya el transporte que debía llevarles hasta el telecabina. Era una de las máquinas que se utilizaban para arreglar las pistas. Intentarían caber todos en la cabina, apretándose un poco.

El paisaje estaba ahora de cuento de hadas. La cumbre del Cervino parecía en estos momentos más inaccesible que nunca. Las paredes de la enorme mole estaban tapizadas de nieve en gran parte de su superficie y el

blanco manto, a trechos, se mantenía en un equilibrio casi imposible.

-¡Realmente es hermoso este lugar! –comentó Helen a Jack en el momento de salir del refugio.

-¡Sí, es tan romántico...! –añadió una de las chicas.

Helen dio un suave codazo a Jack. Éste soltó un pequeño alarido.

-¿Qué pasa? –preguntó inmediatamente Harry, el médico.

Helen miró a Jack con cara asesina. Jack comprendió inmediatamente.

-¡Oh, nada! ¡Simplemente un pequeño golpe que me he dado contra el codo de Helen! ¡Soy tan despistado! –respondió Jack evasivamente.

Helen suspiró de alivio.

-Perdona –le dijo en voz baja-. Me había olvidado por un momento de tus costillas.

-Tranquila, no pasa nada –repuso Jack en un susurro-. Oye, ¿la chica esa que ha dicho que esto es un lugar muy romántico, no es la que se puso a cantar a dúo con el chico de la guitarra? –inquirió Jack con cierta curiosidad.

-Sí, claro, tonto –respondió divertida Helen-. Está coladita por él. Y él creo que va a fundirse de un momento a otro. No le ha quitado la vista de encima durante todo el desayuno.

-¡¡¡Vamos, vamos!!! –apremió el conductor de la quitanieves- Hay nevado tanto que temo aludes en varios puntos del recorrido. Prefiero conducir sin prisas para poder extremar el cuidado.

Todos se dieron prisa. El recorrido pudo hacerse sin problemas y en relativamente poco tiempo llegaron al telecabina. Ayudaron a Jack a subir y tras un descenso sin

incidentes llegaron a Zermatt. Fueron directamente al centro de asistencia médica. Tras un detallado examen se confirmó el diagnóstico inicial. Le prescribieron sólo unas pastillas que debería tomarse durante algunos días.

-Teníamos la intención de visitar la estación orbital entera casi de un tirón –dijo Jack a Harry- al salir del consultorio.

-Pues no te conviene en absoluto moverte demasiado.

-Me lo imagino -repuso melancólicamente Jack-. Por cierto, no he pagado la factura del servicio médico. Debemos volver....

-No es necesario. No debes pagar nada –contestó Harry.

-¿Cómo funciona esto? ¿No se paga nunca? –preguntó Jack con cierta sorpresa.

-Propiamente hablando, no –respondió Harry-. Simplemente han usado por un momento tu chip de control insertado en el pin. Puro formalismo. Hay muchísima gente en la estación y algún pequeño control debe haber. Sirve también para la regulación de stocks y para poderte hacer un seguimiento médico en cualquier lugar de la estación, estés donde estés. En fin, lo normal. Pero estrictamente hablando no pagas el servicio. De hecho no pagas nada. Aquí lo tenemos todo en común por libre decisión propia. No porque nadie te lo imponga por las armas en nombre de alguna pintoresca ideología....

-¿Qué lo tenéis todo en común, dices? –saltó Jack inmediatamente- Oye, no me tomes el pelo.... Nadie tiene nada en común en ninguna parte hoy en día. Todo vale dinero. Hay que comprarlo....

-Aquí no compramos ni vendemos nada, al menos en el sentido que tú le das –repuso Harry sonriendo amablemente-. Aunque el dinero y el comercio sean moralmente legítimos cuando se hace un uso éticamente correcto de ellos, aquí hemos decidido, libremente te repito, prescindir de estos instrumentos. Conseguimos sobrevivir sin ellos.

-Pero... -Jack comenzó a impacientarse- ¿cómo pagáis los impuestos para que todo funcione?

-Siento decepcionarte, pero aquí no se pagan impuestos –respondió Harry.

-¿Cómo? ¿Y entonces cómo se mantiene el Estado? ¿Cómo puede el gobierno que surge de la mecánica electoral administrar el dinero para el bien común? ¿Cómo se financian los partidos políticos...?

-Bueno, Jack, siento decepcionarte de nuevo, pero aquí no hay partidos políticos –respondió Harry, empezando a divertirse de veras con las caras que Jack iba poniendo tras cada respuesta que recibía.

-¿Estáis en régimen de dictadura, pues...? ¡¡Partido único, supongo...!! ¡¡¡O piensas lo que dicta el ideólogo de turno o “caput”...!!!

Jack pronunció esta última palabra con energía, pasándose el dedo índice por el cuello, en un rápido y divertido movimiento horizontal de significado evidente. Jack era un verdadero payaso cuando se lo proponía. Acompañó el gesto con un súbito movimiento de los ojos hacia arriba, dejándolos casi en blanco. Harry y Helen soltaron una carcajada.

-Nada más lejos de la realidad –repuso tranquilamente Harry, reponiéndose de la risa.

-¿Pero la gente no se agrupa aquí por ideologías?
-el asombro de Jack estaba llegando al colmo. Helen, silenciosa, escuchaba con extrema atención.

Harry miró a ambos con mirada profunda y alegre. Luego dijo simplemente:

-Aquí no creemos que las ideologías vayan a solucionar nada. Al menos en el sentido en el que se conciben en la Tierra. Hemos renunciado a ellas. Pero no al ejercicio de la razón. Hacemos un uso exhaustivo de ella, pero intentando tener previamente, todos nosotros, los corazones sólidamente anclados en Dios.

Jack guardó unos instantes de silencio. Estaba intentando digerir el sentido y las implicaciones de la última afirmación de Harry. Optó por continuar el interrogatorio de forma más serena ahora:

-¿Hay curas aquí? ¿Mandan los curas...?

-Sí que hay curas, claro. Pero no tienen ningún tipo de poder ni de autoridad en el gobierno de la sociedad. La sociedad la gobernamos los laicos de una manera muy peculiar. Pero oye, Jack -añadió Harry, viendo la cara de pasmarote que ponía su interlocutor-, no te precipites. No quieras entenderlo todo de golpe. ¿Qué os parece si vamos de momento a casa, os alojáis, descansas un rato y después de la comida te explico algo más acerca de todo esto...?

-Vamos pues -aceptó Helen encantada.

Bajaron unas cuantas calles y llegaron enseguida a casa de Harry. Lo primero que hizo éste, por deformación profesional quizás, fue insistir a Jack para que se tomara las pastillas que le habían recetado. Jack le pidió que se las sirviera con algo de brandy, a ser posible, porque se sentía muy débil y alicaído a causa del dolor.

-Está contraindicado –respondió tajantemente Harry-. Es un medicamento extremadamente fuerte.

-Aún así... te lo suplico, por favor. No puedo con mi alma –insistió Jack.

Harry consintió a regañadientes y le ofreció una botella de licor que sacó del armario del comedor. Jack se sirvió una cantidad triple de la normal. Harry hizo con la cabeza un gesto patente de desaprobación. Volvió a guardar la botella en su sitio y fue a cambiarse. En menos de dos minutos volvió a estar con ellos e inmediatamente les presentó a sus padres. Era día de fiesta local y estaban presentes ambos. Ni que decir tiene que les recibieron encantados. La madre, después de mostrarles sus habitaciones se encaminó directa a la cocina.

-Va a cebaros –dijo Harry en voz baja, sonriendo-. Siempre hace lo mismo con todos los invitados. Cuando se marchan hay que recogerlos con una grúa....

Helen puso cara de susto.

-Bromeas, claro... –sugirió esperanzada.

-En absoluto –repuso Harry-. Por cierto, ¿me disculpáis un momento? Tengo que hacer una llamada. He pensado que quizás Laura pueda venir a comer con nosotros. No le diré nada a mamá hasta el último momento y así tocaremos a menos calorías por persona, porque seremos más a repartir, lo cual supongo que nos aliviará a todos... ¿no es cierto, Helen?

Sí, claro. Por supuesto –respondió la aludida, con un atisbo de incredulidad en su mirada. Harry llevaba ahora pantalón corto. La musculatura de sus piernas delataba su deporte favorito. Era evidente que las calorías no representaban un gran problema para él.

Jack leyó en los ojos de Helen. Sabía lo que estaba pensando ella....

-¿Quién es Laura, Harry...? ¿Tu querida novia...?
-preguntó Jack de repente, con ojos algo vidriosos, a su desprevenido anfitrión.

Helen palideció. Hubiera querido fundirse. Que se le hubiese tragado la Tierra. ¿Cómo podía ser Jack tan indiscreto? Lo traspasó con la mirada.

Jack comprendió que se había excedido en la pregunta. No entendía cómo se le había soltado la lengua con tanta facilidad. Cierta hedor etanólica procedente de su estómago y el envoltorio que tenía aún en la mano de las grageas que acababa de tomarse le dieron las pistas necesarias para resolver el enigma.

Harry tragó saliva, desconcertado. Incluso se puso algo nervioso. Vaciló por unos instantes como si dudara qué contestar. Era evidente que la pregunta le había hecho mella.... Finalmente recobró su serenidad.

-Bueno, supongo que lo mejor será contároslo -empezó a decir con cortesía y decisión-. ¿Sabes, Jack? He visto la mirada que te ha dirigido Helen. Tiene razón en que me has formulado la pregunta de manera inconveniente, a quemarropa, sin ningún tipo de discreción. Pero ya te advertí que no debías mezclar alcohol con las pastillas. Y te pegaste un lingotazo de órdago. De manera que has perdido en parte el control de tu mente. Se te pasará en un rato. Pero por favor, no bebas más. No te enfades con él, Helen. Ha formulado su pregunta sin aplicar ningún filtro previo....

-Respecto al tema de Laura -prosiguió Harry, con temple-, la cruda realidad es que no es mi novia. Ni tan siquiera estoy saliendo con ella. Pero si queréis saber la

verdad os confesaré que estoy loco por esa chica. Esta noche pasada, en la capilla del refugio, mientras rezábamos todos juntos, decidí pedirle para salir. Y no exactamente como simples amigos, sino de manera formal, ya me entendéis. Habíamos quedado ir en bicicleta este fin de semana. Es divertido intentar andar sobre dos ruedas por encima de la nieve.... Pero lo vuestro lo cambia todo un poco, dado que quiero atenderos. De hecho se me acaba de ocurrir que vuestra presencia puede ser un argumento excelente para invitar a Laura a que pase el fin de semana aquí conmigo, todos juntos, con mis padres, con la excusa de hacerlos compañía. Por poco que se presente la ocasión pienso lanzarme en picado y confesarle lo que siento por ella....

-Te dirá que sí –intervino Helen, audazmente-. Está colada por ti.

Harry, sorprendido, se quedó mirando a Helen sin decir nada.

-Si éste es el parecer de Helen –dijo Jack esforzándose por medir al máximo sus palabras, pues notaba que el cóctel que se había despachado le estaba machacando por momentos-, entonces enhorabuena, Harry. Es cosa segura. Helen es un auténtico genio en estos temas....

-No será tanto –matizó, divertida y humilde, la romántica Helen.

Los ojos de Harry destellaron al instante, como si un torrente de esperanza hubiera inundado repentinamente su corazón, que estaba en ascuas por el desconocimiento de los sentimientos de Laura hacia él.

-¿Pero cómo puedes estar tan segura, Helen? -dijo Harry reaccionando inmediatamente y con lucidez- Ni

siquiera sabes con certeza cuál de las chicas del grupo es Laura...

-Oh... ¿no es la chica que se sentaba a tu izquierda a dos sillas de distancia en la cena de ayer? –repuso Helen.

-¡¡¡Sí!!! –respondió Harry, empezando a emocionarse de veras.

-Entonces... ¡¡¡a por ella!!! No te lo pienses ni un minuto más. Te está esperando –afirmó Helen tranquila, serena y con absoluta convicción.

-¿Voy preparando los anillos...? ¿Quieres que sea yo el padrino de boda? ¿Voy escribiendo el verso? ¡Se me da muy bien! ¡Compondré algo que refleje el entusiasmo de vuestras miradas ayer a la hora de cenar! ¡¡¡Además, seguro que lo recitaré mejor que ese amigo tuyo, ése que explica tan mal los chistes!!! ¡¡¡Supongo que la otra chica se los reía porque debe estar colada por él...!!! –dijo Jack de un tirón, soltando una colosal carcajada.

-¡¡¡Por Dios, Jack!!! ¡¡¡Basta ya!!! –atajó Helen, molesta- Estas haciendo el ridículo.

-Lo que debes hacer ahora mismo es retirarte a descansar un mínimo de tres horas –respondió Harry, mirando a Jack con cierta severidad.

Jack obedeció y se retiró a descansar inmediatamente. Estaba avergonzado por la escena que había organizado. Helen subió con él para hacerle compañía.

-Realmente esto es alucinante –empezó a decir Jack una vez acomodado en la cama. Ahora le dolía ya mucho menos.

-Sí, realmente lo es –respondió Helen, mirando a Jack con expresión extremadamente bondadosa, aunque

sin saber exactamente a qué tipo de alucinación se refería Jack, dado su estado....

-Me muero de ganas por oír el resto de la explicación que nos ha prometido Harry referente al funcionamiento de las cosas aquí arriba –continuó Jack-. Intentaba disimular y mostrarse normal, pero sabía que había metido la pata. En su fuero interno agradecía enormemente a Helen que se mostrara tan comprensiva. Deseaba recobrar su lucidez y serenidad tan pronto como fuera posible....

-La verdad es que es muy interesante y suena todo muy bonito y lógico –asintió Helen-. Pero en este momento lo que me tiene en ascuas es saber cómo va a moverse Harry con el tema de Laura. Este Harry parece muy buen chico.

-¿Por qué eres tan cotilla, Helen...?

-Simplemente porque me gusta ver feliz a la gente. Yo lo soy mucho contigo. Te quiero con locura, incluso cuando cometes alguna tontería como la que acabas de hacer abajo.... Me doy cuenta de que encontrar a tu media naranja es lo mejor que puede pasarte en la vida....

Helen se tendió también. Tenía cansancio acumulado, así que se durmió profundamente. Jack también cayó redondo, aunque su sueño, de varias horas, no fue tan apacible como el de Helen.

No oyeron como les llamaban desde abajo, ni el rechinar de los escalones de madera de la escalera crujiendo levemente bajo el peso combinado de Harry y Laura que subían a buscarles. Harry dio unos suaves golpes en la puerta de la habitación.

-¿Siii...? ¡Adelante! –balbució Helen, desperezándose.

-¿Los señores tendrán la bondad de bajar al comedor? La comida está servida –dijo Harry, bromeando, al entrar en la habitación junto con Laura.

Una Laura radiante y serena. Con ojos que denotaban una paz profunda. Pero que a la vez transparentaban una enorme potencia interior lista para desencadenarse. Como la de los atletas en la pista cuando esperan la señal para empezar la carrera.

Laura estaba aquí. Y era evidente que se sentía pero que muy a gusto al lado de Harry. Helen lo captó inmediatamente. En un instante se hizo cargo de la situación. Harry había decidido atacar y ella tenía razón en lo que se refería a Laura. Interiormente dio un suspiro de alivio. Su intuición tampoco le había fallado esta vez. Quedaba por saber hasta qué nivel de profundidad Harry había desvelado sus sentimientos a Laura. Ya se vería. En cualquier caso ella, ahora, procuraría no influir en nada.

-¡Vaya! ¿Ha aumentado el comité de recepción? –dijo Jack desperezándose. Su mente estaba ahora de nuevo bajo control.

Sí –respondió alegremente Harry-, vosotros sois dos y el comité de recepción debe al menos igualaros en número. Así que le he pedido a Laura que me acompañe en las tareas de anfitrión....

-¿No es cierto, Laura? –añadió Harry dirigiendo su mirada hacia la chica, con rostro risueño, aunque con ojos que denotaban a la vez profunda ilusión y una cierta dosis de comprensible nerviosismo.

Realmente era necesario ser idiota para no darse cuenta, desde tres kilómetros de distancia, de que Harry estaba loco por Laura.

-Así es. Me ha pedido que le acompañara –aquí la voz de Laura vaciló por un instante- y le he contestado que me parecía perfecto.

Ayudaron a Jack y bajaron los cuatro al comedor.

-¡Oye! –exclamó Jack-. Me encuentro mucho mejor. ¿Qué pastillas me habéis dado?

-Pues verás –empezó Harry-. Hígado de salamandra con pulpa de cerebro de urogallo. Todo ello convenientemente emulsionado con riñones de gato negro y...

-¡¡¡Por Dios, Harry!!! –gritó Helen, a quien le causaban repugnancia este tipo de bromas.

-Pues me parecía haber notado un cierto sabor a páncreas de rata gris.... De esas bien cebaditas, ya sabes... –continuó Jack.

-¡¡¡Jack, basta!!! Vais a conseguir que no tome nada para comer y a juzgar por lo que estoy oliendo va a ser algo riquísimo –suplicó Helen de nuevo.

En efecto, la madre de Harry acababa de batir su propio récord. Había comida para un regimiento. Les esperaba sonriente, junto a su marido.

La comida fue opípara. Tras los postres se sentaron alrededor de la chimenea los cuatro. Afuera había empezado a nevar de nuevo. Tim se echó, evidentemente, a los pies de Helen. Reposó, según tenía por costumbre, su enorme cabeza sobre los pies de la chica. Se diría que estaba en éxtasis canino.

Jack fue el primero en entrar en tema. Lo hizo directamente, sin rodeos, según su estilo habitual. Tenía la cabeza bien despejada ya.

-Cuéntame cómo organizáis todo esto. Me tienes en trance –empezó diciendo.

Todas las miradas se dirigieron a Harry. El joven miró lentamente a Jack y a Helen. No miró a Laura. Sabía de sobras que ella le estaba mirando, pendiente de lo que dijera. De alguna manera iba a mostrar la quintaesencia de su pensamiento y de sus creencias. Harry sabía que Laura era una chica profundamente religiosa. Adivinaba en ella una vida espiritual de un calado vertiginoso. Algo parecido a un horno encendido, candente. Con un único deseo. Arder más y más en las dos facetas del amor. El amor a Dios y el amor al prójimo. Harry tenía la sensación de estar a kilómetros de distancia espiritual de ella, pero deseaba “pegarse a su rueda”, expresado en términos ciclísticos....

Tragó saliva y empezó a hablar, dando lo mejor de sí mismo. Se notaba que le iba la vida en cada palabra:

-Veras, Jack. Nuestra creencia más profunda es que Dios es amor misericordioso, esto es, amor infinito que quiere dársenos sin ningún tipo de límites. Con potencia infinita. Con ternura insondable. Si pudiéramos por un momento entender cómo somos amados por Dios nos fundiríamos, no podríamos resistirlo.... Nos moriríamos de puro éxtasis. Y esto de manera independiente de cuan miserables seamos nosotros. Más aún. Cuanto más ruines seamos más empeño tiene Él, por decirlo de alguna manera, en anegarnos literalmente en su amor.... Creados a su imagen y semejanza, su proyecto es tan simple como inaudito e inconcebible: divinizarlos. Fundirnos en la Trinidad. Hacernos participar de su propia vida divina....

Jack abrió la boca de par en par.

-¡Vaya con Harry!- pensó.

Helen se arrellanó en la butaca, suspirando con fruición. ¡Qué bien sonaba lo que estaba diciendo Harry! Su corazón sencillo y tierno se estremecía de gozo y admiración ante estos pensamientos. Laura escuchaba. En absoluto silencio. Estaba emocionada. Tenía toda su alma concentrada en sus ojos y sus oídos. La conversación que había tenido a solas con Harry hacía unas horas había sido como el preludio de una sinfonía maravillosa. Pero ahora la orquesta estaba empezando a plasmar una partitura maestra. Intuía que Harry quería impresionarla, como todo chico a su amada. Pero nadie puede dar lo que no tiene. Y Laura se sentía muy capaz de distinguir entre una simple lección de teología espiritual, aprendida de memoria, y una reflexión apasionada que intentaba sintetizar, en la medida de lo posible, el misterio de la experiencia interior de un corazón “loco” por Dios. Ella sentía unos enormes deseos de entregar su corazón a Harry. Pero quería conocerle un poco más para estar totalmente segura. Sus ojos se humedecieron ligeramente. No había contado con que Harry empezara su discurso con tanto ímpetu y fuerza....

Harry advirtió el brillo húmedo en los ojos de Laura. Esto fue para él como el detonante final. Tragó saliva de nuevo, sobreponiéndose al nudo que había empezado a formársele en la garganta, y se lanzó definitivamente. En tromba. Desmelenándose en cada palabra que pronunciaba.

-¿Sabes, Jack...? -continuó Harry- Este Dios apasionado por el hombre quiere atraerlo hacia Él, haciéndole crecer paulatinamente en el amor. Para conseguirlo ha concebido un plan para la vida de cada persona, destinándole a una misión concreta. Una misión que, en

síntesis, consiste en pasar haciendo el bien de mil formas concretas y diversas. Para ello da a cada uno unos talentos particulares que le capacitan para esa misión, con la ayuda de la gracia. Un plan que contempla hasta los detalles más mínimos y aparentemente insignificantes. Previendo de antemano, en su infinita sabiduría y conocimiento, las decisiones buenas o malas que libremente irá tomando cada persona durante su vida, le espera en cada nueva encrucijada del camino interior para atraerle hacia Él. Por poco que el hombre le abra el corazón y le deje, voluntariamente, aunque sea sólo un simple resquicio, Dios procura inundarle con su perdón si es necesario, y con su gracia, capacitándolo para obrar el bien, esto es, confiéndole libertad para andar por los caminos del amor, según los planes trazados de antemano, desde toda la eternidad, con infinita ternura e ilusión por el Buen Dios para él. Si la persona descubre el tesoro de la verdadera oración puede entonces abismarse en el mismo Corazón de Dios. Y allí, en íntimo e inefable coloquio con su “Papaíto”, porque ése es el significado real de la palabra hebrea “Abba” que utilizaba Jesús en su oración dirigida al Padre, entonces, digo, con la candorosa sencillez con la que se dirigen a Dios los grandes orantes, con filial ternura, contemplará las “pistas” que Dios le muestra en los acontecimientos del día a día. En este clima de oración podrá meditarlas y, de la mano de la más tierna de las madres, María, puerta del cielo, puerta secreta y escondida que pocos encuentran, empezará a vislumbrar lo que Dios quiere darle a entender que haga en ese momento concreto, en la situación presente en la que se encuentra.

-Poco a poco, Harry.... Me cuesta seguirte –dijo Jack exhalando un tenue suspiro y gesticulando ligera-

mente con ambas manos-. Has empezado muy fuerte. Yo no te pedía un discurso magistral sino simplemente que me explicaras un poquito cómo lo organizáis todo aquí arriba...

Harry le miró con bondad.

-Pero lo que te estoy diciendo es absolutamente indispensable para que comprendas cómo nos organizamos, Jack –respondió serenamente Harry-. Sólo pueden comprenderse los planos de un edificio si se conoce previamente que existe la ley de la gravedad. Quien la ignore puede infravalorar cualquier proyecto arquitectónico, considerándolo aburrido, o poco “atrevido”. Quien, aun conociendo la ley de la gravedad, quiera ignorarla, probablemente diseñará proyectos arquitectónicos condenados de antemano al fracaso, porque no pueden sustentarse por ningún lado si no se atienen a las ecuaciones que rigen el cálculo de estructuras....

-Te entiendo –respondió inmediatamente Jack-. Es como que alguien vaya recetando medicamentos de manera arbitraria, sin tener ningún conocimiento del funcionamiento del organismo....

-¡Exacto! –dijo Harry, aliviado.

-Y aquí, si lo he entendido bien, lo que importa de veras para empezar a “construir” es darse cuenta de cuánto nos ama Dios. Creer de veras que nos ama con un amor insondable. Un amor dispuesto a hacer verdaderas “locuras” por nosotros... -añadió Jack.

-¡Exacto! ¡Muy bien, Jack! –corroboró Harry, animándose por momentos.

-Continua, te lo ruego –suplicó Jack.

-Te estaba hablando de la oración –prosiguió Harry-. Te había dicho que la persona orante descubre en

la oración los “signos del tiempo”, la voz de Dios que le habla a través de los acontecimientos del día a día. Pues bien, es también en este íntimo coloquio con el Santo Espíritu donde el orante contemplará las caricias sin palabras que Dios hace en su alma, esas secretas intuiciones interiores que son como intangibles murmullos preñados de mensaje y sentido. Ansiará armonizar estas intuiciones interiores con lo que ha creído entrever a través de las “pistas” de los acontecimientos de las que antes te he hablado y se esforzará en encontrar una síntesis de ambos elementos desde el claroscuro de la fe. En ese discernimiento necesitará escuchar atentamente, con una mente y un corazón adheridos al Padre, la voluntad eterna de Dios, inscrita en el corazón mediante la ley natural, ésa que reconocen todas las personas de buena voluntad. Y como no puede ser de otra manera, todo el conjunto debe vivificarse con el perfume que asciende del jardín de la Biblia, leída en el seno de la Iglesia, nuestra Madre y Maestra. Y cuando menciono las Sagradas Escrituras entiendo que hay que leerlas en alas del Santo Espíritu y no como se lee un libro cualquiera, un conjunto de hojas muertas.... Si todo sigue “encajando” en su proceso de discernimiento, entonces intentará implementar con decisión y humildad lo que entiende en su conciencia que es el proyecto de Dios para él, aquí y ahora. Porque existe un proyecto de amor para ti, para mí, para nosotros, para todos.

Y aún un poquito más, Jack –continuó Harry-. Esa persona deberá contemplar los frutos del Espíritu Santo: el gozo, la paz, la paciencia, la bondad..., que se deriven como consecuencia de la decisión tomada. La presencia de esos frutos dará la certeza al alma orante de haber sabido reconocer el proyecto de Dios para él.

-¿Y si no aciertas...? –intervino Jack, casi sin aliento.

La ausencia de los frutos del Espíritu en él –prosiguió Harry-, es decir, el deterioro del gozo, la paz, la paciencia, el amor interiores le advertirá de que su discernimiento no ha sido acertado. ¿Qué hacer entonces? Fácil. Vuelta a empezar. Es como un divertido juego entre un hijo y su padre. Un apasionante “juego” de amor entre nosotros y nuestro Padre, que se deleita viéndonos cómo intentamos corresponder a sus dones, esforzándonos al colaborar con su gracia. Su delicia es hacer crecer en el amor a las personas. El amor en nuestros corazones y entre los corazones es lo único que le complace de veras....

-¿Y en la vida comunitaria cómo lo hacéis? –prosiguió Jack, en su tenaz interrogatorio.

Pues es muy simple –dijo Harry-. Si has entendido lo anterior entonces aplícalo ahora a nivel de vida comunitaria. **Debo reconocer que, aunque en la teoría es muy sencillo, en la práctica sólo se logra con un gran esfuerzo por parte de todos, porque nadie de nosotros es aún un santo.** Ése es el problema. Pero la idea es muy sencilla, como te digo. En efecto, dado que todos aquí compartimos las mismas creencias e intentamos vivir nuestra fe con radicalidad, partimos de la idea de que la autoridad, la única verdadera autoridad es la de nuestro Padre amado del cielo, que tanto nos quiere. Y fíjate que el sentido profundo de la palabra “autoridad” nace del concepto de “autor”, es decir, del que “crea” algo. Nuestro Padre del cielo es el que nos ha creado y el que nos ofrece su mano para seguir modelándonos en el amor, por puro amor, durante toda nuestra vida. Él es pues

nuestro autor. Nosotros somos como misteriosas y libres vasijas de barro en manos del alfarero.

-Suena precioso –dijo Helen interviniendo-. Mi “papá” del cielo me va modelando con inmenso cariño día a día, en cada instante de mi vida, quizá incluso sin que yo misma lo advierta.... ¡Me encanta la idea!

-Es realmente reconfortante pensar que hay Alguien infinitamente bueno e infinitamente poderoso que se ocupa de cada uno de nosotros, en cada instante de nuestra vida, en cada situación... -corroboró Harry, emocionándose ligeramente-. Pues bien, como te iba diciendo, Jack, si Él es nuestro “autor”, justo es que refiramos a Él el origen de toda autoridad. Eso es lo que cada uno hace a nivel personal. Libremente se somete a la amorosa “autoridad” de su Padre, que le indica los caminos para crecer en el amor y le provee de lo necesario para ello. A nivel comunitario partimos de la misma concepción. Cuando debe decidirse algo nos reunimos en un clima de oración, procurando discernir la voluntad de Dios para la comunidad según el sistema que antes te he comentado. Lo hablamos entre todos, recogiendo, aunando los criterios, procurando sintetizar.... **Es un esfuerzo no pequeño en ocasiones.** Unos hablan demasiado. Otros son muy tímidos. Los temperamentos son diversos. **No pocas veces se originan discusiones acaloradas.** En esos casos la oración, la alegría y el buen humor resultan ser unas medicinas estupendas....

-Intentamos, por lo tanto –continuó Harry-, conseguir siempre un **consenso**. Los sistemas de comunicación de que disponemos nos permiten interrelacionarnos con extrema facilidad. Una vez conseguido el consenso hay que implementar las decisiones tomadas. Para ello,

evidentemente, a efectos prácticos, debemos elegir unos “jefes”, unas personas que se dediquen a servir a la comunidad implementando las decisiones, coordinando equipos y comisiones delegadas. Elegimos a los más santos y más sabios de entre nosotros para estos cargos, que van renovándose periódicamente, aunque cabe siempre la posibilidad de pedir a alguien que continúe ejerciendo el cargo, si lo consideramos oportuno.

-Bueno, está claro que a mí nunca me elegirían para nada –dijo Jack, con modestia.

-No digas tonterías, cariño –objetó Helen-. Sabes de sobras que vales mucho....

-No creo. Siempre meto la pata en todo –protestó Jack, con aire alicaído.

-No será tanto –dijo Harry mirándole con complicidad-. Que uno meta la pata un día no quiere decir que lo haga todo mal....

-Continua, te lo ruego –dijo Jack simplemente, mirando a Harry con cara de agradecimiento....

-Pues bien, lo que sigue es obvio –continuó Harry-. Ni que decir tiene que para muchos temas las decisiones las toman directamente los mismos jefes locales. Es necesario que la comunidad confíe a ellos, a efectos prácticos, un montón de decisiones. En caso contrario estaríamos todo el día interrelacionándonos para discernir y no nos quedaría tiempo para trabajar, para rezar, para la vida en familia.... Porque nuestra sociedad pretende ser, cada vez más, una familia de familias. Con un único Padre, Dios. Y con una madre, María.

-Me dijiste antes que los sacerdotes no ejercen ningún tipo de poder público –evidentemente era Jack

quien seguía exprimiendo a Harry, como si de una naranja se tratara. Quería sacarle hasta la última gota de zumo.

-Efectivamente –respondió Harry, incansable-. Los sacerdotes hacen aquí exactamente lo mismo que en cualquier parroquia de la Tierra. El “territorio” de la estación forma parte de una diócesis de la Tierra, así que los sacerdotes están bajo la autoridad de su obispo correspondiente.

-Una última cosa, Harry –dijo Jack-. Pienso que este modelo de aquí difícilmente puede aplicarse en la Tierra. Estamos en una sociedad multicultural y multireligiosa. Y evidentemente no vamos a dedicarnos a imponer nuestra fe a nadie. La fe no se impone, se da testimonio de ella más bien. Ése es como el núcleo del cuarto Evangelio, el de San Juan....

-En efecto, Jack, lo has dicho muy bien –asintió Harry.

-Entonces... ¿qué debemos hacer abajo? Me refiero a la actividad política. Doy por supuesto que a nivel personal cada uno intentará, en el seno de la Iglesia, caminando junto a sus hermanos en la fe, con la ayuda de los sacramentos..., en fin intentará vincularse cada vez más a Dios. Y como inseparable consecuencia y condición, intentará vincularse con lazos de verdadero amor a los que tiene a su alrededor. Todo esto lo doy por supuesto. Pero la pregunta es la siguiente ¿Qué debe hacer un cristiano en la vida política? ¿Cómo puede intentar cambiar la sociedad y hacer que funcione?

-La respuesta es simple –respondió inmediatamente Harry-, pero no sé si te va a convencer. Fíjate. Aquí arriba estamos mostrando el único camino que existe, según nuestra fe, para que la sociedad funcione bastante

bien, aunque no de manera perfecta aún, porque la perfección sólo la viviremos en el cielo. Pero en la Tierra, en efecto, vivimos mezclados un montón de personas. Con un montón de creencias diversas. Algunas, por cierto, un poco pintorescas. Pero no entremos ahora en detalles.... Vivimos también, codo con codo, con un montón de personas que se autodefinen como agnósticas. Otras ateas. La mezcla y la variedad son formidables. Y evidentemente debemos intentar que esa sociedad pluriforme funcione lo mejor posible. Fíjate, Jack. **Lo mejor posible. Ahí está la respuesta.** Los cristianos, en la política, debemos intentar que la sociedad funcione lo mejor posible. Porque sabemos que sólo hay una manera de que la sociedad pueda superar la grisácea mediocridad que se constata leyendo cualquier libro serio de Historia universal: **la sociedad sólo alcanzará la paz cuando dirija su mirada con confianza y abandono filial a la Divina Misericordia.** Eso es lo que con lucha, esfuerzo y **no poca cruz** intentamos hacer aquí arriba.

En la Tierra, hacerlo lo mejor posible en cuanto a política significa simplemente **implicarse en la vida política tal y como lo enseña el Magisterio de la Iglesia.** Aceptando de antemano no tener ninguna garantía de que la sociedad vaya a cambiar. Podría hacerlo, ciertamente. Cuando Madre Teresa o Juan Bosco abrieron sus corazones a Dios de par en par, un torrente de bendiciones inundó el mundo alrededor de sus parcelas existenciales....

-Yo estudié en los salesianos –corroboró Jack-. Conozco muy bien las heroicidades de ese sacerdote italiano. Miles y miles de muchachos le deben, por decirlo así, sus vidas.... Empezó su labor en un ambiente en el

que los jóvenes sin recursos económicos vivían en unas condiciones marginales. Muchos de ellos hubieran terminado en el presidio, o en el cementerio... antes de hora.

-En efecto, Jack –prosiguió Harry- miles y miles de personas pueden testimoniar que su vida hubiera sido tremendamente más triste si estos dos santos no hubieran existido. Madre Teresa y Juan Bosco abrieron sus corazones a Dios sin miedo, de par en par. Pero ese abrir el corazón fue una libre decisión personal que ambos tomaron. Dijeron sí a Dios. Pero podían haberle dicho no. Y entonces la historia de esos miles de pobres de que hemos hablado hubiera sido distinta de lo que fue. Por tanto, y aunque suene un poco raro lo que voy a decirte ahora, fíjate bien en una cosa muy curiosa: el bienestar, paz y prosperidad del mundo, que Dios está ansiando concedernos, depende en cada momento y en cualquier caso de unos siete mil millones de libres decisiones personales. He ahí el por qué no tenemos ninguna garantía de éxito. Jesús formuló una pregunta extremadamente profunda: *“¿Cuándo vuelva el Hijo del hombre, encontrará fe sobre la tierra?”*. No sabemos pues qué nos deparará la historia. Sabemos que podría ser distinta, ciertamente. Pero todo depende de nosotros. En cualquier caso es un imperativo moral hacer bien nuestra parte, la que depende de ti, de mí, de Helen, de Laura.... Ya me entiendes lo que quiero decirte.

-No creer en el amor que Dios nos tiene. Ahí reside la raíz de todos los problemas de la sociedad –balbuceó Jack, como hablando consigo mismo, quedándose absorto por unos instantes.

-Efectivamente, Jack –reaccionó Harry, apasionado-. Fíjate que el porcentaje de personas que conocen el

amor que Dios nos tiene parece ser pequeño aún. Un ejemplo puede ayudarte a entenderlo. Imagínate por un momento que en algún Parlamento del mundo se levantara un político y dijera algo parecido a: *“Señores diputados, quiero sugerirles que intentemos ponernos en oración para intentar comprender qué desea Dios que hagamos en este tema concreto que estamos tratando...”*. Bueno, puedes imaginarte sin dificultad que la carcajada que se oiría sería fenomenal, apoteósica. Calculo que se necesitarían varias horas para que sus señorías recuperaran el aliento y se serenaran un poco después de haberse tirado por el suelo partiéndose de risa. Quizá no todas sus señorías. Pero probablemente bastantes. Y si esa sesión se hubiera retransmitido en directo por televisión y la gente de la calle hubiera oído la osada propuesta del diputado **que conoce el amor que Dios nos tiene**, entonces.... Bien, supongo que la carcajada colectiva hubiera puesto en peligro la seguridad nacional. Se hubieran activado los planes de emergencia para casos de inundaciones, para controlar los ríos de lágrimas de risa que hubieran anegado las calles del país....

Todos sonrieron. Harry había expuesto esta última idea en forma divertida. Sin embargo no se vieron con ánimos para pasar de la sonrisa a la carcajada. Porque el tema era serio, muy serio. Tenían la sensación de que Harry había hecho diana en su diagnóstico.

-Ése es en realidad el gran problema, la raíz de todos los problemas, de todos los males del mundo. **No confiar en Dios. No creer en su amor. En el fondo estamos cayendo una y otra vez en la misma trampa en que ya cayeron Adán y Eva, en los albores de la Humanidad** –concluyó Harry, intentando sintetizar su pensamiento.

Jack se sumió unos instantes en profunda reflexión. Todo él parecía vibrar. La luz que se hizo en su mente pareció dinamizar su ánimo en tal forma que podía temerse en cualquier momento una explosión de entusiasmo en el joven. La visión de conjunto le había convencido. Era como si de repente alguien le hubiera puesto en orden la carga de la mochila de sus problemas, equilibrándola. La carga seguía siendo la misma, pero ahora era muchísimo más fácil de llevar. Ahora la mochila no amenazaba con tirarle al suelo....

Harry se quedó callado ahora. Tenía un aspecto semejante al de un esquiador cuando finaliza un descenso de varios kilómetros a enorme velocidad. Incluso tenía algunas gotas de sudor en su frente.

Helen no pudo contener unas lágrimas silenciosas, que se deslizaron por sus mejillas.

-¡Sabía que tenía que ser así! **¡El mundo no puede alcanzar la paz si no es acogiendo el Amor que Dios nos tiene y dejándose llevar por Él, obrando en la Verdad!** ¡Sabía que tenía que ser así, no podía ser de otra manera...! –dijo Helen en un tenue susurro, como hablando consigo misma. Sentía su corazón, en ese momento, como desbordado por el amor de Dios.

Laura tenía los ojos cerrados, pero brillaban lágrimas en sus pestañas. Harry había superado sus mejores expectativas. Ciertamente ya tenía formado un gran concepto de él. Pero el contenido de su discurso y el énfasis, el entusiasmo vital, la energía que había derrochado en su exposición, le habían mostrado, en cierto sentido, el interior de Harry con más claridad que nunca. Y lo que había visto, su cautivadora buena voluntad, le había seducido definitivamente. Hacia sólo unas horas Harry le había

pedido salir juntos formalmente. Ella se había limitado a sonreír ilusionada y había accedido inmediatamente y con extremo agrado a acompañarle a su casa para atender a Jack y Helen. Pero estrictamente hablando aún no había respondido a la propuesta del joven. Ahora, tras la bellísima revelación que éste había hecho de sí mismo al responder a las preguntas de Jack, todas las piezas habían “encajado” en el corazón de la joven. Sentía en su interior la certeza de que Harry era su chico....

Laura abrió los ojos lentamente. Se sentía inundada de una paz extrema, de una alegría tranquila, de un gozo sereno. Comprendió que ahora era el momento. Tomó por unos breves instantes las manos de Harry entre las suyas y con mirada penetrante y apasionada le miró fijamente a los ojos, haciendo con la cabeza un ademán afirmativo cuyo evidente sentido comprendió Harry al instante. Los ojos de ambos brillaron con esa misteriosa densidad que sólo el amor puede conferir. Laura, después de darle un ligero y tierno apretón retiró sus manos discretamente....

Tim se puso en pie de un salto y empezó a ladrar. Corrió hacia la ventana y ladró con más fuerza. Acto seguido se dirigió hacia la puerta y se encaramó en ella intentando accionar el pomo con una pata, aunque sin conseguirlo. Era evidente que quería salir fuera. Jack, Helen, Laura y Harry se miraron sorprendidos. Los dos últimos no conocían las costumbres de Tim, pero sí Jack y Helen. Esta última, de manera especial.

-Quiere salir –dijo Jack inmediatamente.

-Sí. Y por algún motivo serio. Tim no se inmuta por tonterías –añadió Helen.

CAPÍTULO V

**ACCIÓN, ACCIÓN,
Y
MÁS ACCIÓN...**

Los cuatro se levantaron y se acercaron a Tim. El animal quería salir a toda costa. Movía la cola de un lado para otro con gran vivacidad.

-No es inquietud lo que tiene, sino extrema alegría. Quiere salir fuera para encontrarse con alguien a quien quiere mucho –dijo Helen con seguridad-. Pero no entiendo quién puede ser, aquí y ahora. Con la nevada que está cayendo....

-Dejadle salir –intervino Harry-, y saldremos de dudas.

-Será lo más acertado –asintió Helen que intentaba inútilmente calmar al noble animal.

Abrieron la puerta y Tim salió inmediatamente, como una exhalación, lanzándose sin titubear calle arriba. Era evidente que le guiaba su maravilloso instinto. Algo o alguien había llamado poderosamente su atención sin que ellos lo advirtieran.

Se miraron unos a otros con cierta perplejidad. A Harry y Laura, para quienes el día había estado repleto de especiales emociones, el incidente de Tim les cogió algo a contrapié. Su intención era, sin lugar a dudas, retirarse discretamente para estar un rato a solas, conversar y poder expandir sus corazones, rebosantes de tiernos sentimientos. Desconocedores de las costumbres de Tim, habían observado la reacción del perro con cierta dosis de incredulidad. Sólo la expresión de seriedad e incertidumbre de los rostros de Helen y Jack les hicieron reaccionar, comprendiendo que debían esperarse algún tipo de sorpresa no totalmente trivial.

Tim no tardó mucho tiempo. El ruido de sus patas en el exterior –habían cerrado la puerta de nuevo, a causa de la ventisca– anunció que el fiel animal estaba de regreso. Entró, sacudiéndose la nieve que se le había pegado al cuerpo, y se dirigió directamente hacia Helen. Se sentó sobre sus patas traseras, miró a la chica con expresión dulce y bondadosa, sacó la lengua, respirando rápida y acompasadamente y se quedó esperando, tranquilo. Helen comprendió inmediatamente su actitud. Todo él quería expresar: “deber cumplido”. Llevaba una nota atada al cuello, envuelta en una bolsa impermeable que la chica desató con cuidado. Extrajo de ella un papel y lo leyó inmediatamente. Su rostro reflejó un extraordinario asombro. Se tapó la boca con una mano para ahogar un pequeño grito de sorpresa que estaba a punto de emitir,

como un acto reflejo. Palideció. Se acercó el dedo índice a los labios en posición vertical, imponiendo, exigiendo silencio a sus compañeros. Reflexionó unos instantes y luego, ante la mirada atónita de Jack, Harry, y Laura, les quitó con delicadeza sus respectivos “pins” de transmisiones y localización, que todos llevaban prendidos en la ropa. Se quitó el suyo a su vez y, volviendo a insistir por medio de gestos en que guardaran el más absoluto silencio los fue a depositar sobre los respaldos de los sillones del comedor, al lado de la chimenea.

-¡Bueno, Tim ya está aquí! ¡Debe haber oído algo en el exterior que ha llamado su atención, pero al fin ha vuelto...! ¡Vaya, os veo a todos muy cansados! ¡Creo que lo mejor será que durmamos un rato frente a la chimenea, es de lo más agradable! —dijo en voz muy baja, acercándose su pin a los labios antes de depositarlo sobre uno de los sillones.

Los otros, que estaban aún de pié, perplejos, cerca de la puerta, no pudieron oírla. Seguidamente volvió a dirigirse a la entrada de la casa y, reclamando silencio de nuevo, les indicó por señas que la acompañaran a la recámara de la doble puerta de entrada de la vivienda, cerrándola tras de sí.

Sin decir nada desplegó de nuevo la nota y se la dio a leer a Jack. Harry y Laura se habían dejado conducir guardando silencio. Estaban pasmados.

El contenido de la nota era escueto. Una parte era, inequívocamente, escritura de Dick y el resto era letra de Susan. Además, ambos habían estampado su firma al pie del escrito para descartar cualquier duda sobre su autenticidad. El contenido era el siguiente:

“No emitas el más mínimo ruido, Helen. ¡Por Dios, no grites ni digas nada! Simplemente lee con sumo cuidado y en absoluto silencio el contenido de esta nota....

Estamos en una situación extraordinariamente grave, aunque en perfecto estado de salud. Necesitamos veros a ti y a Jack inmediatamente. Necesitamos también urgentemente comida y abrigo. Pero sólo en el caso de que podáis hacerlo con absoluta confidencialidad. Por favor, daos prisa. Respuesta por medio de Tim.”

Firmado: Dick y Susan.

P.D. Quitaros inmediatamente los pins de comunicaciones y localización que lleváis puestos. Dejadlos en el dormitorio o algo parecido, como si estuvierais durmiendo.

Jack reflexionó. Se puso algo nervioso, pero haciendo un esfuerzo consiguió dominarse y pensar con claridad. Tomó la palabra, dirigiéndose a Harry:

-Harry -empezó-. Todo lo que nos has contado ahí dentro sonaba precioso. De veras. Me has convencido con tus palabras. ¿Te atreverás ahora a convencerme con hechos...?

-A qué te refieres -inquirió Harry en el colmo del asombro.

-Pues a que Helen, yo, y mis padres, que son los que están ahí fuera, os necesitamos desesperadamente

—respondió Jack, mirando a Helen y arqueando las cejas como queriendo sondear el parecer de la chica.

Helen asintió en silencio.

Jack contó a los atónitos Harry y Laura, en forma sintética, todo lo que sabía respecto a la misión para la que habían venido. Añadió los detalles estrictamente necesarios para que la explicación fuera totalmente inteligible.

Harry y Laura escucharon con atención, sin interrumpir, a excepción de preguntas puntuales para aclarar algún extremo. Al terminar, y una vez leída la nota con sus propios ojos, guardaron un par de minutos de silencio transcurridos los cuales Laura miró a Harry de una manera especial, como reprochándole con suavidad su lentitud en dar la respuesta a Helen y Jack, cuyos rostros reflejaban ahora tensión y sufrimiento. En los ojos ardientes y apasionados de Laura la respuesta a dar era evidente. Harry interrumpió sus meditaciones. Su natural reflexivo y metódico se vio urgido, apremiado, por la mirada de Laura. Decidió tomar el partido que ella tomara. Y resultaba claro que ella optaba por zambullirse en la aventura que estaba empezando a desplegarse ante sus ojos.

—¿Qué piensas de ello, Laura? —preguntó por pura formalidad, pues sabía perfectamente lo que ella iba a responderle.

—Pues que tenemos que ayudarles —respondió Laura sin vacilar—. Ambos sabemos que han surgido problemas inexplicables a bordo de la estación. Jack y Helen..., bueno... ¡salta a la vista que son gente de fiar!

—Todo parece indicarlo —repuso Harry—. Sin embargo todo parece indicar también que vamos a tener que

empezar a desconfiar de la gente de nuestra comunidad. Y esto es grave, Laura....

-Pero en cualquier caso debemos ayudar a Helen, a Jack, y a sus padres –sentenció decididamente Laura-. Si en el curso de los acontecimientos vemos en ellos algo irregular, entonces obraremos en consecuencia.

-Me parece muy justo –aprobó Jack inmediatamente.

-De acuerdo pues –concedió Harry-. ¡Vamos a ello!

-¡Gracias, Harry! –dijo Laura, mirándole dulcemente a los ojos.

Harry se la quedó mirando por unos instantes, embobado.

Jack carraspeó suavemente....

-Esto.... En fin, siento interrumpir vuestras... meditaciones, pero la cosa apremia –sugirió con delicadeza.

-Es verdad –reaccionó Laura inmediatamente-. Hay que obrar de manera cautelosa pero rápida a la vez.

-A ver –empezó Harry tomando el control de la situación-. Mis padres han salido y volverán tarde. La buhardilla está vacía. Hay una cama doble, baño y calefacción. Puedo subir comida. Helen, Jack, escribid una nota en la que ponga simplemente: ***“Decidle a Tim que vuelva con Helen y seguidle”***. Y firmáis vosotros dos.

-Perfecto –exclamó Jack con entusiasmo y profundo agradecimiento.

Harry le suministró un bolígrafo y una hoja de papel de un bloc de notas que llevaba encima. Jack los tomó y escribió el mensaje. Lo envolvió cuidadosamente y lo ató de nuevo en el cuello de Tim.

Helen acercó su cabeza a la del perro. Éste la miró con decisión. Parecía comprender que se iban a solicitar de nuevo sus servicios.

-¡Dick, Susan! ¡Vé, Tim! – dijo simplemente Helen mirándole a los ojos.

Tim se puso en pie y se encaramó de nuevo a la puerta, intentando abrirla. Era evidente que había comprendido la orden. Aún así Helen se la repitió de nuevo, empujándole ligeramente al abrir la puerta exterior. Tim salió inmediatamente, tomando la misma dirección que antes.

Esperaron unos minutos. En el rostro de todos se dibujaba una comprensible ansiedad. No tardó mucho en oírse el ruido de una mano golpeando la puerta desde el exterior. Se oyó también un ladrido inconfundible. Era Tim. Abrieron la puerta. Dos figuras fantasmales se perfilaron sobre el fondo difuminado de la calle, velado por los copos que la ventisca arrastraba, zigzagueantes. Eran Dick y Susan. Cubrían sus ligeras ropas con unas lonas precarias, tapizadas enteramente por la nieve que se había adherido a ellas.

-¡Al fin! ¡Gracias Dios mío! -dijo Dick, con voz apenas audible.

Más que entrar, se desplomaron ambos sobre Jack y Helen. Estaban exhaustos. Entre todos y en profundo silencio les condujeron a la buhardilla. Harry, viendo su estado, fue a buscar inmediatamente una botella de licor, algo de azúcar y una jarra con caldo caliente. Les suministró de inmediato una generosa ración, para reanimarlos. Luego, Harry y Jack por un lado y Laura y Helen por el otro, atendieron a Dick y Susan respectivamente. Les suministraron ropa seca, no sin antes darles unos vigo-

sos masajes por todo el cuerpo para reactivar la circulación sanguínea, algo comprometida en las extremidades a juzgar por cierto color azulado que Harry advirtió en ellas. Susan no podía articular palabra. Dick lo hacía con dificultad.

-Son de absoluta confianza –les dijo Jack, presentándoles a Harry y a Laura-. Les hemos contado lo poco que sabemos del asunto.

-¿Dónde tenéis vuestros “pins”? –preguntó ávidamente Dick al cabo de unos instantes.

-Están durmiendo como marmotas abajo, en los sillones, junto a la chimenea –bromeó Helen.

-Bien –asintió Dick-. Supongo que pueden seguir ahí un buen rato sin levantar sospechas....

-¿Sospechas...? –preguntó Harry, estupefacto.

-Sí. Sospechas –respondió Dick moviendo ostensiblemente la cabeza-. Creo que lo mejor será contároslo todo. No hay otra salida y vuestra ayuda puede ser preciosa. Además, temo por vosotros, Jack y Helen. Y en cierto sentido también ya por Harry y Laura. Así que debemos formar un equipo. Escuchadme pues....

Y les contó con todo lujo de detalles la entrevista con EBL y los hechos que se habían sucedido de manera casi inmediata. La muerte de EBL. Su encuentro con Cornelius y sus acompañantes. El extraño malestar de Susan al regresar a casa. Su trabajo de copia de la información....

-Cuando terminé mi trabajo de duplicado –continuó explicando Dick- me sentí satisfecho. Había un enorme volumen de información en una micro tarjeta de pocos milímetros. Cuando ya iba a acostarme tuve una intuición súbita, una sospecha, fue como si una pequeña

luz de alarma me indujera a tomar algunas precauciones. Decidí esconder la micro tarjeta.

-¿Dónde? –preguntó Jack.

-Bueno –Dick sonrió por un instante-. Ya sabes, Jack, que mamá siempre me riñe porque llevo demasiado largas las uñas de los pies....

-¡Sí! -sonrió divertido Jack-. Y dice que se te ponen amarillas.

Todos sonrieron.

-Supongo que Susan tiene razón –continuó Dick-. Pero esta vez me han sido de utilidad. Pegué la micro tarjeta en la parte interior de la uña del dedo gordo del pie izquierdo. Tomé además otra precaución. En el kit que nos dieron antes de partir, mamá había añadido por su cuenta un medicamento de última generación, unas tabletas que contienen un inhibidor gástrico universal. Bloquea la acción de cualquier sedante, veneno o cualquier brebaje raro que se ingiera. Tomé dos de esas pastillas y di otras dos a Susan. Ella había conseguido conciliar un ligero sueño finalmente, así que tuve que despertarla. Las tomamos con un vaso de leche. Ya sabes que mamá y yo tenemos la costumbre de tomar siempre un vaso de leche antes de acostarnos. Recuerdo que empezó a invadirme una extraña somnolencia. Llamé a Susan, pero no pude despertarla. Se había vuelto a dormir casi inmediatamente, pero esta vez parecía haberse sumido en un sueño profundo. Supongo que yo debí quedar también inconsciente en pocos instantes....

-Cuando desperté –aquí la voz de Dick adquirió un tono angustiado- noté que mi cabeza estaba terriblemente confusa. Vi que estaba de nuevo en la cabina del Transporter I. Susan yacía a mi lado, en el suelo. Y a

nuestros pies, en posición algo oblicua, estaba depositado burdamente el frío cadáver de EBL. Los manuscritos y el vetusto ordenador estaban tirados junto a él. Como se tira la basura en un contenedor, sin cuidado alguno. La escotilla estaba abierta. Oí confusamente una cuenta atrás. **“Se-senta, cincuenta y nueve, cincuenta y ocho...”**. Me incorporé como pude y me acerqué al panel principal...

-**“Objetivo: NGC 2392”** leí, horrorizado –continuó diciendo Dick, después de concederse unos instantes de reposo en su narración-. Recordé que era la nomenclatura de una nebulosa planetaria, conocida por el nombre de **“El payaso”**, situada en la constelación de Géminis. Era como decir: **“objetivo: el infinito”**. Era un objetivo inalcanzable porque está situado a una distancia descomunal. En cuestión de segundos el Transporter I, la nave que nos había traído desde la Tierra a la estación orbital, empezaría a describir una trayectoria perfecta, impecable, desde el punto de vista del cálculo matemático..., hacia un lugar inalcanzable por su enorme distancia. Agotados sus recursos de combustible se perdería para siempre en el gélido espacio interestelar. Además, el indicador de oxígeno señalaba que el tanque estaba prácticamente vacío.... Los segundos transcurrían rápidamente. Intenté abortar el lanzamiento, pero fue inútil. El control de la nave estaba en posición de automático y el acceso al ordenador de a bordo... ¡denegado!. Estaba protegido con una clave que yo desconocía.... En cuestión de segundos estaríamos viajando a velocidad de vértigo encerrados en un ataúd espacial, condenados a una muerte horrible. En un supremo esfuerzo cogí a Susan en brazos y conseguí salir de la nave.... ¡Justo a tiempo!. Oí a mis espaldas el rechinar metálico de las compuertas. En bre-

ves instantes, tras las maniobras automáticas de desacoplamiento, el Transporter I se perdería para siempre más en el negro abismo cósmico, viajando a velocidad prodigiosa, con el cadáver de EBL en su interior. Susan recobró el sentido en cuestión de minutos. Era evidente que nos habían administrado, de alguna manera, una dosis brutal de sedante. Aún así, las tabletas que habíamos ingerido, por precaución, habían inhibido suficientemente el narcótico como para que tuviéramos el tiempo justo de salvar la vida.... Transcurrido un tiempo prudencial consideramos que habíamos recuperado suficientemente ya nuestras facultades mentales. Permanecimos aún un par de horas sin movernos de sitio, reflexionando antes de tomar ningún partido. Era evidente que nos enfrentábamos a un enemigo letal que no iba a concedernos el más mínimo margen de error....

Dick se tomó de nuevo algunos instantes de descanso. Estaba agotado. Luego prosiguió, como quien se ve obligado a un esfuerzo extremo para salir de una situación desesperada:

- Formulamos una serie de hipótesis que, en síntesis, son las siguientes:

-Las investigaciones que EBL había llevado a cabo por su cuenta le habían acercado mucho a la solución del enigma. Era algo ***relacionado con la información***. Nuestra llegada y la entrega de documentación original que nos hizo habrían precipitado los *siniestros planes* de quien o quienes estuvieran detrás de todo esto. Alguien había decidido eliminar a EBL y a nosotros para que el plan contra el ***“Proyecto Estrella Polar”*** no fracasara.... Probablemente se nos acusaría a Susan y a mí de asesinato y posterior secuestro de EBL arguyendo alguna

teoría conspiratoria. Los hechos reales no podrían demostrarse porque nadie encontraría nunca ninguna prueba. El historial de la ruta del Transporter I, registrado por el sistema de seguimiento de la estación orbital, mostraría una trayectoria absurda sin posibilidad de vuelta atrás una vez alcanzada una distancia crítica de la estación, por carencia de combustible. Una misión de rescate y captura que partiera de la estación hubiera sido del todo inviable transcurrido cierto espacio de tiempo, con los medios de los que se dispone aquí arriba.... Un análisis en profundidad del historial de los indicadores de la nave, que el sistema de seguimiento de la estación habría registrado, mostraría la carencia absoluta de reservas de oxígeno a los pocos minutos de la partida, lo cual se achacaría a las prisas de los secuestradores, que habrían descuidado comprobar el nivel de los tanques. Este dato, junto con la ausencia de registros de comunicaciones entre la estación y la nave abonarían la hipótesis de un suicidio. Los secuestradores habrían optado por quitarse la vida antes que regresar. Por lo tanto y en resumen: una conspiración contra EBL y su proyecto, orquestada por unos fanáticos... o algo parecido....En cuanto a vosotros dos, Jack y Helen, probablemente hubierais sufrido algún “desgraciado accidente” a corto plazo con la finalidad de quitaros de en medio. Pero aún hay más. Recordaréis que os he contado que EBL dejó una nota postrera antes de desplomarse muerto. Escribió **“información”**. No parece absurdo suponer entonces que quien le causó la muerte no estaba físicamente presente en el lugar del crimen, porque o bien no le habría dejado escribir nada, o bien lo habría recogido todo cuidadosamente después de eliminar a EBL. No había señales de lucha en la ermita. Ni sangre.

Nada. Como si le hubieran causado la muerte a distancia.... Ni que decir tiene que Cornelius es nuestro sospechoso. Aunque quizá cuente con la ayuda de alguien más.... Llegó en el momento exacto para que fuéramos vistos Susan y yo al salir solos de la ermita. Y además con testigos. Resultaría pues muy creíble que se nos inculpara a nosotros. Todo induce a pensar que, de alguna manera, habríamos sido escuchados durante nuestra conversación con EBL y también después, durante nuestro paseo por el bosque, mamá y yo solos. Y no se nos ocurre otra manera para espiarnos que no sea a través del “pin” de comunicaciones y localización que todos llevamos puesto. El doctor que examinó a EBL sugirió que había muerto de infarto. Susan recordó haber leído un artículo en una revista especializada en el que se hablaba del uso de ultrasónicos como arma secreta.... En determinadas condiciones y mediante el ajuste de toda una serie de parámetros pueden utilizarse para actuar sobre zonas específicas del cerebro, consiguiéndose efectos letales, como el infarto que habría acabado con la vida de EBL. El “pin” puede emitirlos si alguien hace un uso malintencionado del sistema informático que controla las comunicaciones en la estación. EBL llevaba puesto el pin, lo recordamos perfectamente, así que pudieron matarle a distancia y con precisión en el momento que creyeron oportuno.

Hay además otro hecho –prosiguió Dick-. Cuando yo hice las copias de seguridad iba en pijama y no tenía el “pin” puesto. Susan sin embargo lo llevaba aún. De hecho durmió toda la noche vestida porque no se sentía con ánimos para quitarse la ropa, ni aún sirviéndose de mi ayuda. Yo dormí en otra cama, para dejarle descansar mejor. Pues bien, ella sufrió un fuerte malestar y yo no. Esto

encajaría con lo anterior haciendo una simple suposición. El traidor es una sola persona o bien un grupo muy reducido. Me explico. No podían aplicar el truco del “pin” más que a Susan, porque yo iba en pijama. Eliminarla a ella sola no era una buena solución porque yo me habría puesto inmediatamente en alerta roja. Si el traidor no disponía de suficientes cómplices entonces un ataque directo a nuestras personas tampoco tenía todas las garantías de éxito. Conocedor, probablemente, de nuestras costumbres, y esto haría sospechar aún más que se trata de alguien del entorno de confianza de EBL, debió decidirse por entrar sigilosamente en la cocina y poner el sedante en la leche. En cuanto a Susan debió limitarse a inducirle un fuerte malestar. También a través del “pin”, mediante ultrasonidos. Con la finalidad de tenernos entretenidos y evitar así en lo posible las previsibles copias de seguridad que yo pudiera hacer. No quería que la información original pudiera dispersarse en modo alguno. Quería tenerla absolutamente bajo control porque la información original ofrece la posibilidad de contrastar las trampas que se puedan estar haciendo en el sistema informático de la estación....

Dick se detuvo para recuperar aliento de nuevo. Lo estaba contando todo de un tirón, lo cual era totalmente comprensible, dada su naturaleza apasionada y la seriedad de la situación. Bebió otro buen sorbo de caldo caliente al que añadió algunas gotas de licor, para acabar de entrar en calor.

-Bien –continuó Dick-. Son sólo hipótesis. No tenemos pruebas, pero todo encaja bastante bien. Y si algo es cierto es que quienquiera que fuese nos drogó y nos

puso en la nave, condenándonos a una muerte cierta. Esto es un hecho irrefutable.

-¿Y luego qué hicisteis...? –pregunto Jack.

-Sí. ¿Cómo os las habéis ingeniado para encontrarnos? –añadió Helen, que seguía dándole fuertes masajes en los pies a Susan, para hacerla reaccionar.

-No llevábamos nuestros “pins”, habían desaparecido –continuó Dick-. Conseguimos salir del Hub de atraque y descender de nuevo a la estación sin que nadie nos lo impidiera. Daba la sensación de que no había ningún tipo especial de vigilancia. Quienquiera que fuese la mente perversa que había maquinado el asunto debía creernos muertos y “enterrados” en el espacio para siempre. Conocedor de tu amor por la montaña, Jack, supuse que no podías haber divisado la silueta del Cervino sin marchar inmediatamente en esa dirección en compañía de Helen. Y Zermatt debía ser probablemente el lugar donde estabais alojados. Yo llevaba en el bolsillo, porque ese alguien se había tomado la molestia de quitarme el pijama y volver a vestirme antes de meternos a Susan y a mí en el Transporter I, llevaba te digo, el silbato que utiliza Helen para llamar a Tim cuando pasea con él por el campo. Si te acuerdas, nos regaló un silbato de esos a cada uno las pasadas Navidades.

-¡Sí, va muy bien para cuando vamos de paseo y Tim se aleja, siguiendo la pista de algún bicho...! –dijo Helen, interviniendo de nuevo.

-Pues bien –continuó Dick-. Cuando llegamos a Zermatt procuramos escondernos en algún sitio desde donde pudiéramos hacer sonar el silbato sin llamar demasiado la atención. Teníamos la esperanza de que Tim, si estaba cerca, acudiría a nosotros y nos ayudaría a localiza-

ros. Llevábamos horas sin comer nada y esa nevada por poco acaba con nosotros. En un pajar encontramos estas telas para abrigarnos un poco. Sin ellas creo que no habríamos resistido....

-¡Yo seguro que no!

Quien así hablaba era Susan, que se había repuesto ya casi totalmente.

-Quisiera añadir una cosa a todo lo que has dicho, Dick –continuó Susan-. Mientras veníamos hacia aquí he tenido mucho tiempo para pensar. En parte me ha ayudado a olvidar el frío.... He intentado entender qué sentido puede tener que hayan dirigido el Transporter I hacia la NG 2392, la nebulosa que se conoce con el nombre de **“El payaso”**. Se me ha ocurrido que podría ser como una última y perversa burla hacia EBL. Hacia todas sus creencias y hacia su proyecto. Estoy persuadida de que no es ninguna coincidencia....

-Quizá estés en lo cierto... –murmuró Dick, quedándose pensativo.

-¿Cuál es el siguiente paso ahora? –preguntó ávidamente Harry, convencido ya de la bondad de sus huéspedes, pero sin dar demasiada importancia al comentario de Susan....

-Veamos –empezó Dick-. Tenemos a cuatro personas a bordo de la estación a las que “alguien” se la tiene jurada. Yo, Susan, Helen y Jack. A las dos primeras se les supone muertas. Las otras dos deben andarse con extremo cuidado.

-¿Qué más? –prosiguió Dick, intentando transmitir serenidad a su auditorio- Tenemos a Harry y a Laura con muy buena disposición. Tenemos un enigma por resolver, con el futuro de la Polar Star y su proyecto en juego....

-Tenemos un perro estupendo –continuó, acariciando la cabeza de Tim, el cual aprovechó la ocasión para lamerle la mano con dulzura.

-¡Ah sí, me olvidaba de algo! –añadió Dick con cierta jocosidad- Tenemos un rufián, al menos, escudriñando conversaciones. Con un colosal soporte informático a su servicio. Creo que no me olvido de nada....

-¿A alguien se le ocurre algo? –preguntó finalmente, haciendo un divertido ademán y bebiéndose otro buen sorbo de caldo.

-No podemos teneros mucho tiempo en la buhardilla –apuntó Harry-. Mis padres lo notarían y cuanto más gente se entere más difícil será que Dick y Susan puedan pasar inadvertidos.

Harry permaneció unos instantes callado. Luego empezó a esbozarse una sonrisa en sus labios. Le brillaban los ojos. Acababa de ocurrírsele una idea....

-Creo que se me está ocurriendo algo divertido –empezó a decir, hablando pausadamente-. A estas alturas estoy convencido de que ya habréis notado que Laura y yo estamos empezando a salir juntos....

-Sí, es lo que nos había parecido observar... –dijo Helen al punto, con extrema ternura y delicadeza.

-Pues bien –prosiguió Harry-. Aquí uno puede tomarse su turno de vacaciones cuando quiera, siempre y cuando sea compatible con el ritmo de vida de la comunidad. No veo por qué Laura y yo no podemos tomarnos unos días a cuenta de vacaciones. Tenemos sobrados motivos para hacerlo –aquí su tono de voz reveló una profunda emoción-. Total, que nos llevamos a Jack y Helen a las Seychelles. Con Tim, claro. Dick y Susan vienen de polizones. Al llegar andamos todo el día en bañador, lo

cual justifica que tengamos los “pins” aparcados, sin levantar sospechas a los malos de la película. Nos llevamos mi ordenador y Susan y Dick procesan toda la información que quieran al pie de un cocotero, mientras los demás nos tostamos al sol.

Se produjo un profundo silencio. Todos eran conscientes de que había mucho en juego. Dick fue el primero en hablar:

-¡Mmmmm! ¡Suena bien, Harry! ¿Qué os parece a los otros? ¿Qué opinas, Susan?

-Bien –respondió Susan con acento calmado y sereno-. No veo de momento ningún fallo en el plan si conseguimos llegar sin despertar sospechas.

Los ojos se le ponían pequeños y relucientes, divertidísimos, en opinión de Dick, en estas ocasiones solemnes.

-Lo conseguiremos, estoy seguro –aseguró Harry con decisión.

Laura asintió a su vez.

-Entonces, todos de acuerdo –dijo Jack-. Sólo falta irnos abajo los cuatro. Nos despertamos del simulacro de siesta que hemos montado, nos ponemos los “pins” y hablamos de este proyecto con total naturalidad.

-Perfecto –dijo Harry-. Dick, Susan, tened presente que salimos mañana temprano, así que procurad descansar bien esta noche. Ahora os subiré algo más de comida. Algo que sea más consistente que el caldo que os habéis tomado.

-Gracias, Harry –respondieron agradecidos Susan y su esposo.

Los otros cuatro bajaron a la sala, se colocaron los “pins” y empezaron a bostezar ostensiblemente, como

quien despierta de una magnífica siesta junto a la chimenea en una gélida tarde invernal. Jack, entusiasmado, casi se excedió en su actuación teatral frente a los “pins”. Laura y Helen, alarmadas, le hicieron señas para que fuera más comedido....

Tras una ligera cena se retiraron a sus habitaciones. Harry esperó a que volvieran sus padres y les contó sus planes, o al menos la parte que podía contarles sin mentir. Confiaban plenamente en él y no le pusieron ningún inconveniente.

Laura hizo lo propio con los suyos, obteniendo idéntica respuesta. Se congratularon enormemente de las novedades respecto a Harry. Le conocían muy bien y le profesaban un profundo afecto. En un paternal arrebato de confidencialidad le confiaron que Harry era su “candidato” favorito. Habían orado mucho a Dios por el futuro de su hija....

Cuando el reloj dio las once estaban ya todos profundamente dormidos, como inocentes lirones. Incluido Tim, claro está. Enrollado en la alfombra, a los pies de Helen.

Al sonar el despertador, Harry casi no pudo dar crédito a los recuerdos del día anterior, que empezaron a venir en tropel a su mente. Estaba saliendo con Laura y no cabía en sí de gozo. Intuía que su vida iba a cambiar absolutamente desde este momento. Había oído comentar a sus padres que, a los pocos años de estar casados, su vida anterior era como algo que se perdía en la noche de los tiempos. Era como si siempre hubieran estado juntos y les era inconcebible imaginar la vida lejos de su conyu-

gue. Bien, ellos dos no habían hecho más que empezar a salir, pero Harry sentía latir con tanta fuerza su corazón por Laura que debía esforzarse por frenar su imaginación, a la que la ilusión que le inundaba daba alas. Luego estaba la aventura con Jack, Helen, Dick y Susan. Realmente algo raro sucedía en la estación Polar Star I. Y le dolía en el alma. Los años transcurridos aquí estaban resultando una experiencia extraordinaria. Había experimentado que hay otro mundo posible, aquel que se funda en un entramado de vínculos de amor entre las personas. Amor que puede brotar de los corazones cuando las personas hunden sus raíces en el Corazón de Dios y, utilizando todos sus talentos, la razón incluida por supuesto, intentan buscar y poner en práctica los proyectos del Padre eterno. Había sudado, reído, llorado, discutido a veces, con los integrantes de la comunidad, aquí arriba en la estación, en el quehacer diario, en el trabajo en común, venciendo dificultades, luchando y esforzándose todos por entregarse más y más radicalmente a Dios y a los demás, en el día a día, instante a instante. Eran los vínculos de amor verdadero y solamente ellos, los que permitían esta sociedad diferente. Lo había experimentado por primera vez años atrás, en las Jornadas Mundiales de la Juventud, con el Papa, durante unos pocos días. Aquí la experiencia era por cinco años... ¡era maravilloso!

Y ahora todo parecía tambalearse. Día tras día iba recibiendo más y más noticias de discusiones, de riñas, de peligro de divisiones dentro de las comunidades a distintos niveles. También era cierto que hasta el momento se había superado todo felizmente. La gente rezaba más que nunca. Veía, eso sí, inequívocas señales de sufrimiento en el rostro de bastantes miembros de la comunidad, sufri-

miento que denotaba esfuerzos titánicos por parte de todos, esfuerzos encaminados a ejercer la paciencia y la bondad en aras de una convivencia serena, tranquila y feliz. ¿Tenía todo esto relación con lo acaecido a Dick y Susan? Ahora, a la luz del día, le parecía evidente. El devenir de los hechos que se habían dado lo mostraba de manera patente. Era como si alguien estuviera interesado en mantener en secreto un entramado, un proyecto perverso, destinado a boicotear, a dinamitar si pudiera, el buen funcionamiento de la floreciente colonia espacial.

Se levantó. Sus padres dormían aún. Subió unos bocadillos a Dick y Susan que se habían levantado ya, pero sin salir de la buhardilla. Aunque demacrados todavía, estaban en disposición de partir cuando fuera necesario. Tras comentarlo con Harry decidieron partir inmediatamente, yendo a ocultarse a un bosque contiguo a la estación de ferrocarril.

Laura llegó al poco de casa de sus padres. Desayunaron con diligencia y salieron al punto los cuatro, con Tim, camino de la estación, despidiéndose de los padres de Harry, que se levantaban en esos momentos. Al acercarse al andén vieron a Dick y a Susan, que se habían ido aproximando con discreción.

El tren llegó a la hora fijada. Dick y Susan subieron también, con la secreta esperanza de no haber llamado la atención en ningún momento. El recorrido se hacía a través de un enorme túnel subterráneo que, como un gigantesco anillo, daba la vuelta a toda la estación orbital. La conducción era automática y, evidentemente, no había revisores a bordo. No hubiera tenido sentido que los hubiera.

En poco tiempo llegaron a la estación de destino: **“Victoria. Mahé. Seychelles”**. Salieron al exterior mediante los rápidos ascensores destinados al efecto. Dick y Susan, aparentando no conocerles de nada les seguían, evidentemente siempre a cierta distancia. Helen tuvo sin embargo ciertas dificultades para mantener a Tim a su lado, dado que el perro deseaba ir a saludar a sus dos queridos amigos.... Y, cuando un Golden Retriever divisa a una persona querida, no es del todo fácil convencerle para que sea comedido en sus muestras de afecto....

Una oleada de aire caliente y húmedo, cargado de aroma marino les dio la bienvenida al asomarse al exterior. Era algo chocante viniendo como venían de un gélido ambiente invernal. Todos se sintieron sofocados, como si les faltara aire. Aún así, recuperaron el aliento en poco tiempo, sintiéndose agradablemente confortados por la belleza paradisíaca del paisaje. Los ascensores de la estación distaban muy poco de la playa, así que llegaron a ella en cuestión de minutos. Quedaron extasiados al contemplar los enormes bloques de granito hundiéndose en las lípidas aguas color turquesa. Su transparencia era perfecta. Una blanca y finísima arena ponía el broche final al decorado frenando, por así decirlo, el ímpetu de la exuberante cúpula de verdor, que parecía querer internarse, indómita, en el océano. Algunos cocoteros de mar levantaban sus copas hasta casi cuarenta metros por encima del nivel de las aguas. Había otros más bajos, de unos quince metros a lo sumo. Mientras se acercaban hacia estos árboles, caminando indolentemente, entre risas y bromas, Harry les contó a los otros una leyenda ancestral sobre esos cocoteros de mar. Según ésta, *quien pudiera observar, en*

una noche de temporal, la fusión de esas copas enamoradas, se convertiría en un pájaro negro, como castigo a su indiscreción....

Evidentemente, y como era de esperar, Jack aprovechó la ocasión para introducir un comentario. Intentó hacer notar a los otros tres cómo, aún en las antiguas culturas, los corazones de las personas han gozado de la luz de la “ley natural”, en ellos inscrita:

-La discreción con que se debe custodiar la intimidad en las relaciones afectivas —añadió— se ha proyectado incluso sobre la naturaleza, en la leyenda sobre estos cocoteros, por ejemplo. Se trata de ejemplares de *Lodoicea maldivica*. Fijaos que estos árboles pertenecen al grupo de los organismo dioicos, es decir, aquéllos en los que las gónadas y por tanto los gametos masculinos y femeninos son portados por individuos distintos de la misma especie. Así pues, esta leyenda que Harry acaba de contarnos muestra de forma patente, como os decía....

Harry, Laura y Helen le miraron y soltaron una fenomenal carcajada.

-Es precioso y muy profundo esto que acabas de decir, Jack -intervino Helen, al observar que el semblante de Jack se ensombrecía súbitamente, pues no esperaba que los otros se rieran de su reflexión-. Pero dicho así, sin avisar, suena a comentario de chico repelente. En este momento estábamos bromeando alegremente y tú nos sales con ese comentario....

-¡¡¡Pero es la verdad!!! -insistió Jack.

Helen le dio un beso, mirándole con tremendo cariño. Pensó, para sus adentros, que realmente algo muy hermoso debía haber ocurrido en el corazón de Jack la noche en la que estuvieron rezando en grupo ante el sagrario, en el refugio, después de esquiar.

El punto de la playa que habían alcanzado fue considerado por Harry como idóneo para establecerse. Prefería tener cerca el nudo de comunicaciones, por si fuera necesario cambiar de aires rápidamente, en caso de precipitarse los sucesos.

Se dirigió al encargado de las cabañas.

-¡Hola! –dijo saludando alegremente al entrar en la oficina-, necesito tres cabañas. Estamos de vacaciones yo, mi novia y otra pareja de recién llegados.

-Ya, vale. De acuerdo –respondió el encargado-. Aquí tienes las llaves. Cerramos para que ningún bicho se zampe la comida que hay dentro. Aunque no acabo de entender para qué canastos quieres tres cabañas para cuatro personas.

-Bueno -repuso Harry mirándole con aire de confidencialidad-, es que una de las chicas ronca de una manera increíble. ¡¡¡No puedes ni imaginarte cómo ronca...!!!

En ese momento entraban Helen y Laura.

-¿De qué habláis? –empezó Laura, que había oído las últimas palabras de Harry.

-No, de nada –dijo apresuradamente el encargado- Os he dejado las llaves ahí encima, no os las olvidéis.

-Gracias, hasta luego -repuso cortésmente Harry.

-Bueno, no sé si nos veremos cuando os marchéis -intervino de nuevo el encargado-. Mañana empiezo mi turno de vacaciones....

-Perfecto –contestó Harry-. Pues ¡hala!..., ¡a disfrutar!

Y salió al exterior, con Helen y Laura. Jack estaba aún fuera, contemplando con curiosidad un enorme coco depositado justo al lado de la oficina, como dando la

bienvenida a los visitantes. Dick y Susan les observaban a distancia. El grupo se dirigió tranquilamente hacia las cabañas que, precisamente, estaban distribuidas de tres en tres, distando unos cuatrocientos metros un conjunto de otro. Dick y Susan llegaron al poco. Todos se pusieron los bañadores –habían pedido varios al encargado– dejando toda su vestimenta, “pins” incluidos, en el fondo de un armario de la primera de las cabañas.

En un abrir y cerrar de ojos estuvieron los seis tendidos en la blanca arena, deleitándose con abundante comida y bebidas frescas, de todo lo cual estaban profusamente provistas las neveras situadas en el interior de las graciosas construcciones que iban a hospedarles en los próximos días.

Para que el placer fuera casi absoluto unas sólidas hamacas pendían de los cocoteros, a su disposición, como invitándoles a tomar el sol y a mecerse suavemente, al compás de la brisa. Harry les dirigió una mirada, de reojo, deseando llegara pronto el atardecer para contemplar tendido junto a Laura el cambio de color del horizonte y el juego de luces y destellos que se formaría en el agua, casi a sus pies. Laura le siguió la mirada y comprendió inmediatamente sus intenciones. Sonrió silenciosamente y, moviendo lentamente la cabeza, hizo un ademán de absoluta conformidad con los proyectos de Harry. Aunque se hundiera el mundo, iban a permitirse un atardecer romántico. ¡Se lo merecían!

Dick y Susan se sintieron recuperados del todo después de dormir un rato, al terminar la comida. Se dieron un buen chapuzón deleitándose con el espectáculo de un sinfín de pececillos multicolores desfilando entre sus

piernas, como si quisieran acariciarles. Al poco volvieron a la arena. Susan fue la primera en tomar la palabra.

-Bueno —empezó-. Parece claro que no se ha difundido la noticia de que a EBL le ha pasado algo....

-En efecto —dijo Harry enseguida-. Una noticia así, la de su muerte y posterior desaparición, habría conmovido a toda la colonia. Pero no he visto a nadie que hablara de nada.

-Sin embargo, quienesquiera que estén detrás de ello no pueden ocultarlo por mucho tiempo, pues enseguida las sospechas recaerían sobre ellos —apuntó Dick con viveza.

-Parece lógico lo que dices, cariño -repuso Susan con voz pausada-. Evidentemente querrán inculparnos a ti y a mí. Estando vosotros, Jack y Helen, “suelos”, lo normal sería que en ese caso protestarais en toda regla contra tamaña acusación. Todo eso me induce a pensar que querrán deshacerse también de vosotros dos. Y en un plazo muy breve.... Y además saben exactamente dónde estáis. Harry y Laura, estando en vuestra compañía, tienen todos los números de correr vuestra misma suerte. Algún accidente “fortuito” que les involucrara también a ellos dos despertaría menos sospechas que si afectara sólo a Jack y a Helen.

-¡Canastos! —dijo Laura estremeciéndose y mirando a sus espaldas con recelo- Suena tan lógico lo que dices que me está empezando a entrar miedo....

-Bueno, aún no estamos muertos -sentenció Dick, rompiendo el silencio sepulcral que se había creado-. Debemos cambiar de lugar. Pero empleando poco tiempo, pues urge actuar. Si además nos deshiciéramos de esos

malditos “pins” sin levantar sospechas, mejor que mejor. Odio que puedan espiarme a placer.

-Se me ocurre algo -dijo Jack.

Helen, Dick, y Susan, dirigieron inmediatamente hacia él sus miradas. Conocían de sobras la desbordante imaginación del joven. Y su sentido común.

-¡¡¡Habla, hijo!!! Te escuchamos todos con atención -dijo Dick inmediatamente.

-Pues bien -empezó Jack-. Creo que lo que pides, papá, es muy sencillo. Todo arreglado en una horita. Y sin movernos de aquí.

-Explicáte -pidió Susan, con un atisbo de sonrisa en sus labios. Conocía el potencial de su hijo.

-Sí, explicáte -suplicó Harry, mirando de nuevo de reojo las hamacas y recobrando sus románticas esperanzas, que por unos instantes había visto seriamente comprometidas....

-Bien -continuó Jack-. Creo divisar en el horizonte algunos islotes bajos, atolones supongo. Y aquí, a veinte metros por detrás de nuestras espaldas, varados en la arena, unos bonitos catamaranes que, evidentemente, como todo aquí, estarán a disposición de quien los necesite....

-Efectivamente -intervino Laura, animándose.

-Pues bien, liamos un fardo con comida y lo que pueda necesitarse para pasar un par de días en uno de esos islotes de coral. Al cargarlo todo en el catamarán volvemos a hacer algo de teatro para que oigan nuestra conversación y conozcan nuestras supuestas intenciones. Después envolvemos bien los malditos “pins”, lo suficiente como para que no puedan captar ya ninguna conversación más. Los ponemos con el resto del equipaje. Evidentemente esos juguetitos seguirán emitiendo señal

de posición. Una vez cargado todo alzamos la vela, bloqueamos el timón y lanzamos el barquito a dar un paseo. Ni que decir tiene que nosotros nos quedamos en tierra. Al barquito le habremos hecho en sus dos cascos unos agujeros lo suficientemente grandes como para que se hunda en cuestión de una hora....

-¡¡¡Perfecto!!! –exclamó Susan-. Oficialmente estaréis todos muertos o desaparecidos en cuestión de una hora poco más o menos. Les será muy difícil constatarlo. Encontraran extraño que no hayáis pedido socorro a través de los “pins”, pero bueno, cabe dentro de la lógica el que hayan quedado inutilizados o se hayan perdido cayendo al mar durante el nerviosismo que se habría impuesto durante el supuesto naufragio. En cualquier caso será todo confuso para ellos....

-¡¡¡Manos a la obra, pues!!! -apremió Dick.

En cuestión de minutos lo tuvieron todo a punto, agujeros incluidos. Jack disfrutó de lo lindo actuando teatralmente cerca de los “pins”, los cuales cargaron con el resto de material.

-¡¡¡Nos vamos al atolón, que bien, que bien, tolón, tolón...!!!. ¡¡¡Voy a ser el rey de la laguna interior y tú, Helen, la reina!!! ¡¡¡Quiero quedarme a vivir allí porque soy el rey de las tortugas marinas...!!!

Harry, Laura y Helen no pudieron menos que reírse a carcajada limpia. Dick y Susan hicieron lo propio, tapándose la boca para no ser oídos.

El catamarán se alejó, empujado por la suave brisa. Cuando desapareció de la vista, todos respiraron tranquilos. Realmente deberían haber sido nadadores excepcionales para volver a nado hasta la costa desde esa distancia.

Susan y Dick no quisieron perder ni un minuto más. Tomaron el ordenador que Harry se había traído consigo. Dick, que el día anterior había recuperado la micro tarjeta escondida en su uña -no sin soportar la siniestra mirada que Susan le dirigió- cargó ahora la información en la computadora. Él y Susan se dirigieron al pie de un enorme cocotero.

-¿Nos disculpáis? -dijeron a los demás.

-Claro, ¿cómo no? Ya nos avisaréis si podemos ayudar en algo... -respondieron todos.

-De acuerdo, relajaos tanto como podáis -contestaron Dick y Susan.

-Aunque, estoy pensando... -dijo Susan deteniéndose de pronto-, quizá sí que haya algo en lo que podáis ayudarnos en este preciso momento....

-Dalo por hecho -contestó Harry inmediatamente, mirando de todas maneras de reojo la hamaca....

-Veréis -empezó Susan-. Es una pregunta dirigida a los dos: a ti Harry y, claro está, también a Laura. ¿Seríais capaces de resumir, de manera sintética, en una sola frase, lo que habéis observado de especial estos últimos tiempos aquí, en la estación...?. Tomaos unos minutos para responder, por favor. Hay mucho en juego.

Harry y Laura se miraron en silencio. Intercambiaron luego algunos comentarios intentando reunir sus recuerdos al respecto, esforzándose en hallar algo que todos ellos tuvieran en común.

-A nuestro entender -dijo al fin Laura resueltamente-, puede resumirse en la siguiente afirmación: **“Los lazos, los vínculos de amor establecidos entre los miembros de la comunidad, están siendo sometidos a una prueba brutal, como si algo o alguien invisible**

hubiera puesto todo su empeño en destruirlos”. Al decir “vínculos de amor” nos referimos a los distintos tipos de relaciones: entre amigos, entre padres e hijos, entre hermanos, entre esposos y esposas, entre laicos y sacerdotes, y también entre estos últimos, en sus relaciones fraternales. Algunas cosas las sabemos por propia experiencia y las otras porque nos las han contado en ocasiones, como confidenciales desahogos llenos de angustia....

-¿Podéis explicarnos algún caso? – continuó Susan.

-Podría contaros un montón –saltó inmediatamente Harry-. Puedo empezar por el que me sucedió a mí mismo hace unos días. Veréis.

-Aquí recibimos las clases on line –empezó a decir Harry- y luego nos reunimos todos, con los profesores, de vez en cuando, para evaluar y comentar. En ocasiones hacemos incluso alguna fiesta. Hace unos días me llamó Peter, un amigo de clase, para ir a una de esas fiestas. Pero el tono en el que me habló daba a entender manifiestamente que me invitaban por puro compromiso. Era evidente que no tenía el más mínimo deseo de que asistiera. Aún ahora me estoy preguntando qué canastos le debo haber hecho yo para que me trate así. Lo bueno del caso es que al día siguiente, cuando me encontré con algunos del grupo, me preguntaron si me pasaba algo. Peter les había dicho que yo, aun aceptando ir a la fiesta, había estado extraordinariamente desagradable en la conversación. Lo cual es absolutamente falso. Me había mostrado sorprendido, sí, incluso algo confuso por el tono que había empleado Peter, pero nada más. Así que ese Peter parece que es un lunático de cuidado, aparte de mentiro-

so.... A pesar de todo he decidido pasar por alto el incidente y procuro esmerarme más que nunca cuando le trato. Pero ahora me cuesta muchísimo hablarle con confianza, ya podéis imaginaros.... Y conozco un montón de casos parecidos.

Dick intervino al punto. Era evidente que había intuido algo.

-Dime, Harry –empezó-. ¿Estas situaciones se producen cuando los dos interlocutores están cara a cara, uno frente al otro quiero decir, o sólo cuando se comunican a través de algún soporte: mediante el famoso “pin” por ejemplo?

Susan miró fijamente a Dick, intentando adivinar su pensamiento.

Harry y Laura reflexionaron, algo sorprendidos. Al cabo de unos instantes Laura, con mirada que denotaba admiración hacia Dick, declaró que no recordaba ningún suceso de este tipo que se hubiera producido con los interlocutores frente a frente.

-¿Recuerdas tu alguno, Harry? – preguntó Laura, para asegurarse.

-No, ninguno. Y esto es curioso, muy curioso... –respondió pensativo Harry.

-Bien, es muy interesante esto que decís -dijo Susan, intrigada-. Creo que por ahora será suficiente. Gracias.

Y se alejó caminando lentamente junto a Dick.

Harry y Laura se dirigieron a su vez a la más alejada de las hamacas. Se tendieron uno junto al otro y sólo la brisa del atardecer fue testigo de las íntimas confidencias de sus corazones enamorados....

Jack y Helen estuvieron nadando un rato. Finalmente se tendieron también en la segunda hamaca. Helen reclinó con suavidad y dulzura su cabeza sobre el pecho de su amado Jack y se quedó dormida al instante. Su rostro tenía una expresión de paz y felicidad angelicales.

Dick y Susan estuvieron trabajando hasta tarde. Al final se reunieron con los otros cuatro. Cenaron en el interior de una de las cabañas.

-¿Habéis descubierto algo? -preguntó Jack aún antes de que todos hubieran acabado de tomar asiento.

-A decir verdad no va a ser fácil -empezó Susan-. Disponemos de los originales que nos dio EBL: planos de la estación, todos los detalles del sistema informático y un sinfín más de información. Realmente es un proyecto colosal. Sin embargo no disponemos de nuestros ordenadores, que quedaron en la primera casa, donde nos hospedamos al llegar. Evidentemente no podemos atrevernos a intentar recuperarlos; aparte de que es de suponer que nuestros secuestradores habrán ya dado buena cuenta de ellos. Esto implica que desafortunadamente carecemos de todas mis herramientas de trabajo: todo el soporte informático que traje conmigo y que nos hubiera sido de extrema utilidad para analizar la información que EBL nos suministró. Por otra parte hemos leído sus manuscritos y hemos encontrado algo muy interesante: en sus descripciones pormenorizadas de los hechos de los que tuvo constancia, no hay nada que contradiga lo que Harry y Laura nos han contado.

-Así pues -continuó Susan, hablando ahora muy pausadamente-, un hecho parece cierto: todas las situaciones que conllevaron crispación entre los miembros de la estación tienen un factor en común: la comunicación se

hizo a través del famoso “pin”. Y aún otra cosa. Siempre se dio entre dos personas solas. Nunca hubo un tercer testigo que escuchara lo que se había dicho. Así que siempre, al intentar esclarecer los hechos, se trataba de la palabra del uno frente a la del otro.

-Está además el “testamento” de EBL –continuó Susan-, esa hoja de papel en la que, en su último aliento de vida, garabateó: “INFORMACIÓN”. Así que Dick y yo hemos formulado una hipótesis. Parece descabellada, pero de momento no se nos ocurre otra.

-¿De qué se trata? -exclamaron los otros cuatro casi al unísono.

-De la siguiente –el rostro de Susan reflejó ahora, al hablar, gran preocupación-. Pensamos que alguien quiere, efectivamente, destrozarse los vínculos de amor entre los miembros de la colonia para echar al traste todo el proyecto y, probablemente, hacerlo aparecer como absurdo a los ojos del mundo. Buscan fraguar un descrédito para el cristianismo, en resumen. Eso ya lo intuyó EBL. Está claro por otra parte que los vínculos de amor entre dos personas crecen o disminuyen a través de la comunicación. La comunicación es algo indispensable para el equilibrio y maduración del ser humano.

-En el mundo visible –prosiguió Susan- y entre seres de carne y hueso, toda comunicación supone una transferencia de información del uno al otro. Esta información es luego analizada por la mente, que extrae conclusiones: “El otro me ha dicho tal cosa o tal otra...”. “Además me lo ha dicho sonriendo y con tono amable...”. “Detecto en ello bondad y entrega hacia mí de su parte...”. “Esto me incita a mí a darle más a él...”.

-Es aquello de “amor sólo con amor se paga” –continuó Susan, mirando detenidamente a su auditorio y esforzándose por expresar con nitidez sus ideas.

-Evidentemente –prosiguió- la mente toma en cuenta mucha información. Por ejemplo, un rostro cansado en nuestro interlocutor puede hacer que restemos importancia al tono algo descortés con el que nos ha dicho algo. Pero esto sólo si nosotros no estamos, a su vez, cansados. En caso contrario nuestra mente no tendrá demasiado en cuenta el evidente estado de cansancio de nuestro interlocutor. Es realmente un proceso muy complejo y misterioso, pues justamente todo el misterio de la persona, en todos sus niveles, entra en juego a la hora de interpretar la información que se recibe mediante la comunicación. Es imposible hacer de todo esto un modelo matemático, precisamente porque cada persona es un misterio. Lo que sí es cierto es que mediante la comunicación interpersonal se refuerzan o disminuyen los vínculos de afecto –del tipo que sea- entre dos personas.

-Concluyendo –ahora el tono de Susan era solemne-. La hipótesis es la siguiente. Si alguien fuera capaz de actuar sistemáticamente sobre la información transferida en la comunicación entre dos personas, manipulándola, deformándola en algún sentido, podría poner en jaque los vínculos de amor entre esas dos personas. Evidentemente si la manipulación es burda: cambiando las palabras, por ejemplo, el hecho sería fácilmente detectable. Pero si fuera algo más sutil, **actuando por ejemplo sobre el tono de voz simplemente**, los efectos podrían ser devastadores. Tan sólo personas muy unidas a la fuente del amor, es decir a Dios, podrían recibir de Él el amor suficiente para soportar ese martirio. Los que no lo estuvieran, su-

cumbirían sin duda, quedando atrapados en las mortíferas redes del odio. Por otra parte, no es impensable –dada la extrema potencia del sistema informático de la estación– la existencia de programas, ciertamente de enorme complejidad, que, analizando las conversaciones espiadas a través de los “pins”, variaran parte del flujo de información: cambiando simplemente el tono de lo que se está diciendo...

Jack intervino inmediatamente:

-¡¡¡ Pero esto supondría imitar de alguna manera la voz de las personas mediante algún sofisticado programa informático, cambiando el tono y manteniendo el contenido...!!!

-Bueno -ahora era Dick el que intervenía-, con la capacidad de cálculo del sistema, los recursos de que dispone, y un par o tres de años adquiriendo datos de todas y cada una de las voces de los habitantes de la colonia, no veo por qué no podrían lograrlo. Hace ya tiempo que existen programas capaces de imitar la voz humana. Y es evidente que algo ha ocurrido. Recuerda Jack que todo ha ido de perlas aquí arriba durante varios años. La gente se quiere de verdad. Lo tiene todo en común, manteniendo sin embargo cada uno su propia originalidad. Trabajan en común y en interés del bien común. **Ha habido las lógicas discusiones que se dan entre personas de carne y hueso que aún no son santas del todo**, pero siempre ha acabado imponiéndose el perdón, la paz, la armonía, como frutos del amor vivido en la verdad. Sin embargo algo ha pasado.... Para intentar mantener la armonía la gente debe ahora esforzarse enormemente. Repito pues... ¡algo debe haber pasado!

-Sí, claro -concedió finalmente Jack-. ¿Y se os ha ocurrido alguna manera de comprobar la hipótesis?

Ahora fue Susan la que intervino.

-Bueno, querido Jack, supongo que ha llegado la hora de que aumentes un poco tus conocimientos informáticos.... Vamos a contaros unas cuantas cositas, pero quedaran entre nosotros, ¿vale...?

Y miró fijamente a los ojos de los cuatro jóvenes.

-Lo que os tengo que decir, en síntesis, es lo siguiente –continuó-. Conozco el sistema operativo de a bordo. Es excepcionalmente potente y diseñado para esta estación. Se pidió mi colaboración en algunas partes del diseño. Conocedora de las costumbres en el mundillo informático supuse enseguida que era prácticamente imposible que, de los cientos de ingenieros que colaboraron en el proyecto, ninguno de ellos hubiera caído en la tentación de dejar ciertas “puertas traseras” en el sistema informático: accesos sólo practicables para consumados gurús informáticos, que les permiten pasearse cómodamente por el sistema con pocas probabilidades de ser notados, pudiendo así echar vistazos donde les plazca e incluso hacer algunas “trampitas” en el complejo informático. Durante mi trabajo detecté varias de esas “puertas traseras” pero no era viable que diera cuenta de mis hallazgos....

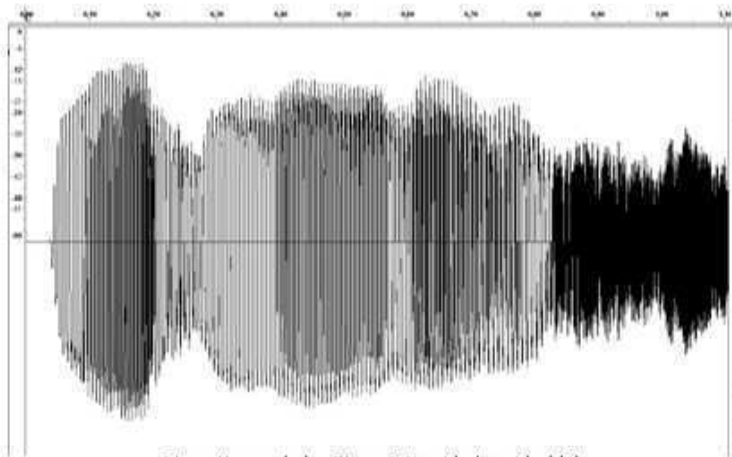
-Creo que ahora ha llegado el momento de servirse de alguna de esas “puertas traseras” –prosiguió Susan-. Vamos a cambiar la identificación del ordenador de Harry antes de conectarnos al sistema de la estación. Hay una manera muy divertida de hacerlo, pero voy a ahorrarnos los detalles. Una vez dentro podremos ver, quizá, y digo sólo quizá, cosas interesantes....

Todos durmieron algo mal aquella noche. Les parecía ver sombras espiándoles por todos lados. El murmullo de las olas, deslizándose en su sueño ligero, parecía tomar tintes siniestros. Jack especialmente, al que aún dolían las costillas, descansó fatal.

Se levantaron al poco de haber amanecido. Un buen baño, al que siguió un abundante desayuno devolvió el ánimo y las fuerzas a todos. Dick y Susan empezaron su aventura de hackers. A decir verdad ambos sintieron una buena dosis de vértigo, de ese pánico que tiende a apoderarse aún de los espíritus más decididos cuando hay que aventurarse a realizar equilibrios al borde de un abismo. Eran conscientes de que estaban jugando con fuego. Era evidente a estas alturas que, quienquiera que estuviera detrás de todo el tinglado, no se andaba con chiquitas para zanjar los asuntos. Un paso en falso y estarían irremisiblemente perdidos los seis.

Fue Susan, evidentemente quien **lo encontró**. Analizaba a enorme velocidad. Dick no podía seguir su ritmo. Dejando a un lado su orgullo varonil en aras del interés común se mantuvo a la espera mientras su esposa devoraba la información. De repente Susan se detuvo. Acababa de encontrar un fichero gigante lleno de registros de audio. Cada archivo tenía su correspondiente versión paralela. Reprodujo algunos. Eran conversaciones de temas cotidianos....

¡¡¡Habían dado en el blanco!!! En cada par de archivos paralelos se decía exactamente lo mismo. Ambos contenían las mismas palabras. Simplemente variaba la entonación. Pero con este simple cambio... ¡¡¡qué información tan distinta transmitían!!!

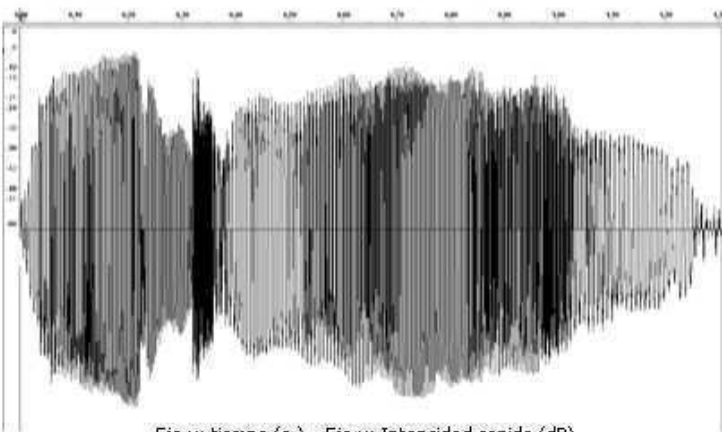


Eje x: tiempo (s.) Eje y: Intensidad sonido (dB)

Arriba: gráfica de un "Good morning" expresado con simpatía.

LA INFORMACIÓN TRANSMITIDA VARÍA SEGÚN EL TONO CON QUE SE EMITE.

Abajo: gráfica de un "Good morning" expresado con desdén



Eje x: tiempo (s.) Eje y: Intensidad sonido (dB)

Susan copió rápidamente algunos millares de estos archivos en el ordenador de Harry y salió inmediatamente del sistema. Temía haber podido ser detectada. Era evidente que la mente perversa que hubiera ideado todo eso habría tomado sus precauciones. Y recursos no le faltaban. Hubiera sido un estúpido pensamiento de orgullo creerse a salvo de todo confiando sólo en su capacidad y pericia. Susan lo sabía y Dick también. De repente observó el dedo gordo de éste. Seguía luciendo una exquisita uña larga y amarillenta.

-Amor -empezó Susan-. Esta uña....

-Perdona, cariño, no he tenido tiempo de cortármela aún. Voy a hacerlo de inmediato -respondió Dick con cierto agobio-. Sé que te disgusta en extremo....

-No Dick -repuso Susan con bondad-. Estaba pensando simplemente que sigue siendo un lugar excelente para guardar lo que acabamos de copiar, la prueba del delito....

Dick no se hizo rogar lo más mínimo. En menos de cinco minutos tuvo de nuevo instalada la micro tarjeta en su exquisita uña amarillenta. Al acabar movió el dedo con solemnidad, con orgullo, incluso con cierta jactancia. Susan le miró. Sonrió y le besó.

-Cuando acabe todo te cortas la uña... ¡¡¡por favor!!! -añadió, bondadosa.

-Descuida -repuso Dick, volviendo súbitamente a la cruda realidad. Era una uña horrible.

Dieron cuenta inmediatamente de sus investigaciones a las dos parejas de tortolitos que, aprovechando la

preciosa mañana, estaban arrullándose con ternura, cómodamente instalados en las sufridas hamacas.

-Veréis -empezó Susan-. Hemos encontrado parte de lo que buscábamos.

Y les contó sus hallazgos.

-Digo que hemos encontrado sólo parte de lo que buscábamos -añadió con sencillez y humildad-. Porque ahora conocemos el cómo. Pero no quién y por qué. ¿Quién está detrás de todo y cuál es su última motivación?

-Quizá podamos formular entre todos -continuó diciendo Susan, con semblante muy serio aunque sereno- alguna hipótesis al respecto.... Cada segundo que pasa es precioso. Yo, por mi parte, sigue dándome que pensar que se nos quisiera mandar a EBL, a papá y a mí en dirección a la NGC 2392, la nebulosa planetaria que, como os contamos, lleva por nombre **“El payaso”**. Es muy curioso. Pienso que encierra alguna pista. Os diré lo que me viene a la cabeza.

Todos escucharon con atención.

-Veréis -continuó Susan-. Pienso que es como una siniestra burla final a EBL y a nosotros. Acabamos de descubrir algo curioso, si os fijáis: da la impresión de que ese alguien quiere destruir no la estación orbital en sí, sino el proyecto de EBL. Y, en el fondo... ¿cuál era el proyecto de EBL? ¡¡¡Mostrar el poder del amor vivido en la verdad!!! ¡¡¡Es lo único que puede cambiar el mundo!!! ¡¡¡Si cada persona se dejara transformar por el amor, el mundo ciertamente cambiaría!!!

-Pues bien -continuó Susan-. Hay alguien que no quiere que esto sea mostrado al mundo. Alguien cuyo corazón debe estar desprovisto de amor, pues la perversi-

dad no es otra cosa que el comportamiento de un corazón desprovisto de amor. Y sólo alguien que no crea en el amor tendrá su corazón vacío de amor. Porque creemos firmemente que Dios derrama su amor en cualquier corazón que se le abra con buena voluntad, creyendo en su amor, manifestado definitivamente en Jesucristo.

-Por tanto –prosiguió-, a mi entender, sólo alguien que no cree en el amor de Dios puede estar detrás de todo esto. Y fijaos que no estoy hablando de ateos o de agnósticos necesariamente, pues es bien sabido que no pocos de ellos creen en el “amor” como en un ente abstracto, a sus ojos. Pero, dado que Dios es amor, indirectamente están creyendo en Dios, como apuntó sabiamente San Agustín, si no me falla la memoria....

-Estoy más bien hablando –continuó diciendo Susan, intentando profundizar más y más en su primera intuición- de alguien que, admitiendo incluso que Dios existe, lo tiene clasificado sólo como “El gran Relojero”. Acepta que Dios existe, pero no cree en su amor. Acepta que Dios ha puesto “en marcha” el universo, pero no cree en su amor delicado y providente. Considera a los creyentes una especie de payasos, unos locos, un atajo de fanáticos. Esto explicaría la elección de la NGC 2392, la “Galaxia del Payaso”. Puestos a mandar a alguien a vagar por los siglos de los siglos en el frío espacio interestelar, podía haber elegido cualquier otro destino igualmente distante un montón de años luz e igualmente inalcanzable por lo tanto.

-Lo que dices tiene mucho sentido -apuntó vivazmente Dick-. Y las personas que no creen en el amor, no creen en ningún valor, que son como las “concreciones” del amor: la amistad, la fidelidad, la solidaridad... y un

largo montón de etcéteras. Estas personas sin valores tienen un nombre que les sienta a la perfección: **cínicos**. Alguien los definió como “aquellos que conocen el precio de todo, pero no conocen el valor de nada.” La cita era más o menos así, creo. Son unos egoístas perdidos.... Hay otra cita preciosa, no recuerdo de quien, que viene al pelo. Seguro que no consigo decirla con exactitud, pero suena más o menos así: “Hay dos tipos de amor. El amor verdadero, que hace de sí mismo y de todo lo que posee una entrega a los demás, llegando incluso al propio sacrificio si es necesario. Y otro tipo de amor, el que hace que la persona se busque sólo a sí misma, a costa de los demás y de lo que esos poseen, sacrificándolos si es preciso, para conseguirlo.” Ahora bien, queridos Jack, Helen, Harry y Laura. ¿Podrías darme ejemplos preclaros de este último tipo de personas?

Los cuatro guardaron silencio por unos instantes. Jack fue el primero en hablar.

-Bueno, papá, se me ocurre que los jefes de las bandas de narcotraficantes, los últimos responsables de las redes de prostitución que trafican con seres humanos, los...

Dick le cortó, empezando a hablar en tono enérgico y emocionado:

-Muy bien hijo, ¡¡¡bingo!!! Hay un montón de candidatos a figurar en la lista. Tú has empezado a citar sólo a unos cuantos. Pero... ¿serías capaz de englobarlos a todos con una cita de la Biblia...?

-Bueno, no es fácil... -balbuceó Jack.

-Te daré una pista -prosiguió Dick, apasionadamente-. Este tipo de personas de las que hablamos han hecho de sí mismas su propio Dios. Ésa es una buena

definición de egoísmo. Han hecho de sí mismas su propio Dios y por tanto buscan para sí mismas, al margen de Dios, aquello que es propio sólo de Dios por naturaleza.

Jack saltó como movido por un resorte:

-¡¡¡No digas más, papá, lo adivino!!! Aquella cita de la alabanza que sólo el Cordero de Dios puede recibir, lo que sólo a Él puede ser atribuido por propia esencia: el poder, la riqueza, el honor, la fuerza, la sabiduría....

-¡Exacto! -exclamó Dick, intentando calmar su propio ímpetu, que competía con el de su hijo en ocasiones-. Estás citando Apocalipsis 5,11-14:

11 Y en la visión oí la voz de una multitud de Ángeles alrededor del trono, de los Vivientes y de los Ancianos. Su número era miríadas de miríadas y millares de millares,

12 y decían con fuerte voz: «Digno es el Cordero degollado de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fuerza, el honor, la gloria y la alabanza.»

13 Y toda criatura, del cielo, de la tierra, de debajo de la tierra y del mar, y todo lo que hay en ellos, oí que respondían: «Al que está sentado en el trono y al Cordero, alabanza, honor, gloria y potencia por los siglos de los siglos.»

14 Y los cuatro Vivientes decían: «Amén»; y los Ancianos se postraron para adorar.

-Sólo uniéndonos a Dios podemos participar de sus atributos. Es lícito hacerlo –continuó Dick-. Dios quiere hacernos participar de ello a través de nuestra incorporación a su vida divina: hijos en el Hijo. Pero hay no pocas personas que aspiran al poder, a la riqueza, al honor, a la fuerza, a la sabiduría... ¡¡¡al margen de Dios!!! Desvinculados de Él. En consciente oposición a Él. Hay una cita del Catecismo de la Iglesia Católica muy elocuente

te relacionada con esto, a mi entender.... Quizá me equivoque en alguna palabra pero dice más o menos así:

“El príncipe de este mundo se había atribuido con mentira estos tres títulos de realeza, poder y gloria (cf Lc 4, 5-6). Cristo, el Señor, los restituye a su Padre y nuestro Padre, hasta que le entregue el Reino, cuando sea consumado definitivamente el Misterio de la salvación y Dios sea todo en todos (cf 1 Co 15, 24-28).”

-Sí, Jack –prosiguió Dick-. Desgraciadamente hay personas que, aún admitiendo que Dios existe, no creen en su amor. Y por ello no escuchan sus amorosas indicaciones: sólo el Amor, sólo Dios, puede hacer verdaderamente felices a las personas.

Dick se detuvo aquí. Harry, sin embargo, no le dio respiro:

-Dick, lo que estás diciendo es muy fuerte. Me temo que si a los que buscan el poder al margen de Dios añadimos los que buscan el honor por esa misma senda, le sumamos luego los que buscan la riqueza, o el conocimiento... en cualquier caso de espaldas a Dios, la suma final puede ser de bastantes dígitos.

-Me encantaría que, en realidad, fuera de muy pocos dígitos –apuntó inmediatamente Susan con dulzura y misericordia-. En cualquier caso nos falta el por qué. En efecto, si no creen en el amor, ¿por qué oponerse a este proyecto?

Ahora fue Laura la que intervino. Hablaba poco. Prefería escuchar. Pero cuando hablaba no siempre podía hacerlo sin vehemencia.

-Lo adivino –empezó-. Históricamente, allí donde el mensaje de Jesús ha calado en forma genuina, sin desviaciones ni errores, la gente ha encontrado la felicidad

precisamente en Jesús. En la comunión íntima con Él. No ha tenido que buscarla ni en el alcohol, ni en las drogas, ni en la prostitución....

Harry se sumó ahora al discurso de Laura:

-Lo cual explicaría que los que aspiran a la riqueza por el tráfico de personas o de drogas de todo tipo no vean con buenos ojos las actividades de la Iglesia. Y de la misma manera los que ven amenazado su ánimo de lucro con el negocio del aborto, que mueve ingentes cantidades de dinero. Lo último que desean es que un grupo de “payasos” vayan diciendo que la criatura que se está gestando en el vientre materno tiene un supuesto “derecho a la vida”. Faltaría más... ¡¡¡beneficio a cualquier precio!!!...

Laura tomó de nuevo el relevo. Formaban ella y Harry un coro fascinante:

-Ciertas experimentaciones confieren más y más conocimiento, con los honores que esto implica. Pero no todo lo que puede experimentarse debe ser experimentado. Hay unos límites éticos. Esto explicaría ciertas hostilidades ante el discurso de la Iglesia... ¡¡¡honor y gloria a cualquier precio!!! Pensemos también en el poder que confiere la posesión de enormes y absurdos arsenales militares en un mundo globalizado. Ebrios de poder, así es como deben sentirse algunos dirigentes políticos.... ¡¡¡Poder a cualquier precio!!! Aunque éste sea la vida de millones de seres humanos que mueren por falta de alimento. Alimento que hubiera podido dárselos con las ingentes sumas de dinero empleado para financiar los arsenales.

-La lista es interminable, en efecto –continuó Laura-. No creen en el amor. Consideran una payasada todo lo que está relacionado con él. Pero que las personas se dejen llevar por esa payasada entorpece sus planes de

egoísmo en sus mil variantes. Las denuncias que reciben de parte de las personas a las que el contacto con Cristo ha vitalizado ponen en peligro sus delirios de ser dioses sin Dios. Algo análogo ocurre cuando ese contacto con Cristo hace denunciar situaciones laborales injustas o desidias en el respeto a los derechos humanos: ¡¡¡hay intereses que peligran!!! Odian así con toda su alma el amor y todo lo que con él se relacione.

Efectivamente –continuó Susan-. Es el terrible misterio del mal. Y, ya puestos, quiero recordaros algo muy saludable: debemos aceptar que hay un límite en el análisis de este problema. No ha sido dado a nuestras mentes comprenderlo perfectamente. Con profunda reverencia y humildad, una vez se le ha echado una ojeada, hay que dejarlo en la carpeta de **“asuntos pendientes”**, con la esperanza de que Dios, en la vida futura, si le parece oportuno, nos lo explique.... Lo cual no nos dispensa en absoluto de luchar contra el mal con todas nuestras fuerzas.

-Así pues, la lista de posibles “patrocinadores” de todo este complot puede ser muy larga... -apuntó con acierto Helen.

-¡Vaya, como si no fuera suficiente con el descrédito que generamos los propios cristianos con nuestra mediocridad, resulta que parece haber una lista de gente dispuesta a aumentarlo, pues así conviene a sus intereses...! -bromeó sarcásticamente Jack.

-¡Efectivamente! -aseguró Dick al punto-. Una lista larga y quizá llena de sorpresas si pudiéramos leerla.... De todas maneras no creo que aquí arriba tengamos que habérmolas con muchas de esas personas. Pienso que

deben tener simplemente algunos esbirros que les hacen su trabajo.

-No son necesarios muchos, basta con uno de solo si es lo suficientemente inteligente, como es mi caso... —estas palabras procedían del altavoz del ordenador de Harry, que, sin que nadie lo advirtiera, hacía ya rato que se había puesto en marcha de nuevo, de manera automática....

Todos quedaron pasmados, boquiabiertos. A decir verdad, mudos de espanto. Era la voz de Cornelius la que sonaba. El bonachón de Cornelius..., su voz sonaba ahora dura, gélida, siniestra..., pero inconfundible.

-Os debéis pensar que soy tonto —continuó Cornelius-. Nada más lejos de la realidad. Mi coeficiente intelectual es superior a la suma del de Dick y Susan. Se sale de escala, de hecho.... Aunque sois todos inferiores a mí, debo reconocer que las deducciones que habéis hecho están muy logradas. Os felicito. No creo que deba aclararos nada. A decir verdad no esperaba un trabajo tan brillante por vuestra parte. ¡Ah, y por cierto, las tabletas inhibidoras que utilizasteis eran muy buenas! Os salvaron la vida. ¡Lástima que por poco tiempo, claro! Pero vamos al grano. Os propongo una elección. Dado que comprendéis sin esforzar demasiado vuestras débiles mentes que no puedo dejaros que vayáis contando por ahí lo que sabéis, os dejo escoger entre **seguir haciendo el payaso, dando vuestras aburridas vidas “por amor”**, o bien perecer junto con el resto de estúpidos que pueblan este circo espacial. Ciertamente moriréis en los dos casos. Personalmente preferiría mataros sólo a vosotros. Conviene más a mis planes el conservar vivos al resto....

Dick reunió todo su valor y contestó con decisión:

-¿Te importaría explicarte algo más...?

Cornelius continuó hablando con cinismo extremo:

-Sí, claro. ¿Cómo puedo suponer que lo hayáis entendido a la primera? Será porque tengo algo de sueño. Fue aburrido lo del catamarán. Muy aburrido. Demasiado, para mi talento. Bien, escuchad. Efectivamente, quiero conseguir el máximo descrédito para los **“payasos” cristianos**. Y esto lo lograré si puedo continuar tranquilamente y sin interrupciones con mi plan, el que yo y mis amigos hemos diseñado allá abajo en la Tierra, ya sabéis, en algunas de esas reuniones de las que no se tiene noticia en ningún medio de información. Podrá ser así si dejáis sencillamente que os mate a los seis. Perro incluido.

-Pero si no consentís a ese noble sacrificio por vuestra parte –continuó, en el colmo de insolencia- e intentáis de algún modo escapar, entonces volaré la estación entera de inmediato. Con vosotros dentro, claro. Podéis suponer sin peligro de equivocaros que yo quedaré a salvo. Es sencillo. Una pequeña nave me conducirá mansamente de regreso a nuestro querido planeta. Tenéis cinco minutos para decidirlos. Si no os comportáis como mansos corderitos, ni que decir tiene que volaré inmediatamente la estación.

Se produjo un silencio sepulcral. Todos se miraron consternados. Susan fue la primera en hablar:

-No hay salida, humanamente hablando. No nos concede ningún margen de maniobra para intentar nada que tenga la más mínima probabilidad de éxito. Tan sólo Dios puede socorrernos. **Pero... ¿qué hay que sea demasiado difícil para Él?** Yo por mi parte estoy decidida a dar mi vida por toda la gente de la estación....

Se produjo un nuevo silencio. Algo sobrenatural sucedió en sus corazones. Todos se sintieron invadidos de una alegría serena, pacífica. El salto mortal final de su vida hacia las manos del Padre iba a ser más fácil de lo que habían supuesto. Con una simple mirada se entendieron. Dick habló ante el micrófono:

-¡Cornelius! ¡De acuerdo! Aceptamos morir sólo nosotros seis. Haremos lo que tú nos digas sin intentar nada para escapar. Nuestro único deseo ahora es que los habitantes de la estación resulten ilesos....

Cornelius respondió inmediatamente. En su gélida voz se notaba algo de alivio. La respuesta de Dick le había relajado, evidentemente.

-Buenos chicos –respondió-. No esperaba menos de vosotros. Dirigíos inmediatamente a los ascensores que conducen a la estación de tren subterránea. Llevad con vosotros el ordenador de Harry. Mantenedlo en marcha, evidentemente. No tapéis para nada el objetivo de la cámara ni el micrófono. Quiero veros y oíros en todo momento. Os garantizo que la videoconferencia será interesante. En la estación hay una puerta que os dará acceso al transporte que conduce al Hub de atraque y despegue de las naves de transporte. Cuando lleguéis dirigíos al hangar J2. Yo mismo en persona os estaré esperando. Tendréis ese privilegio. ¡Juro rendiros los honores que os merecéis!

Y exhaló una carcajada siniestra....

-Una última pregunta, Cornelius –suplicó Dick-. ¿Nos permites que vayamos charlando entre nosotros...? Ya sabes, para despedirnos y todo lo habitual en estos casos.... Alguna lágrima, algún sollozo....

Cornelius respondió tajante, siniestro:

-Negativo. Permiso denegado. Prefiero que recéis. Habéis renunciado a ser fuertes. Habéis optado por esa debilidad que denomináis amor. En vez de confiar únicamente en vuestras propias fuerzas y luchar por ser dioses, esperáis estúpidamente la ayuda de alguien a quien denomináis Padre. Esperáis que os de la mano, que os ayude. Pues bien, veamos vuestro final. ¡¡¡Invocadle con todas vuestras fuerzas...!!!. Quiero medirme con él. Quiero medir su mente con la mía. Quiero escrutar su corazón. Quizá quiera intentar vencerme mandándome algún rayo desde el cielo.... Aunque en realidad estoy absolutamente convencido de que no va a mover ni un solo dedo por vosotros. Porque estoy seguro de que no le interesáis lo más mínimo. ¡¡¡Rezad, pues!!!

Y soltó una nueva carcajada, ebrio de soberbia y perversidad.

Helen intervino ahora con audacia:

-De acuerdo, Cornelius, nos has dado una gran idea. Vamos a rezar por nosotros y por ti. Y hay algo que, aunque quieras, no podrás evitar: **te perdonamos por adelantado.**

Los otros cinco la contemplaron admirados:

- ¡¡¡Vaya con la pequeña Helen!!! ¡¡¡A eso se le llama tener temple y carácter y lo demás son tonterías...!!!.

Helen empezó a andar en dirección a los ascensores, rezando intensamente y tendiendo sus manos a los otros. Los demás la imitaron, dándose también la mano. Sólo Harry mantuvo libre una de las suyas para sujetar el ordenador mientras andaba. En pocos minutos llegaron al Hub.

Encontraron el hangar J2 y entraron en él, tal como se les había indicado. El enorme recinto estaba vacío.

No contenía ninguna nave en ese momento. Oyeron como la escotilla por la que habían entrado se cerraba herméticamente a sus espaldas, de manera automática. Frente a ellos vieron una inmensa compuerta abatible, accionada por colosales mecanismos. Daba entrada a las naves que fueran a hospedarse en el hangar, cuando esto fuera necesario. A un lado de la gigantesca compuerta había una especie de tubo, de diámetro algo mayor a la altura de una persona. Era una especie de cámara con dos compuertas. Una daba, evidentemente, al interior del hangar y estaba ahora abierta. La otra, situada en el otro extremo del túnel daba al exterior de la estación y, lógicamente, estaba ahora cerrada. Ambas compuertas estaban construidas con paneles transparentes de manera que pudiera divisarse a través de ellas el fondo estelar.

Este túnel se utilizaba solamente para que entraran o salieran los tripulantes de las naves cuando éstas, si atracaban por poco tiempo, no llegaban a hospedarse en el interior del hangar.

-Dirigíos todos, perro incluido, al túnel –ordenó Cornelius-. Penetrad en él pero no cerréis la escotilla. Y relajaros si queréis quedar bien en la foto. Os veo algo tensos. No lo entiendo, ¿no vais a dar la vida por amor...? ¡Helen, veo una pequeña arruguita en tu bonito rostro...! ¿No te ha confortado aún lo suficiente la oración a tu Dios...?. ¡Mejor habría sido que te hubieres rezado a ti misma! Ya te avisé....

Helen no se inmutó lo más mínimo. Seguía rezando intensamente.... Los otros cinco seguían su ejemplo.

Las intenciones de Cornelius eran ahora evidentes. De alguna manera iba a actuar él mismo sobre el automatismo de la escotilla exterior. Se produciría una brutal e

instantánea descompresión del hangar y saldrían todos disparados al exterior, como el aire de una jeringa cuando se presiona con fuerza y rapidez el émbolo de la misma. En un instante sus cuerpos, que no llevaban ningún tipo de traje espacial que les protegiera, reventarían y, despedazados, serían proyectados al vacío cósmico, perdiéndose para siempre más en el espacio interestelar.... Como si de basura cósmica se tratara. Era una muerte segura, instantánea y horrible.

Dick, Susan, Jack y Harry lo comprendieron inmediatamente. Helen y Laura lo leyeron en sus rostros:

-¡¡¡ Había llegado el momento...!!!

Tim, que había estado silencioso, extrañado sin duda por lo que de especial veía en el comportamiento de todos, ladró de repente con fuerza. Sus ladridos se dirigían hacia un punto concreto del hangar. Empezó a mover con inusitado vigor su cola, de lado a lado. Ladraba con fuerza y alegría.

De pronto vieron a Cornelius. Estaba en una sala de control, tras gruesos cristales, con la escotilla de acceso al hangar cerrada, evidentemente. Hacía gestos estentóreos con los brazos. Tenía frente a sí una pantalla de ordenador y parecía enfadado con algo....

Tim ladró con más fuerza, precipitándose hacia la puerta de la sala de control.

-¡¡¡Tim, aquí!!! –gritó Helen- No estropees la fiesta a Cornelius, no vaya a ser que se enfade. ¡¡¡Pobre Tim...!!! ¿Piensas que es ese Cornelius tranquilo, bueno y afectuoso que conociste? ¡Pues no, amiguito...! Cornelius es algo... “especial”.

Dijo esta última palabra en un tono tan gracioso que no pudieron menos que sonreír todos, aún a pesar de

lo dramático de la situación. Pasaron cinco largos minutos que se les hicieron eternos.

Jack no pudo menos que murmurar:

-Se está cebando en nosotros. Quiere prolongar nuestra agonía....

Helen no dijo nada. Apretó simplemente con más fuerza la mano de su amado. Tim había vuelto al lado de Helen, obediente y resignado, pero miraba aún hacia la cabina de control, meneando la cola. Cornelius gesticulaba cada vez con más desespero....

De repente la puerta de la sala de control se abrió automáticamente. Cornelius quedó inmóvil, presa del pánico. Dick, Jack y Harry intercambiaron una mirada fulgurante. Sin decir ni una palabra se lanzaron los tres en tromba en dirección a la puerta abierta de la sala de control. Con esa puerta abierta era evidente que Cornelius no podía proceder a la descompresión, pues él mismo habría perdido la vida en la maniobra, compartiendo la suerte de sus víctimas. Si conseguían llegar antes de que la puerta se cerrara quizá tendrían aún una oportunidad, pues era evidente que Cornelius tenía problemas con el control del sistema de escotillas....

Cornelius les vio acercarse corriendo como caballos desbocados.... Se dirigió inmediatamente hacia la puerta intentando cerrarla manualmente, pero... ¡¡¡no pudo!!! Estaba bloqueada.

Dick, Harry y Jack, entrando en la sala como titanes desencadenados, no consiguieron controlar la tensión que habían acumulado. Esta tensión, canalizándose a través de su instinto de supervivencia, se desbordó sobre Cornelius. Le propinaron tal paliza que por poco acaban con su vida. No podían creerse que la situación hubiera

cambiado radicalmente en tan poco tiempo, y la manera instintiva de cerciorarse era machacar maquinalmente a Cornelius....

Harry fue el primero en reaccionar.

-¡¡¡Basta, por Dios!!! –gritó en tono imperativo-
¡¡¡sí seguimos así vamos a matarle...!!!.

Cornelius yacía sin sentido en el suelo. Le sangraban nariz y boca, y tenía fuertes contusiones por todo el cuerpo. Jack, consumado judoca, le inmovilizó completamente para evitar sorpresas mientras Dick y Harry buscaban algo para atarle. Encontraron en un cajón de la mesa una bolsa que contenía gruesas abrazaderas de nylon, extremadamente resistentes. Con ellas le ataron manos y pies, después de registrarle concienzudamente. No llevaba encima ningún sistema de detonación a distancia ni nada parecido.

Mientras todo esto ocurría, Tim, que había entrado en la sala con los tres hombres, se entretenía jugando con algo situado debajo de la mesa. Sólo se veía de él su preciosa cola en forma de abanico, que movía con extrema alegría. Era la mesa sobre la cual estaba el terminal informático que, sólo unos minutos antes, había provocado la desesperación de Cornelius. Dick y Jack contemplaron ahora al perro y les llamó la atención su actitud. De hecho aún no sabían a ciencia cierta a qué atribuir el desconcierto y los problemas que le habían surgido a Cornelius y que, en última instancia, habían propiciado su liberación....

Una repentina idea cruzó por sus mentes....

Se arrodillaron ambos para poder observar con detalle lo que hubiera debajo de la mesa y que, con toda

seguridad, debía estar provocando esa explosión de júbilo en Tim....

¿Y qué vieron?....

Vieron un diminuto animal. Un digno representante de “*Mesocricetus auratus*”, más conocido por el nombre de hámster dorado o sirio. Vieron a Sebastian. Estaba royendo plácidamente la funda siliconada que recubría el cable de fibra óptica que salía desde el terminal hacia el sistema. El cable estaba parcialmente roto, Dick lo comprobó inmediatamente, cercionándose así de su primera intuición. ¡Había bastado un inofensivo roedor, con sus pequeños pero afilados dienteillos, para vencer la soberbia delirante de Cornelius...! Con el maltrecho cable en una mano y Sebastian en la otra se volvió, mostrando su hallazgo a los demás. El llanto empezó a brotar a borbotones de su garganta y gruesas lágrimas inundaron sus ojos....

Jack y Harry, Susan, Helen y Laura –las chicas, tras vacilar un instante, habían acudido también en tropel a la sala de control- todos, en fin, contemplaron el cable que pendía de la mano de Dick y los diminutos y brillantes ojuelos de Sebastian, que parecían protestar como los de un niño al que se le quita una golosina de la boca.

Harry y Laura fueron instruidos, en pocas palabras, acerca de la identidad de Sebastian y sus costumbres.

Todos comprendieron lo que había ocurrido....

En ése momento sucedió algo especial. Sus corazones rebosantes de fe percibieron, en un instante de infinita y misteriosa densidad, que, sin duda alguna, la Providencia de Dios les había socorrido.... Sebastian estaba en el lugar estratégico en el momento oportuno. Y había

hecho simplemente lo que sabía hacer a la perfección: roer. ¿Qué misterioso cúmulo de “casualidades” habían convergido para que eso se hubiera dado? Nunca lo sabrían con certeza. Sin embargo comprendían que Dios les había ayudado. Para ellos la evidencia era absoluta. Sus corazones lo sabían. Dudarlo hubiera sido, por su parte, un acto en contra de su conciencia. Pero esta evidencia no podían formularla en forma de demostración matemática. **Debía quedar todo tras la cortina de la fe**, en ese misterioso claroscuro que para ellos, en este preciso momento, tenía la misma claridad que la luz del sol en el mediodía de una luminosa jornada de verano.

Todos al unísono formaron coro entorno a Dick entonando, entre lágrimas de puro gozo, un himno de acción de gracias al Padre de las misericordias.

Tras algunos minutos de comprensible desahogo emocional Dick y Susan reaccionaron con rapidez. Cualquier negligencia, por pequeña que fuera, podía aún ser fatal. Salieron inmediatamente del hangar J2 cuyo sistema de automatismos parecía estar comprometido. Sellaron exteriormente la puerta con unos resortes manuales de emergencia previstos al efecto. Harry y Laura conocían el protocolo a seguir en casos de emergencia general. Activaron los sistemas correspondientes indicando que se trataba de un nivel máximo de emergencia.

Susan y Dick solicitaron reunirse urgentemente con el equipo de ingenieros que controlaban la estación y,

simultáneamente, con el Comité: el más alto nivel de representantes de la comunidad. Al Comité se le reconocía la capacidad de tomar, en nombre de todos, decisiones urgentes, aunque fueran muy serias, cuando fuera necesario para el bien común.

Al comprobarse la identidad de Susan y Dick éstos fueron admitidos de inmediato y atendidas sus urgentes demandas. Parece ser que EBL había dejado instrucciones al respecto, temiendo quizá que sucediera algo. Ahora se veía que sus sospechas estaban perfectamente justificadas.

En quince minutos estuvieron todos reunidos. Dick y Susan emplearon a fondo su capacidad de síntesis para comunicar todo el cúmulo de hechos a su auditorio, que les escuchaba atónito, pasmado....

La información que Dick conservaba aún en la micro tarjeta fue definitiva. La escritura autógrafa de EBL, los archivos de audio originales y los paralelos, modificados.... En fin un cúmulo de pruebas que convencieron en un corto espacio de tiempo a todos. Se formaron dos grupos. Uno, con Susan al frente capitaneando el equipo de ingenieros, revisó exhaustivamente todo el sistema para purgarlo del software malintencionado que pudiera contener. A las pocas horas de trabajo empezó a descartarse afortunadamente la posibilidad de una voladura de la estación. Se había localizado una subrutina postiza que, de haber sido invocada, hubiera dado al traste con el sistema de control del escudo térmico de la estación. Ése era el proyecto de Cornelius: que todos murieran asados si las tres parejas no se entregaban voluntariamente en sus manos para ser eliminados.

Localizaron y desactivaron también el complejísimo módulo de software que espiaba y manipulaba las

conversaciones entre los ocupantes de la estación. Susan profirió un enorme suspiro de alivio al teclear las instrucciones finales en el terminal central:

-¡¡¡Por fin!!! ¡¡¡Ya era hora...!!!. –exclamó gozosa.

El segundo grupo lo formaron el Comité y Dick. Valoraron cual sería la manera más idónea de transmitirlo todo a los habitantes de la colonia. Decidieron redactar un informe detallado y enviarlo a todos los miembros de la comunidad. Se adjuntaron, para cada destinatario, los archivos de audio en los que se hubiera visto involucrado. Cada archivo en sus dos formas: la versión original y su paralela, la perversamente falseada, **la única que en realidad había recibido su interlocutor**. Se invitaba a todos a rehacer, en un clima de oración, de íntima unión con Dios, sus vínculos interpersonales. Que el amor volviera a fluir entre todos sin miedos ni desconfianzas, eliminando posibles rencores que, ahora se podía constatar, habían sido provocados de manera artificial y perversa. Se propuso emplear una semana entera en ello. Se trataba, en suma, de revitalizar los vínculos de amor, puestos a prueba con sutil brutalidad. Perdonándose mutuamente cuando ello fuera necesario, fundándose en la verdad de lo que hubiera ocurrido, que ahora podían conocer finalmente. Perdón basado en la verdad, como no puede ser de otra manera.

Los días que siguieron fueron de una alegría indescriptible en toda la colonia. La gente se pasaba horas comentando los detalles del asunto. Ni el dolor que todos sentían por la muerte de EBL pudo eclipsar el jolgorio festivo que reinaba por doquier.

En cuanto a Cornelius, fue lógicamente confinado y custodiado día y noche. Cuando supo que sus maquinaciones habían fallado por el simple concurso de un minúsculo animalito reaccionó con extrema virulencia, negando lo que era evidente. Su orgullo le impidió reconocer la realidad y su mente se desequilibró definitivamente. En uno de sus accesos sufrió un paro cardíaco irreversible. Jack, Helen, Laura, Harry, Susan y Dick habían conseguido rezar por él, venciendo su natural repugnancia. Habían pedido al Todopoderoso otra oportunidad para él, un instante de lucidez y de gracia, que le permitiera reconocer su miseria personal y hacer una última oración de abandono en brazos de la Divina Misericordia, como íntima confesión de su fe en el amor de Dios. Tendrían que esperar hasta la otra vida para conocer con seguridad cual había sido el desenlace final de la vida de Cornelius. Si había acogido o no la gracia que, estaban seguros de ello, el Buen Dios le habría concedido atendiendo a sus oraciones....

Dick y su esposa, con Jack y Helen, se dieron unas jornadas de merecido reposo en la misma playa en la que había empezado el desenlace de su aventura. Harry y Laura se les unieron tras pasar, lógicamente, unos días con sus respectivas familias, que no daban crédito a la aventura que habían vivido en tan poco tiempo y de la que nada habían sospechado....

Bajo los cocoteros, las hamacas mecían ahora seis cuerpos acariciados por la brisa, tostándose al sol. Susan y Jack se estaban poniendo ciegos de queso, su alimento

predilecto. Dick vibraba con los acordes de la guitarra acústica de su grupo musical favorito. Bromeaba con Susan diciendo que la guitarra sonaba tan bien porque había regalado un trozo de su amarillenta uña al guitarrista, que la utilizaba como púa para tocar las cuerdas.... Susan, sin poder reprimir un gesto de asco, contemplaba como embobada a su querido Dick, siempre tan ocurrente, imaginativo y alegre. Se deshacía de amor por su esposo. Todos, en fin se deleitaban con unos inolvidables días de descanso.

Una de esas tardes, esperando la preciosa puesta de sol, y entre sorbo y sorbo de naranjada, Jack preguntó a Harry.

-Oye, Harry. ¿Cuándo vuelvas a la Tierra, dentro de poco ya, a qué te vas a dedicar?

Harry sorbió lentamente otro trago de piña colada antes de responder. Miró de reojo a Laura y disparó a bocajarro:

-Verás -dijo-, voy a licenciarme en Medicina. Quiero casarme con Laura y tener hijos con ella, en fin, formar una familia. Pero tengo también otros proyectos. He hecho muchas cosas en voluntariado y en proyectos solidarios. Quiero continuar con ellos. Pero creo que también me apasionaría combinar mi actividad profesional con la política. Laura también está interesada en eso.

-Cuéntame cómo piensas hacerlo –prosiguió Jack-. Creí entender algo cuando nos diste ese discurso en tu casa, ese día que nevaba, al lado de la chimenea. Pero no me importaría que me lo aclarases un poquito más.

-Quizá yo pueda ayudarte un poco a entenderlo -dijo en voz baja y con un profundo tono de humildad Laura que, recostada en Harry, se estaba también tostan-

do al sol. Se había adelantado a Harry, que se disponía ya a hablar. Éste dio un pequeño suspiro de alivio y la miró, esperanzado: Laura no le había propinado ninguna patada al oír la sutil y quizá aún prematura propuesta de boda de Harry....

-Mira Jack, –continuó Laura- Me gustaría empezar contándote una pequeña historia, como una especie de cuento. Ya sé que no eres ningún niño pequeño, no te enfades. Voy a utilizar este método simplemente porque quiero establecer una comparación que pueda ayudarnos a comprender, aunque sea sólo un poquito, todo este, aparentemente, complejo tema....

-Imagínate el desierto –empezó Laura-. Imagínate una vasta extensión de terreno árido, habitada por una multitud de personas. A un lado se levanta una enorme presa llena de agua. Sus reservas son inmensas, inagotables. El dueño de la presa es de una bondad inaudita. Generoso, amable, tierno e inmensamente poderoso. Se ha tomado la molestia de construir todo un sistema de tuberías que conduce el agua desde la presa hasta cada uno de los hogares de los habitantes del vecino desierto. De hecho, cada habitante tiene un grifo a su disposición. Pero resulta que los habitantes de este desierto son un poco especiales.... ¡¡¡Muy pocos de ellos abren el grifo completamente!!! Los que lo hacen, disponen de un abundante caudal de agua que emplean en regar profusamente su parcela. En ella crece, en forma exuberante, todo tipo de árboles frutales y hortalizas. La parcela que de ellos depende se transforma en un vergel y estos agricultores sensatos comparten gustosamente sus frutos con quien lo necesite.

Pero no todos los habitantes del desierto son así -prosiguió Laura-. Muchos de ellos, la mayoría de hecho, recelan del dueño de la presa. Quieren pocos tratos con él y, evidentemente, deciden no tener en cuenta el grifo. Aún así, y casi sin darse cuenta, lo han dejado un poco abierto y disponen de algo de agua, que es el recurso precioso e indispensable. Puedes imaginar el estado de su parcela: crece algo, sí, pero en forma exigua. Árboles y hortalizas raquítricos que a duras penas sirven para nada. Finalmente hay algunos habitantes que manifiestan una abierta hostilidad al dueño de la presa. Procuran, por la fuerza o usando sutiles estrategias, que se cierren todos los grifos para no tener definitivamente ninguna relación con el dueño. Los habitantes de este desgraciado desierto se reúnen periódicamente. Reconocen que su situación es preocupante. Le dan vueltas y más vueltas a la cabeza para ver cómo pueden mejorar su situación. Están convencidos de que ellos solos pueden convertir el desierto en un vergel, un paraíso feliz. Desconocen que el agua es el elemento absolutamente indispensable para todo, incluso para poder pensar claramente.... Formulan más y más teorías. Pero uno de sus grandes problemas es que pocos de ellos tienen suficiente criterio respecto a lo que es bueno o lo que es malo y por ello no aciertan del todo en sus formulaciones encaminadas a intentar poner límites al mal. Casi todas esas teorías contienen algo de verdad. Pero contienen también un montón de errores. Los infelices habitantes de este desierto convierten esas teorías en ídolos, se agrupan a su alrededor y los adoran. Evidentemente en abierta hostilidad muchas veces con los vecinos que han decidido adorar otro ídolo. Algunos de ellos están dispuestos a matar y a morir por defender a sus ído-

los.... Están convencidos de que sólo cuando todos adoren a un solo ídolo, el que en su opinión es el mejor, el desierto se convertirá en un vergel. Y así van pasando los años y casi nadie acierta con la única solución del problema: la imperiosa necesidad de agua, el reconocer la infinita bondad del dueño de la presa y abrir de par en par los grifos. De hecho, cuando alguien lo intuye y lo proclama abiertamente es tildado de **payaso loco** por la mayoría de los ciudadanos....

-Creo que yo mismo puedo darte, Laura –interrumpió Jack-, las claves de interpretación de este cuento....

-Adelante pues.... –respondió Laura.

-El dueño de la presa es Dios –empezó Jack, pletórico-. El agua vivificante es su Espíritu Santo que aguarda incansablemente que los grifos –los corazones- se abran de par en par. Fue Jesucristo quien, por el misterio de su obra redentora puso a nuestra disposición este abismo de Amor vivificante. Los exiguos y deformes artificios mentales de los soberbios y autosuficientes habitantes del desierto son las ideologías, que acaban convirtiéndose en ídolos a quienes se adora y se sirve, pensando que pueden salvar....

-Perfecto, Jack... –respondió Laura, risueña.

Se detuvo unos instantes, como concentrándose en si misma para sintetizar al máximo su pensamiento, y reanudó su explicación:

-Y ahora fíjate bien, Jack. De manera análoga a como sólo el agua puede convertir el desierto en un vergel, así también sólo el Amor puede transformar el mundo. El amor de Dios derramado en nuestros corazones, el amor que fundamenta y sostiene la razón y la invita, la

conduce como de la mano, para reconocer e implementar en el mundo los proyectos del Corazón del Padre. La historia nos lo demuestra. **Fíjate que en cualquier vocación, en cualquier ámbito, en los que un corazón se ha abierto radicalmente a Dios, han empezado a suceder “cosas”, han empezado a desencadenarse “prodigios”....** Francisco de Asís, Juan Bosco, Teresa de Calcuta y otros tantos santos fueron esos “locos” que lo comprendieron y abrieron de par en par “el grifo”; abrieron de par en par sus corazones a Jesucristo. Las olas de amor infinito del Corazón de Dios penetraron a raudales en sus corazones. Fueron literalmente inundados por el Espíritu Santo y un torrente de bendiciones inundó su “parcela”.... ¿Cuántos millares y millares de pobres, indigentes y marginados han recibido, a través de ellos, un torrente de bendiciones? Bendiciones espirituales y también bendiciones materiales que sobrepasaron cualquier humano pronóstico: asilos, escuelas profesionales donde aprender un oficio y un largo etcétera de tangibles maravillas que aliviaron sus corazones angustiados y les permitieron iniciar una vida digna. Porque no es cierto que el mundo no pueda funcionar mejor. Es totalmente falso. Nada ni nadie pueden impedir la edificación del Reino de Dios. Expresado en términos de mi anterior analogía: ***Hay unos recursos ilimitados de agua para ese desierto agonizante.*** Y hay un Corazón, el de Dios, que sólo está deseando que la gente se decida a “abrir el grifo” de su corazón para que a través de él se derrame, en su propia parcela, en su propia vocación, un torrente de bendiciones.... Pero hay, déjame que te lo repita una vez más aún..., una condición para que esto se dé y es que las personas abramos de par en par nuestros corazones a

Cristo. Dios va a respetar siempre nuestra libertad. Nunca va a imponernos el amor. **Todo depende pues, de nosotros. Jesús lleva dos mil años esperando pacientemente que nos decidamos a tomarle en serio.... Si el mundo va como va es simplemente porque hay pocas personas que aspiren seriamente a la santidad....**

Jack, escucha bien –prosiguió Laura apasionadamente-. Aquí arriba en la Polar Star I se ha escogido a gente que quiera ser radical en el abrir “el grifo” del corazón a Dios. Y se ha conseguido algo que, sin ser un vergel perfecto, se le parece un poquito al menos. No es perfecto porque ninguno de nosotros tiene aún el “grifo” del corazón del todo abierto a Dios. **Eso es una tarea que dura toda la vida.** Pero se empeña seriamente en ello. Por eso el ambiente que aquí se respira es, estadísticamente hablando, mucho más agradable que en la Tierra, considerada también en conjunto, en términos estadísticos. Y es ese diferencial el que queremos que arroje luz sobre el desierto moribundo de la Tierra. **Esa es la esencia del proyecto: mostrar que un mundo distinto es posible y cuál es el camino.**

Voy ahora, Jack –prosiguió ardientemente Laura- a intentar responder directamente a la pregunta que has hecho a Harry. Fíjate bien, Jack, porque tan cierto como todo lo anterior es lo que voy a decirte a continuación. Los cristianos estamos llamados a vivir en medio del mundo. No en ciudades propias, aislados del resto de personas. Somos el fermento de la masa. ¿Cómo podría fermentar la masa de pan si ponemos la levadura aparte...? Cuando Harry y yo regresemos abajo, cuando nos casemos... -al decir esto se ruborizó un poco-, bueno, cla-

ro..., primero tenemos que acabar de conocernos bien -añadió inmediatamente, en un tono que revelaba más bien una fórmula protocolaria que los profundos deseos de su corazón, que ardía de amor por Harry- total, que viviremos inmersos en un mundo multicultural y multireligioso. Estaremos inmersos en una sociedad, en un mundo, que tiene un cierto parecido con la historia del desierto que te he contado. Hay gente maravillosa, sí. Hay mucha felicidad, sí. Pero hay también mucho dolor y sufrimiento. En cualquier caso no es lo que se dice un vergel precisamente.... Y sabemos el por qué. Ahora bien, ¿qué podemos hacer nosotros?, ésa es la pregunta. ¿Arremeteremos con furor contra los símbolos de una u otra ideología, uno u otro sistema, pensando que cambiando uno por otro todo se va a arreglar? No serviría de nada. La historia lo confirma. Aspiremos, de entrada, eso sí, a tener un régimen democrático. Ahora bien, ¿podemos esperar que las ideologías por si solas consigan cambiar el mundo? Creemos firmemente que no. Sólo el amor puede cambiar el mundo. ¿Qué hacer entonces, como cristianos? La respuesta es muy simple. La sociedad no puede funcionar sin organizarse. Incluso en la Polar Star I hay que organizarse. Pero aquí es todo muy sencillo. No tenemos leyes internacionales ni nacionales que nos obliguen a evitar el mal y hacer el bien por la fuerza. Aquí hay una única ley: el amor. Y amamos no por imposición, sino por libre decisión. Tenemos una única autoridad, la del Padre Dios. Nosotros nos dedicamos simplemente a intentar comprender cuál es su proyecto de amor para cada ocasión y circunstancia concreta. Lo hacemos ejercitando colectivamente la razón en un clima de intensa oración. Intentamos llegar siempre al consenso. Y designa-

mos representantes que implementen lo decidido e incluso tomen ellos mismos decisiones en nombre de todos para las minucias del día a día, eligiendo a los mejores de entre nosotros. A los que consideramos más prudentes, más sabios y más santos, esto es, más unidos a Dios. Harry te lo explicó muy bien en su “discurso”, como recordarás. Ésa es nuestra concepción de la “autoridad” aquí arriba.

-Pero en la Tierra es distinto –Laura seguía hablando impetuosa, imparable, apasionadamente...-. Para poder convivir con cierta armonía un montón inmenso de gente que no comparte ni las mismas convicciones, ni el mismo credo -en caso de que lo tenga-, en definitiva, que en buena medida **no comparte la confianza en un Dios Padre providente** –recuerda las circunstancias en las que Samuel ungió a Saúl, el primer rey del pueblo de Israel, debe, te decía, establecerse una autoridad humana. Y esta autoridad emerge, en el mejor de los casos, mediante elecciones libres en las que los ciudadanos deciden quien les va a gobernar. Lo más habitual son las democracias parlamentarias. Es evidente que los cristianos debemos participar en la vida política porque es una exigencia del amor, de la misericordia, el hacer leyes que, aunque sea por la fuerza, pongan límites al mal y procuren que las cosas se hagan de la manera más justa posible. Estarás de acuerdo Jack, por otra parte, que en nuestros Parlamentos hay una mezcla variopinta de etnias, culturas, convicciones y formas de pensar. Y, evidentemente, no vamos a imponer a nadie nuestra fe... Así pues, la única forma que tenemos los cristianos de dialogar con todos ellos a la vez es utilizando los argumentos de la razón. **Insisto, dialogar ejercitando la**

razón. Una razón que es más segura y perspicaz por la ayuda que recibimos de la fe....

Dando por supuesto –prosiguió Laura- que en un Parlamento difícilmente encontraremos diputados que tengan totalmente cerrado “el grifo” de su corazón a Dios, cabe abrigar la esperanza de que, frente a una resolución que deba tomarse, el sentido común, la sana razón en fin, se imponga en las mentes y corazones de los diputados de buena voluntad -sean cuales sean sus convicciones-, haciendo “saltar”, por decirlo de alguna manera, las estrechas, cuando no erróneas miras de las ideologías, rompiéndose incluso en ocasiones la disciplina de voto de los partidos. **Ni que decir tiene que el político que Harry quiere encarnar debe ser, él mismo, un testimonio vivo del Amor. Porque sólo el amor se hace evidente por sí mismo.**

-¿Y estás segura de que todos los parlamentarios van a atender las razones de las que me hablas, Laura? –preguntó Jack, con un punto de escepticismo en su tono de voz.

-Que sus señorías reconozcan o no la verdad de lo que se les expone, por encima de los dogmas de partido –prosiguió, imperturbable, Laura-, será una decisión moral que deberán tomar en su corazón. Y toda decisión moral no es otra cosa que un ejercicio práctico del amor que alberga el corazón que decide. El corazón que ama verdaderamente es capaz de reconocer y aceptar la verdad, mientras que la mentalidad de pecado no comprende el amor y no logra razonar con sus categorías. Creemos firmemente que no todos los corazones son “grifos cerrados”, como muchos están interesados en inculcarnos. Esa es la esperanza de Harry, que yo comparto totalmente. Y

si los corazones están más o menos cerrados, siempre hay que mantener la esperanza de que puedan ir abriéndose. **En realidad, ésta es la única esperanza para la sociedad....** Si las personas no cambian, no puede esperarse una sociedad mejor. La función política a la que nos sentimos llamados es un precioso ejercicio del amor, al servicio de la comunidad, especialmente de los más pobres y necesitados.

-Supongamos que el Parlamento decide una ley justa, como por ejemplo dar una parte del Producto Interior Bruto a los países necesitados –sugirió Jack-. ¿La sociedad aceptará lo que haya decidido el Parlamento o, simplemente, aprovechará las siguientes elecciones para mandar al cuerno a los parlamentarios de “corazón blando” para sustituirlos por otros que hagan leyes más “realistas”...?

-Evidentemente –respondió Laura, de una manera más pausada ahora-, un discurso brillante en el Parlamento que acabara dando lugar a la aprobación de una ley deseable, generará en su momento un interrogante ético en los electores.... ¿Qué decidirá cada ciudadano en su conciencia? ¿Apoyarán con su voto a políticos como Harry o bien los rechazarán como si fueran simples charlatanes....? ¡¡¡Hay tantos intereses en juego, tantos grupos de presión...!!!! No lo sabemos. No sabemos qué nos depara el futuro. No podemos saberlo. Pero lo que sí sabemos es lo Dios quiere que hagamos Harry y yo, cuál es su proyecto sobre nosotros dos. Y nos vamos a entregar totalmente a él. Arriesgando el todo por el todo. Encuentro más sensata esta opción que salir a la calle a quemar contenedores y romper cristales, recayendo en los errores en que ya cayeron nuestros abuelos sin que consiguieran

arreglar nada, como muestra la historia. No sabemos cómo acabará todo, pero estamos decididos a hacer nuestra parte, aunque pueda parecer inútil, intrascendente, insignificante.... Si Juan Bosco no hubiera empezado con su “locura” no habría penetrado en el mundo el torrente de bendiciones que nos ha llegado a su través. Te repito de nuevo que el futuro es imprevisible. Y que nuestra contribución será algo muy humilde.... Madre Teresa de Calcuta dijo una vez: “Sabemos bien que nuestra acción no es más que una pequeña gota de agua caída en el océano; pero sin nuestra acción, faltaría esta gota.”

-Es muy bonito lo que me estás diciendo, Laura, de veras -asintió Jack, convencido-. Pero... ¿es posible hacer un discurso como el que propones? ¿Alguien ha intentado hacer algo así alguna vez?

-Mira, voy a darte un ejemplo que a mí, personalmente, me chifla -respondió inmediatamente Laura. Sus ojos seguían brillando apasionadamente-. Se trata de un discurso de hace ya muchos años, pero a mi entender ilustra perfectamente las aspiraciones de Harry y mías. Fue en la Asamblea de las Naciones Unidas. Ya sabes lo que esto supone. Una variopinta mezcla de representantes de distintas naciones con etnias, culturas y religiones no precisamente iguales. Se trató el tema del desarme. Se habló de la limitación de armamentos, de la amenaza nuclear, en fin de todo lo que se supone que toca hablar en estos casos. La persona que pronunció el discurso no era un político. La Asamblea simplemente le había invitado amablemente a que les dirigiera unas palabras. Esa persona tenía un carisma extraordinario, como pocas personas han tenido nunca: era Juan Pablo II. En este discurso se refleja el extraordinario espíritu de alguien apasionado por

la persona, por la verdad, por el amor.... **Pero lo maravilloso es que puede apreciarse nítidamente que no está encorsetado por nada ni por nadie. Por ninguna ideología, por ningún sistema político, por ningún interés personal.** Busca sólo el bien común. Está anclado en el Amor, en Dios. Y bebiendo de esta fuente desgrana una serie de argumentos con una fuerza y una lógica aplastantes. Utiliza la razón hasta sus últimas posibilidades. Afirma que la paz es posible, que otro mundo es posible. Con la esperanza, afirma explícitamente, de ser comprendido por todas las personas de buena voluntad.

Si a ése discurso le quitas todo aquello que sólo el Papa podía atribuirse, como por ejemplo las citas estilo “como dijo mi predecesor Pablo VI...”, en fin, si te lo personalizas, digamos, te queda el guión de un discurso que, para mí, es ideal. El botón de muestra de los discursos que Harry pretende pronunciar algún día. En el Parlamento o en el e-Parlamento, quien sabe. No es iluso imaginarse una democracia implementada desde las redes sociales. **En cualquier caso Harry deberá prepararse muy bien en todos los campos y aspectos, para poder presentarse dignamente y con competencia frente al auditorio. Pero hay una preparación que le es también absolutamente indispensable e incluso prioritaria: trabajar su unión con Dios y, desde Él, con el prójimo. En la medida que lo consiga, su discurso podrá ser veraz y creíble porque sus palabras y su persona estarán unidas por el Amor y resultarán evidentes para cualquier persona de buena voluntad....**

-Una última pregunta, Laura –suplicó Jack.

-Las que quieras, y nosotros seamos capaces de responderte –repuso Laura con sencillez.

-¿Y si la humanidad no se decide por aceptar la misericordia de Dios, abriéndole confiadamente el corazón al Amor?

-Si la Humanidad no acepta la misericordia de Dios... -aquí Laura palideció por unos instantes- entonces, ciertamente..., no es lícito pensar que Dios posponga eternamente el hacer justicia a los que claman a Él día y noche, sumidos, a efectos prácticos, en la desesperación. Será el día de la Justicia. El día, de fecha imprevisible, de la Justicia de Dios. ¡¡¡Tiemblo sólo de pensarlo!!! En Egipto el Faraón se creía como Dios, ¿recuerdas?... Pero Dios puso las cosas en su lugar, socorriendo a su pueblo esclavizado tiránicamente....

Laura acabó su discurso con un tono aún más humilde y sencillo si cabe que cuando había empezado. Toda ella reflejaba un intenso gozo. Una paz extrema. Una bondad cautivadora. Llevaba al cuello un discreto collar. Una pequeña y sencilla imagen de María pendía de él....

.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....
.....

Jack se despertó de pronto....

-¿Dónde estaba...?.

Buscó los cocoteros y sólo vio un amasijo de tubos que entraban y salían de su cuerpo.

Estaba en la UVI de un hospital, era evidente.

-Pero... ¿Helen y los otros, dónde estaban?

De repente recordó....

-Los contenedores quemados, el olor a gasolina, la carga policial....

-Es evidente que he estado sin sentido algún tiempo. Días quizás.

-¿Entonces...? ¿La Polar Star I...?. Dios mío, ¡¡¡todo ha sido un sueño!!!

Jack estaba en lo cierto. Pero había sido un sueño muy especial.... Giró lentamente la cabeza. Le dolía mucho. Vio a sus padres y a Helen tras el cristal de la ventana de la UVI. También estaban Laura y Harry, sus amigos inseparables. Todos estaban saltando de contento y abrazándose, celebrando su recuperación. Les saludó como pudo, haciendo un ligero gesto con la mano. Casi al instante acudió un enjambre de enfermeras y médicos. Tras los exámenes de rigor permitieron el acceso a los familiares. Harry y Laura deberían esperar aún un poco....

Dick, Susan y Helen se acercaron a Jack, abriéndose paso entre un laberinto de cables, tubos y sistemas de monitoreo.

-¡¡¡Papá!!! –dijo Jack sin más protocolo-, ¡¡¡perdóname, te lo ruego!!! Debí escucharte con más calma en vez de dejarme arrastrar por la ira, el odio y la desesperación. Pero he estado aprovechando el tiempo aquí, ¿sabes? He tenido un sueño muy bonito. Te lo contaré con detalle luego, pero te anticipo el final si quieres:

-¡¡¡Solamente en Dios, que nos ama infinitamente, está nuestra paz y nuestra esperanza!!!
—exclamó Jack, emocionado.

-Eso es lo que quería decirte cuando te marchaste a tirar piedras, cabeza de chorlito.... —repuso feliz y sonriente Helen, besando a Jack por primera vez en varios días. Le amaba profundamente....

-Perdóname, cariño —respondió Jack-. Tienes toda la razón. Debí escuchar a papá. Me lo repetió hasta la saciedad:

“Desear cambiar la sociedad, desear que las cosas funcionen, es algo muy noble, y yo también lo deseo, hijo mío. Pero pensar que todo va a arreglarse cambiando sólo el sistema, sin cambiar los corazones, es un error que muchos han cometido a tu edad. Y se han pagado muy caros estos errores cometidos una y otra vez a lo largo de la historia. El mundo sólo puede cambiar en la medida que cambie el corazón de las personas y se decida por la Verdad....

¿Optaran todas las personas por el Amor, por la Verdad? No lo sabemos. No es probable que todas lo hagan a la vez. En cualquier caso lo mejor que puedes hacer es empezar por ti y no perder nunca la esperanza. Opta por el Amor, por la Verdad, y haz tan bien como puedas todo lo que de ti dependa, según los dones, los talentos que hayas recibido. Tú tienes talento para la política, hijo mío. Participa en ella. Forma parte de una nueva generación de jóvenes que, empezando por abrir sin miedo sus corazones a Dios y esforzándose por ser ellos mismos unos testimonios vivos de Cristo, se esfuercen a la vez

-hasta dar la vida en ello si es necesario- por el bien común de la sociedad.

¿Cómo...? Pues mostrando de manera razonada las decisiones éticas que el Parlamento deba adoptar en cada caso. Por encima de los intereses de partido. Por encima de las ideologías. De otra manera, lo único que vas a hacer es estropearlo todo aún más de lo que ya está.

Pero aún hay algo más: no olvides nunca que sólo los que aman verdaderamente reconocen la Verdad. Es decir, sólo los que viven en el gozo y la paz que vienen de Dios, en la paciencia y la bondad, sólo los mansos, los sobrios... sólo ellos son capaces de reconocer la Verdad....”

ANEXO

MENSAJE DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II A LA II SESIÓN ESPECIAL DE LA ONU SOBRE EL DESARME

Señor Presidente, señoras y señores representantes de los Estados miembros:

1. En junio de 1978, cuando se reunió la I sesión extraordinaria de la Asamblea General de las Naciones Unidas sobre el Desarme, mi predecesor el Papa Pablo VI le envió un mensaje personal en el que expresaba sus esperanzas en los resultados que la humanidad tenía el derecho a esperar de un tal esfuerzo de buena voluntad y de

sabiduría política por parte de la Comunidad internacional.

Cuatro años más tarde, henos aquí reunidos de nuevo para preguntaros si estas expectativas han sido —al menos parcialmente— alcanzadas.

La respuesta a esta cuestión parece no ser ni muy tranquilizadora ni muy estimulante. Una comparación de la situación de hace cuatro años con la situación actual en materia de desarme evidencia muy pocas mejoras. Algunos piensan incluso que ha habido deterioro al menos en el sentido de que las esperanzas nacidas entonces podrían presentarse ahora como simples ilusiones. Esta constatación podría conducir fácilmente al desánimo y empujar a los responsables del destino del mundo a buscar en otro lugar la solución de los problemas —particulares o generales— que continúan perturbando la vida de los pueblos.

Muchos ven así la realidad actual. Las cifras procedentes de fuentes diversas indican un serio aumento de los gastos militares que se traduce en una más fuerte producción de diferentes tipos de armamentos a la que, según institutos especializados, corresponde una nueva escalada del comercio de armas. Los medios de información han concentrado últimamente una gran parte de su atención en la investigación y utilización a gran escala de las armas químicas. Por otra parte, nuevas armas nucleares han visto la luz.

Ante una Asamblea tan competente como la vuestra, no es necesario exponer las cifras que vuestra misma Organización ha publicado al respecto. Me sea suficiente, a título indicativo, citar el estudio según el cual el total de gastos militares del planeta corresponde a una media de ciento diez dólares por persona y por año, cosa que, para

muchos habitantes de este mismo planeta, representa la renta de que disponen para vivir durante un período idéntico.

Frente a este estado de cosas me es grato expresar mi satisfacción por el hecho de que las Naciones Unidas se hayan propuesto una vez más afrontar el problema del desarme y agradezco la posibilidad que se me ofrece cortésmente de dirigiros la palabra en esta ocasión.

Aunque no sea miembro de vuestra Organización, la Santa Sede tiene ante ella, desde hace algún tiempo su propia Misión permanente de observación, lo cual le permite seguir días tras día sus actividades. Nadie ignora cuánto apreciaban mis predecesores vuestros trabajos. Yo mismo he tenido la oportunidad, sobre todo con motivo de mi visita a la sede de la ONU, de hacer mías sus palabras de estima hacia vuestra Organización. Como ellos, también yo comprendo las dificultades, incluso expresando el voto de que sus esfuerzos se vean recompensados por resultados más importantes y mejores, y reconozco su valioso e irremplazable papel en orden a asegurar al mundo un futuro más sereno y más pacífico.

La voz que vuestra cortesía me permite hacer resonar una vez más en esta sala es la de alguien que no tiene intereses ni poderes políticos y, mucho menos, fuerza militar. Aquí, donde convergen prácticamente las de todas las naciones, grandes y pequeñas, mi palabra trae consigo el eco de la conciencia moral de la humanidad en estado puro, si me permitís esta expresión. No está acompañada por preocupaciones o intereses de otra naturaleza, que podrían velar su testimonio y hacerla menos creíble.

Una conciencia iluminada y guiada por la fe cristiana, sin duda, pero que no es por ello menos profundamente humana, sino todo lo contrario. Es, por tanto, una conciencia común a todos los hombres de buena y sincera voluntad.

Mi voz se hace eco de las angustias, aspiraciones, esperanzas y temores de millares de hombres y mujeres que, desde todas las latitudes, vuelven sus ojos hacia vuestra Asamblea preguntándose si, tal y como esperan, surgirá de ella alguna luz tranquilizadora o bien una nueva y preocupante decepción. Sin haber recibido el mandato de todos ellos, creo poder hacerme ante vosotros el intérprete fiel de estos sentimientos que son los suyos.

No deseo ni puedo entrar en los aspectos políticos y técnicos del problema del desarme tal y como hoy se presenta, pero me permitiría llamar vuestra atención sobre algunos principios éticos que están en la base de cualquier discusión y de cualquier decisión deseable en este terreno.

2. Mi punto de partida se enraíza en una constatación unánimemente admitida no sólo por vuestros pueblos, sino también por los Gobiernos que presidís o representáis: el mundo desea la paz, el mundo necesita la paz.

En nuestros días, rechazar la paz no significa sólo provocar el sufrimiento y las pérdidas que —hoy más que en el pasado— comporta una guerra, incluso limitada; ello podría ocasionar igualmente la total destrucción de enteras regiones, con la posible o probable amenaza de catástrofes de proporciones más amplias aún e incluso universales.

Los responsables de la vida de los pueblos parecen estar empeñados sobre todo en una febril búsqueda de las vías políticas y de las soluciones técnicas que permitan “contener” los efectos de eventuales conflictos. Incluso viéndose obligados a conocer los límites de sus esfuerzos en este sentido, persisten en estas vías: signo de lo extendida que está la convicción de que a largo plazo las guerras son inevitables y signo asimismo, y sobre todo, de que el espectro de una posible confrontación militar entre los grandes campos que dividen hoy al mundo continúa preocupando al destino de la humanidad.

Ciertamente, ninguna potencia, ningún hombre de Estado admitirá que desea proyectar una guerra o tomar la iniciativa de la misma. Con todo, la desconfianza mutua hace creer o temer que otros nutran planes o una voluntad de este género, de tal modo que ninguno parece contemplar, por su parte, otra solución posible, si no necesaria, que no sea la de preparar una fuerza defensiva suficiente para responder a un eventual ataque.

3. Muchos consideran incluso que esta preparación constituye un camino para salvaguardar la paz o, al menos, para impedir lo más posible y del modo más eficaz el desencadenamiento de conflictos, sobre todo de los grandes conflictos que comportarían el holocausto supremo de la humanidad y la destrucción de la civilización que el hombre ha conquistado a través de los siglos.

Esta continúa siendo, como se ve, la “filosofía de la paz” enunciada en el antiguo principio romano: “Si vis pacem, para bellum”.

Traducido en términos modernos, esta filosofía ha tomado el nombre de “disuasión”, y ha revestido las formas de la búsqueda de un “equilibrio de fuerzas” que, a

veces, se ha denominado, no sin razón, “equilibrio del terror”.

Como resaltó mi predecesor Pablo VI: “La lógica inmanente a la búsqueda de equilibrios de las fuerzas impulsa a cada uno de los adversarios a intentar asegurar un cierto margen de superioridad por temor a encontrarse en situación de desventaja” (Mensaje a la Asamblea General de la ONU, 24 de mayo de 1978).

De este modo, en la práctica, es fácil la tentación —y el peligro continuo— de ver cómo la búsqueda de un equilibrio se transforma en búsqueda de una superioridad de tal naturaleza que vuelva a lanzar de un modo más peligroso aún la carrera de los armamentos.

He aquí, de hecho, la tendencia que parece continuar prevaleciendo hoy, y puede que incluso de un modo más acentuado que en el pasado. Y vosotros os habéis propuesto como objetivo específico de esta Asamblea, buscar el modo posible de invertir esta tendencia.

Este objetivo puede parecer, por decirlo así, “minimalista”, pero es de una importancia fundamental, pues semejante cambio de sentido puede permitir esperar que la humanidad se empeñará en la vía que conduce al objetivo que todos desean, aunque muchos lo continúen considerando una utopía: un desarme total, mutuo y rodeado de tales garantías de un control efectivo que dé a todos la confianza y la seguridad necesarias.

Por ello, esta sesión extraordinaria refleja además otra constatación. Así como desea la paz, el mundo desea también el desarme. El mundo necesita el desarme.

Por otra parte, todo el trabajo realizado en el seno del Comité de Desarme, en diferentes comisiones o sub-comisiones y en el seno de los Gobiernos, así como la

atención prestada por el público testimonia la importancia que se concede en nuestros días a la difícil cuestión del desarme.

La misma convocatoria de esta reunión lleva en sí un juicio: las naciones del mundo están ya superarmadas y demasiado comprometidas en políticas que refuerzan esta tendencia. Un juicio de este tipo incluye implícitamente la convicción de que esta tendencia es errónea y que las naciones del mundo empeñadas en esta vía deben repensar su postura.

Pero la situación es compleja y en ella entran en juego numerosos valores —algunos del más alto nivel—. Pueden expresarse puntos de vista divergentes. De ahí que sea necesario afrontar los problemas con realismo y con honestidad.

Por ello, yo pido en primer lugar a Dios que os conceda la fuerza de espíritu y la buena voluntad que se requieren para realizar vuestra tarea y hacer avanzar en la medida de lo posible la causa de la paz, objetivo último de vuestros esfuerzos durante esta sesión extraordinaria. Así, pues, mi palabra es una palabra de aliento y esperanza. Aliento para no dejar que vuestras energías se debiliten por la complejidad de las cuestiones o por los fracasos del pasado y del presente. Palabra de esperanza porque sabemos que sólo los hombres de esperanza son capaces de avanzar paciente y tenazmente hacia los objetivos dignos de los mejores esfuerzos y hacia el bien de todos.

4. Puede que no exista en nuestros días ninguna otra cuestión que afecte a tantos aspectos de la condición humana como la de los armamentos y el desarme. Comprende aspectos científicos y técnicos, aspectos sociales y económicos. Incluye asimismo graves problemas de natu-

raleza política que atañen a las relaciones entre Estados y entre pueblos. Nuestros sistemas mundiales de armamentos influyen, además, mucho en los procesos culturales. Coronando el conjunto, vienen las cuestiones espirituales que se refieren a la identidad misma del hombre y a sus opciones por el futuro y por las generaciones venideras.

Al ofrecer mis reflexiones, tengo presentes en mi espíritu todas estas dimensiones técnicas, científicas, sociales, económicas, políticas y, sobre todo, éticas, culturales y espirituales.

5. Desde el final de la segunda guerra mundial y el comienzo de la era atómica, la Santa Sede y la Iglesia católica han tenido una actitud muy clara. La Iglesia ha intentado sin cesar contribuir a la paz y a construir un mundo que no tenga que recurrir a la guerra para resolver las diferencias. Ha animado a mantener un clima internacional de confianza mutua y cooperación. Ha apoyado las estructuras susceptibles de asegurar la paz. Ha recordado los efectos desastrosos de la guerra. A medida que aumentaban los medios de destrucción mortífera, ha resaltado los peligros que se seguían de ello y, por encima de los peligros inmediatos, ha indicado los valores que debían cultivarse para desarrollar la cooperación, la confianza mutua, la fraternidad y la paz.

Ya en 1946, mi predecesor el Papa Pío XII se refirió a la “potencia de los nuevos instrumentos de destrucción” que llevaban a poner el problema del desarme en el centro de las discusiones internacionales con aspectos completamente nuevos (Mensaje al Colegio de los Cardenales, 24 de diciembre de 1946).

Los Papas sucesivos y el Concilio Vaticano II prosiguieron la reflexión adaptándola al contexto de los nue-

vos armamentos y del control de los mismos. Si los hombres se volcaran en esta tarea con buena voluntad y si tuvieran en sus corazones y en sus planes la paz como objetivo, sería posible encontrar las medidas adecuadas, elaborar las estructuras apropiadas para lograr la seguridad legítima de cada uno de los pueblos en el respeto mutuo y la paz, y entonces los arsenales del miedo y de la amenaza de muerte resultarían superfluos.

La enseñanza de la Iglesia católica es, pues, clara y coherente. Deplora la carrera de armamentos, pide, al menos, una progresiva reducción mutua y comprobable, así como mayores precauciones contra los posibles errores en el uso de las armas nucleares. Al mismo tiempo, la Iglesia reclama para cada nación el respeto a su independencia, libertad y legítima seguridad.

Deseo asegurarnos que la Iglesia católica tiene una constante preocupación y que no cesará de desplegar sus esfuerzos hasta que se supriman totalmente los armamentos, se garantice la seguridad de todas las naciones y hasta que se ganen los corazones de todos los hombres para opciones éticas que garanticen una paz duradera.

6. Paso ahora al debate que os ocupa, en relación con el cual hay que reconocer, en primer lugar, que ningún componente de los asuntos internacionales puede ser considerado en forma aislada y separada de los múltiples intereses de las naciones. Sin embargo, una cosa es reconocer la interdependencia de las cuestiones y otra explotarlas para sacar ventajas en otro plano. Los armamentos, las armas nucleares y el desarme son demasiado importantes en sí mismos y para el mundo como para que se conviertan simplemente en una parte de una estrategia

que explotaría su importancia intrínseca en favor de una política o de otros intereses.

7. Es importante, pues, considerar debidamente con la prudencia y la objetividad que merecen cada una de las proposiciones serias que miran a contribuir al desarme real y a crear un clima mejor. Incluso pequeños pasos tienen un valor que va más allá de su aspecto material y técnico. Sea cual sea el terreno considerado, hoy tenemos necesidad de perspectivas nuevas y de disponibilidad de escucha respetuosa y de acogida atenta de las sugerencias honestas de todos aquellos que se ocupan con responsabilidad de asuntos tan controvertidos.

En este sentido, surge lo que yo llamaría el fenómeno de la retórica. Un terreno tan tenso y, en una proporción idéntica, lleno de inevitables peligros, no puede dejar sitio a ninguna especie de discursos forzados o de posiciones provocatorias. La complacencia en la retórica, en el vocabulario inflamado y apasionado, en las amenazas veladas y las contra-amenazas y en las maniobras desleales no pueden más que exacerbar la gravedad de un problema que requiere un examen sobrio y atento. Por otra parte, los Gobiernos y sus responsables no pueden conducir los asuntos de los Estados al margen de los deseos de sus pueblos. La historia de las civilizaciones nos ofrece espantosos ejemplos de lo que ocurre cuando se intenta realizar esta experiencia. Ahora bien, los temores y preocupaciones de numerosos grupos en diversas partes del mundo demuestran que las gentes sienten un miedo cada vez mayor ante la idea de lo que podría ocurrir si unos irresponsables desencadenan una guerra nuclear.

De este modo, y un poco en todos sitios, se han desarrollado movimientos por la paz. En muchos países,

estos movimientos, que se han hecho muy populares, son apoyados por un número creciente de ciudadanos de estratos sociales diferentes, de todas las edades y de formación diversa, especialmente jóvenes. Los fundamentos ideológicos de estos movimientos son múltiples. Sus proyectos, sus proposiciones, sus políticas varían mucho y pueden muchas veces ofrecer el flanco a instrumentalizaciones partidistas. Pero, por encima de estas divergencias de formas, hay un deseo de paz, profundo y sincero.

De este modo, no puedo menos de asociarme a vuestro proyecto de llamada a la opinión para que nazca una verdadera conciencia universal de los terribles riesgos de la guerra, conciencia que entrañará, a su vez, un espíritu de paz generalizado.

8. En las condiciones actuales, una disuasión basada en el equilibrio, no ciertamente como un fin en sí mismo sino como una etapa en el camino de un desarme progresivo, puede ser enjuiciada aún como moralmente aceptable.

De todos modos, para asegurar la paz es indispensable no contentarse con un *mínimum* continuamente marcado por un peligro real de explosión.

¿Qué hacer entonces? Dado que no existe una autoridad supranacional tal como la deseó el Papa Juan XXIII en su Encíclica **Pacem in terris** y que se había esperado encontrar en la Organización de las Naciones Unidas, la única solución realista ante la amenaza de guerra continúa siendo la negociación. En este punto deseo recordaros una frase de San Agustín que ha sido citada ya otras veces: “Matad la guerra con las palabras de las negociaciones, pero no matéis a los hombres con la espada”. Hoy vuelvo a reafirmar ante vosotros mi confianza

en la fuerza de las negociaciones leales para llegar a soluciones justas y equitativas. Estas negociaciones exigen paciencia y constancia y deben orientarse claramente a una reducción de los armamentos equilibrada, simultánea y controlada internacionalmente.

Más concretamente aún, la evolución en curso parece llevar a una interdependencia creciente de los tipos de armamentos. ¿Cómo imaginar en estas condiciones una reducción equilibrada si las negociaciones no cubren el conjunto de las armas? En este sentido, la continuación del estudio del “programa global de desarme”, que ha emprendido ya vuestra Organización, podría facilitar la necesaria coordinación de los diferentes foros y aportar a los resultados más verdad, equidad y eficacia.

9. De hecho las armas nucleares no son los únicos medios de guerra y de destrucción. La producción y la venta de armas convencionales en todo el mundo constituyen un fenómeno realmente alarmante y, según parece, en pleno desarrollo. Las negociaciones sobre el desarme no podrían ser completas si ignoran el hecho de que el 80 por ciento de los gastos en armamentos se dedica a las armas convencionales. Por otra parte, el tráfico de estas armas parece evolucionar a un ritmo creciente y orientarse preferentemente hacia los países en vías de desarrollo. Cualquier paso que se dé y cualquier medida que se tome para limitar esta producción y este tráfico y para someterlos a un control cada vez más efectivo es una contribución significativa a la causa de la paz.

Recientes acontecimientos han confirmado el poder destructivo de las armas convencionales y las condiciones lamentables a que se condenan los Estados que

sienten la tentación de recurrir a ellas para solucionar sus diferencias.

10. Pero la consideración de los aspectos cuantitativos de los armamentos tanto nucleares como convencionales no es suficiente. Hay que prestar una atención especialísima a su perfeccionamiento logrado gracias a nuevas y avanzadas tecnologías, pues es ésta una de las dimensiones esenciales de la carrera de armamentos. Ignorarla conducirla a engañarse y a no ofrecer a los hombres deseosos de paz, más que una farsa.

En investigación y la tecnología deben ser siempre puestas al servicio del hombre. En nuestros días se las usa y se abusa de ellas con demasiada frecuencia para otros fines. Dirigiéndome el 2 de junio de 1980 a los hombres de la ciencia y de la cultura de la Asamblea de la UNESCO desarrollé ampliamente este tema. Que me sea permitido también hoy sugerir al menos que un porcentaje no indiferente de los fondos dedicados a la tecnología y a la ciencia de los armamentos se reserven al desarrollo de mecanismos y dispositivos que garanticen la vida y el bienestar del hombre.

11. En su discurso a la Organización de las Naciones Unidas el 2 de octubre de 1965, el Papa Pablo VI enunció una profunda verdad cuando declaró: “La paz no se construye sólo a través de la política y del equilibrio de fuerzas e intereses. Se construye con el espíritu, las ideas, las obras de paz”. Los productos del espíritu, las ideas, los productos de la cultura y las fuerzas creativas de los pueblos están destinadas a ser compartidas. Las estrategias de paz que se queden a nivel técnico y científico, que determinen equilibrios y verifiquen controles no asegurarán una verdadera paz sino a condición de que se forjen y se

refuercen con vínculos entre los pueblos. Estableced vínculos que unan a los pueblos. Ofreced los medios que lleven a los pueblos a compartir sus culturas y sus valores. Abandonad todos los intereses mezquinos que dejan una nación a merced de otra en el plano económico, social o político.

En este mismo espíritu, los trabajos de expertos cualificados que resaltan la relación entre desarme y desarrollo merecen ser estudiados y llevados a la práctica. No resulta nuevo considerar la posibilidad de que ciertos recursos financieros consagrados al desarrollo de las armas sean destinados al desarrollo de los pueblos, pero la idea no pierde, con todo, su actualidad y la Santa Sede la ha hecho suya desde hace tiempo. Cualquier resolución de la Asamblea General en este sentido recibirá en todas partes la aprobación y el apoyo de los hombres y mujeres de buena voluntad.

El establecimiento de lazos entre los pueblos significa volver a descubrir y a reafirmar todos los valores que refuerzan la paz y que unen los pueblos en la armonía; significa asimismo la renovación de lo mejor del corazón del hombre que busca el bien de los otros en la fraternidad y el amor.

12. Desearía añadir una última consideración: la producción y la posesión de armamentos son la consecuencia de una crisis ética que corroe a la sociedad en todas sus dimensiones: política, social y económica. La paz, lo he repetido muchas veces, es el resultado del respeto a los principios éticos. El verdadero desarme, aquel que garantizará la paz entre los pueblos, no se realizará sino con la solución de esta crisis ética. De modo que si los esfuerzos de reducción de los armamentos y el poste-

rior desarme total no van acompañados de forma paralela por un enderezamiento ético, están destinados de antemano al fracaso.

Intentar volver a poner nuestro mundo en su sitio, eliminar de él la confusión de los espíritus engendrada por la mera búsqueda de intereses y de privilegios o por la defensa de pretensiones ideológicas: ésta es la tarea absolutamente prioritaria si se desea llegar a profesar en la lucha por el desarme. Si no, nos quedaremos en falsas apariencias.

Pues la verdadera causa de nuestra inseguridad se encuentra en una crisis profunda de la humanidad. Vale la pena, a través de la sensibilización de las conciencias en lo absurdo de la guerra, crear las condiciones materiales y espirituales que disminuyan las desigualdades clamorosas y que den a todos un mínimo de espacio para la libertad de espíritu.

En un mundo en el que la comunicación es tan rápida como generalizada, no se puede seguir tolerando la existencia simultánea de personas super-alimentadas y de desnutridos sin que nazca el resentimiento y sin que éste lleve a la violencia. Por otra parte, el espíritu tiene también sus derechos primordiales e inalienables y es justo que los reclame en los países donde le falta el espacio para vivir serenamente según sus propias convicciones. Yo invito a todos los que combaten por la paz a comprometerse en esta lucha por la eliminación de las verdaderas causas de la inseguridad de los hombres, uno de cuyos efectos es la terrible carrera de armamentos.

13. Cambiar el sentido de la tendencia actual de la carrera de armamentos lleva consigo, por consiguiente, una lucha paralela en dos frentes: por un lado, una lucha

inmediata y urgente de los Gobiernos para reducir progresiva y equitativamente los armamentos; por otro, una lucha más paciente, pero no menos necesaria, a nivel de la conciencia de los pueblos para enrolarse en la causa ética de la inseguridad generadora de violencia, es decir, las desigualdades materiales y espirituales de nuestro mundo.

Sin prejuicios de ninguna clase, unamos todas nuestras fuerzas racionales y espirituales de hombres de Estado, de ciudadanos, de responsables religiosos para matar la violencia y el odio y buscar los caminos de la paz.

La paz es el objetivo supremo de la actividad de las Naciones Unidas. Debe ser el de todos los hombres de buena voluntad. Por desgracia, en nuestros días, tristes realidades ensombrecen todavía el horizonte de la vida internacional y causan cantidad de sufrimientos, destrucciones y preocupaciones que podrían hacer perder a la humanidad toda esperanza de ser capaz de dominar su propio futuro en la concordia y la colaboración entre los pueblos. A pesar del dolor que invade mi alma, me siento autorizado, más aún, obligado a reafirmar solemnemente ante vosotros y ante el mundo lo que mis predecesores y yo mismo hemos repetido muchas veces en nombre de la conciencia, en nombre de la moral, en nombre de la humanidad y en nombre de Dios:

La paz no es una utopía, ni un ideal inaccesible, ni un sueño irrealizable.

La guerra no es una calamidad inevitable.

La paz es posible.

Y porque es posible, la paz es un deber. Un deber muy grave. Una responsabilidad suprema.

La paz es difícil, cierto, y exige una gran dosis de buena voluntad, sabiduría, tenacidad. Pero el hombre

puede y debe hacer que prevalezcan la fuerza de la razón sobre las razones de la fuerza.

Mis últimas palabras vuelven a ser, por tanto, palabras de aliento y de exhortación. Y puesto que la paz, confiada a la responsabilidad de los hombres, continúa siendo a pesar de ello un don de Dios, mis palabras se traducen en oración a Aquel que tiene en sus manos los destinos de los pueblos.

Os doy las gracias por la actividad que desplezáis para hacer progresar la causa del desarme: desarme de los artefactos de muerte y desarme de los espíritus.

Que Dios bendiga vuestros esfuerzos.

Y que esta Asamblea quede en la historia como un signo de consuelo y de esperanza.

Vaticano, 7 de junio de 1982.

IOANNES PAULUS PP. II ¹

¹ Transcrito de:

http://www.vatican.va/holy_father/john_paul_ii/messages/pont_messages/1982/documents/hf_jp-ii_mes_19820607_disarmo-onu_sp.html



**Cuando nuestro hijo, con tan sólo 6 años de edad, nos preguntó:
¿Qué habéis hecho los mayores para que en el mundo haya tantos problemas?
mi esposa y yo nos miramos sorprendidos. Era evidente que nuestro hijo mayor
- nacido el año 2.005- estaba saliendo del dulce sueño de la infancia....**

**"Jaque a "Polar Star" –que pertenece al género "Novela católica"-
intenta responder,
en la medida de lo posible, a esta TERRIBLE PREGUNTA.**

E intenta hacerlo de manera amena y entretenida.

**Una vez escrito el libro lo guardamos en la estantería,
esperando el momento oportuno,**

**el momento en que nuestro hijo volverá a repetirnos la pregunta, pero esta vez
con mirada iracunda y desafiante, durante su adolescencia y juventud.**

**Hemos intentado plasmar por escrito lo que hemos creído comprender
de la enseñanza de la Iglesia Católica. Hemos intentado también transmitir
fundados motivos de esperanza, en el espíritu de las Jornadas
Mundiales de la Juventud, de las que tan grato recuerdo guardamos
y que siguen siendo un testimonio de luz para nuestra vida matrimonial.**

Ramon Dalmau